

El dulce veneno
del jazz

CHARLOTTE CARTER

Siruela/ Policiaca



CHARLOTTE
CARTER

El dulce veneno
del jazz

 Siruela

Charlotte Carter

El dulce veneno del jazz

Traducción del inglés de
María Corniero

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Índice

Cubierta

El dulce veneno del jazz

I Mean You [Te estoy hablando a ti]

In Walked Bud [Entró en escena el colega]

Nutty [Loco de remate]

Rhythm-a-ning [Ritmeando]

Little Rootie Tootie [Pequeña Rootie Tootie]

Misterioso

Trinkle tinkle

Criss-Cross [Enredo]

Blue Monk [Monk melancólico]

Epistrophy [Estribilleando]

Straight, No Chaser [Un bourbon solo]

Monk's Dream [El sueño de Monk]

Friday the 13th [Viernes trece]

'Round Midnight [Sobre la medianoche]

Reflections [Reflexiones]

These foolish things [Esas cosas absurdas]

Notas

Créditos

El dulce veneno del jazz

A la música que escuchaban mis padres y a la que no escuchaban.

Y a Frank King.

I Mean You*

[Te estoy hablando a ti]

Cualquier negro te lo dirá si se lo preguntas: las mujeres no tocan el saxo. Yo soy la excepción.

En fin, decir que toco el saxo es un poco exagerado. Más bien improviso como puedo. Me defiendo bastante bien con temas como «Stars Fell on Alabama» y «Night and Day» pese a no tener estudios formales de saxofón. Gracias a que en mis tiempos estudié piano, aunque sin gran aprovechamiento, leo de corrido casi todas las partituras de Bach o de Bud Powell. Y es que tengo el don natural de la musicalidad; no digo que tenga talento, eso no, sencillamente soy musical. En cierto momento –tendría tres o cuatro años– mi padre pensó que quizá fuera una auténtica heredera del largo linaje de genios negros de la música.

Pero no muchos de nosotros tocamos el tenor delante de la Oficina de Apuestas Independiente de Lexington Avenue con un baqueteado sombrero colocado boca arriba en la acera. No, en eso creo que tengo la exclusiva.

Un momento. Antes de nada, tengo que explicar algunas cosas.

No soy una pordiosera sin techo. Toco música en las calles de Nueva York, pero no duermo en ellas. Mido uno setenta y ocho, cumplí veintiocho años en enero y soy más o menos como Grace Jones en cuanto al tono de piel y al tipo físico (ella tiene mejor cintura, pero yo le gano en delantera); quedé segunda en un concurso estatal de deletreo a los doce años, me licencié en francés, con estudios complementarios de música en la Universidad de Wellesley (becada de principio a fin) y vivo en un piso normalucho de renta bastante baja en un extremo de Gramercy Park, en la Primera Avenida, justo donde el barrio se hunde en un valle rebotante de metadona plagado de centros de desintoxicación, hospitales y escuelas privadas para aprender chorradas a montones.

De todos es sabido cómo son los músicos de jazz. Lo suyo es mantener el tipo como si nada aunque les acosen las mayores penalidades. Pues bien, hace sólo un par de días tuve ocasión de ponerme a prueba. Me comí un marrón de los gordos.

Ese día me sentía particularmente satisfecha de mi imagen.

Sobre todo por las gafas de sol italianas de doscientos dólares que Walter se olvidó de llevarse de casa cuando se largó... una vez más. Esta ruptura fue

distinta de las broncas explosivas que teníamos en tiempos pasados. Fue el final de muchos meses de hostilidades de baja intensidad; de cabreos sordos y relaciones sexuales que, sin llegar a estar mal, ya no eran como debían ser. Y una mañana, al irse a trabajar, Walter se llevó sus trastos en una maleta además de la cartera.

No hay que preocuparse por él: Walter Michael Moore no es de los que se quedan colgados. Es un maestro en minimizar los riesgos, siempre lo ha sido. Ha conservado su pisito de renta antigua de la avenida Amsterdam y no me cupo duda de que a la vuelta de la primera esquina habría otra chica dispuesta a hacerles un hueco en el armario a sus impecables trajes de Paul Stuart y Hugo Boss.

No, Walter no es motivo de preocupación. De hecho, *que se vaya a la mierda* Walter. Fue la que suscribe quien tuvo que preocuparse de cómo salir del paso. ¿Quién dependía de las cuatro quintas partes del alquiler y de la compra que pagaba Walt tanto como Abbott dependía de Costello? ¿Quién estaba actualmente *desempleada*? ¿Quién carecía por completo del don del ahorro y jamás había sido acusada de vivir pensando siempre en el futuro?

Hacía mucho que había quemado mis naves en la agencia de trabajo temporal. Las traducciones con las que subsistí el año pasado escaseaban. Y no estaba en condiciones de pedirle nada a mi madre; en primer lugar, porque a ella misma le costaba llegar a fin de mes y, en segundo lugar, porque la tenía engañada como a una china con el cuento del fantástico puesto de profesora de francés que desempeñaba a tiempo parcial en la Universidad de Nueva York.

¿Qué podía hacer sino entregarme en cuerpo y alma a la música? Y, hablando de eso, precisamente me moría por escuchar «Body and Soul». Escucharla nada más, tocarla no estaba a mi alcance y lo sabía. Si continuaba practicando, llegaría el día en que podría hacer una imitación pasable de las frases hechas de Ben Webster. Pero no sería más que eso: una imitación, un homenaje.

Y no es que Webster, un músico fabuloso, fuera el único residente de mi Olimpo particular. Allí están Parker y Rollins y Coltrane... en fin, la lista es interminable. Soy partidaria de tener un Olimpo muy poblado. Ahora bien, si hablamos del piano, Monk es mi único ídolo. Ese genio extravagante con aire de sabio despistado, ese chiflado que se las arreglaba para trastocarlo todo. Lo adoro. Y al maravilloso y malhadado Clifford Brown, con su trompeta mágica, y al diablo de Miles, y...

El fornido alcohólico entrado en años que suele doblar mi esquina un par de veces al día me pide un tema. «Violets for Your Fur» es lo que quiere escuchar. Qué romántico. Lo toco y él me da cinco pavos y de paso me tira un beso desde lejos. Que Dios lo bendiga, como diría mi madre.

Qué día tan largo. Largo de verdad. Sobra tiempo para pensar en todo lo

habido y por haber: mi último viaje a Francia, hace un par de años; el desportillado Saab blanco de Jean Yves, donde lo esperaba comiendo patatas fritas mientras él le pegaba un sablazo a un amigo rico que vivía en la *rue* Madame; mi viejo profesor de piano, que en paz descansa; la palabra en la que fallé en el concurso de deletreo: logaritmo; el tabaco, cómo lo echo en falta; el pecho de Walter, del color del cacao en polvo, y su diente mellado, y sus labios en mi piel, y cómo le enjabonaba la espalda y luego salíamos a comer por ahí.

Sé que le sentó fatal que me rapara la cabeza. Es curioso, ¿verdad? A los hombres negros les gustan las melenas de las mujeres blancas y a los blancos les gustan las negras pelonas. No es una norma infalible, ya lo sé, pero sí una de mis teorías cuya validez se confirma una y otra vez. En todo caso, mis rizos ya empiezan a crecer con fuerza renovada. Tengo ese aire de golfilla que se veía en las revistas de hace un par de años. Claro que el resto de mi cuerpo es más como el de un guerrero masai que como el de Kate Moss.

Menos mal que llevaba puestas las gafas oscuras. Con tantos recuerdos íntimos y melancólicos rondándome por la cabeza, no me habría gustado que nadie me los leyera en los ojos.

Seguí tocando con el piloto automático puesto.

Para ser una chica de familia burguesa, ciertamente había venido a menos.

Y ahí estaba, aquella tarde de septiembre, tratando de insuflar vida en mi no muy extenso repertorio de temas fijos. «Mood Indigo» no suscitó ningún respeto. Ni siquiera mi sobria miscelánea de grandes favoritos de Monk, que interpretaba burlándome de mis limitaciones, logró deslumbrar a los ignorantes transeúntes. A la desesperada, empecé a tocar «America the Beautiful» copiando descaradamente a Jimi Hendrix.

No había nada que hacer. Las calles estaban abarrotadas de patriotas sin sentido del humor.

A las cuatro de la tarde tenía unos veintiún dólares en el sombrero.

Hacia las cuatro y media empecé a maldecir con toda mi alma a Walt.

En esta ciudad, la gente se toma muy en serio la hora de recogerse. La calle quedó desierta a las seis. Me di por vencida; no era ya momento de soñar con un monte Everest de dólares en mi sombrero. Bajo la luz mortecina del atardecer, me agaché a recoger la patética colecta del día.

—Tu música no vale una mierda.

Me apresuré a levantar la mirada para ver quién había hablado. Y vi a un chico blanco y larguirucho, recostado contra un parquímetro, riéndose entre dientes. Me fijé en su melena corta de color de arena, la chaqueta de ante marrón con flecos y las sucias zapatillas de deporte Converse. Representaba unos veintitrés o veinticuatro años. Debía de medir alrededor de un metro setenta.

Me puse muy tiesa.

–¿Qué has dicho, imbécil?

Siguió riéndose de mí, imperturbable.

–He dicho que tocas fatal. ¿Y dónde te has comprado ese saxo...? ¿En L. L. Bean?

Llevaba un montón de pulseras baratas de cuero en ambas muñecas y empezó a ajustárselas con mucha parsimonia.

Hasta ese momento no había visto su vetusta funda de saxofón. Maldita sea... resulta que *era* músico. Así que mi humillación iba a ser absoluta. En lugar de contestarle, empecé a guardarme las monedas en el bolsillo.

–En este barrio nunca sacarás pasta, ¿sabes? –dijo–, aun cuando aprendieras a tocar. Está demasiado al este –explicó con suficiencia–. Tendrías que ir a la Quinta Avenida. La Sexta y la Séptima tampoco están mal... junto a Carnegie Hall.

Haciendo como si no le oyera, eché a andar hacia el centro, en dirección a casa.

–¡Espera un momento! –exclamó de pronto–. Oye, ¿adónde vas? Espera un momento.

Miré hacia atrás por encima del hombro. Su voz y su actitud de terrier cargante se habían convertido de pronto en las de un gran danés con mal de amores.

–Sólo un minuto, por favor. Tengo que decirte una cosa.

–¿Qué?

Hizo una pausa para sacar un cigarrillo del paquete de Marlboro Light que llevaba en el cinturón de sus vaqueros negros.

–Yo también toco... en la calle... como tú. Bueno, no exactamente como tú. Yo toco bien. Pero necesito decirte que... estoy locamente enamorado de ti. ¿Me entiendes? Me he enamorado. Hasta los huesos. Lo digo en serio. Si no me dejas que te acompañe a casa me tiraré delante del puñetero autobús.

–¿Es una promesa? –le pregunté, y seguí mi camino.

No me habría alejado ni diez pasos cuando oí el alarido de una mujer. Giré en redondo.

Se había lanzado a la calzada, al centro del carril del autobús de Lexington Avenue. El autobús lo esquivó y sólo le golpeó el brazo, pero con bastante fuerza para despedirlo por el aire hasta la acera, donde quedó tendido, a medio metro de mí, abrazado a su saxo.

Estremecida, me arrodillé junto a él y le levanté la cabeza unos centímetros del suelo.

–Hola –dijo sonriente–. He estado todo el día mirándote. Me llamo Sig. Y no tienes por qué preocuparte.

–Así que soy *yo* la que no tiene por qué preocuparse.

–Eso es. Mi chica me ha echado a la calle porque he hecho voto de celibato. Mi amor por ti es puro. Es tu espíritu el que me atrae –me dedicó una falsa sonrisa angelical.

–¿Y el resto de la historia? –pregunté con fatiga.

–Necesito un sitio donde quedarme, sólo esta noche. Estoy molido. Y no me vendría mal comer algo. Pareces amable. Confiaba en que te apiadaras de un colega músico.

Me quedé mirando un rato largo sus ojos verdes y resplandecientes como diamantes. Luego dejé su cabeza reposando en la acera. Me pregunté: Nan, ¿cuál sería la decisión más estúpida que podría adoptarse en esta situación?

Así quedó claro lo que iba a hacer.

Vivo en un piso que ocupa toda una planta en la manzana de la Primera Avenida situada entre las calles Diecisiete y Dieciocho. Tiene muy buena luz por las mañanas. La calle no es demasiado ruidosa. Está amueblado con toda la elegancia de una caseta de aperos.

Sig se sentó en el suelo de la cocina con las piernas cruzadas. A resultas del golpetazo le sangraba la cabeza y se estaba apretando el pelo con una gasa doblada. Escudriñó las paredes mientras yo le daba el toque final a una de mis creaciones culinarias: sardinas frescas fritas en aceite de oliva griego y tallarines finos con ajo y guisantes franceses.

–¡Ése me gusta! –dijo Sig señalando el cartel de Huey Newton que tenía colgado boca abajo–. Ése también es estupendo –se refería a Lady Day en sus últimos tiempos, en cuya enmarcación me había gastado unos cien dólares–. De ese otro ya no sé qué decir –comentó titubeante a la vez que señalaba con la cabeza el retrato de Magic Johnson, con su sonrisa traviesa de ídolo, en el que el jugador de baloncesto había estampado su autógrafo a petición de Walter.

–La cena está lista –anuncié–. Levántate del suelo.

Le puse delante un plato humeante y un vaso frío de vino blanco barato. Hizo una mueca.

–¿Qué es esto? No es el tipo de alimento que se le da a un músico callejero. Necesitamos más proteínas... una hamburguesa de queso, por ejemplo.

Le maldije en francés barriobajero.

–¿Era eso un insulto? –se ajustó la cinta de pelo que había improvisado para sujetar la gasa en su sitio–. No te preocupes. Sigo amándote con locura.

No pude menos de echarme a reír. Así de cerca, vi que el pequeño Sig era bastante mayor de lo que aparentaba a primera vista... le delataban las arruguitas de bebedor que tenía junto a las aletas de la nariz. Y también reparé en otra cosa: a pesar de las indiscretas arrugas y del pelo sucio, el pequeño Sig no estaba nada mal. Me pregunté qué habría hecho para que su chica lo pusiera en la calle.

Se tomó la cena como un buen chico, e incluso me dedicó un par de cumplidos una vez que se hubo acostumbrado al sabor.

–Cielo –dijo mientras se limpiaba los labios–, si tú te ganas la vida tocando ese saxo, yo soy Louis Armstrong. ¿Quién eres en realidad?

–¿De verdad lo quieres saber? En realidad me llamo Simone.

–¿En serio? ¿Simone qué?

–Signoret.

–Vaya. Qué nombre tan bonito.

Aquel chico, pensé para mí, debía de haber caído del espacio exterior.

Después, mientras yo fregaba los platos, comenzó a parlotear sobre la música de saxo y sus glorias. Fue todo un torrente de nombres y lugares de nacimiento pronunciados con la mayor reverencia, de fechas de grabación y músicos acompañantes. Coleman, Prez, Bird, Sonny, Jug, Trane, Bippity Boppedy Boo. Al final lo mandé a tomar una ducha con la esperanza de que se calmase.

Cogí de la mesa de la cocina el manojito de cintas marrones que se había quitado de las muñecas. Eran de cuero indio de mala calidad, todavía rígido de puro nuevo, y en cada una de ellas estaba grabada la cabeza de un águila calva. Aquello me hizo sonreír; yo también había sido muy aficionada a las pulseras baratas. Y también me gustaba ponerme muchas. Y es que al llevar sólo dos o tres no se consigue el efecto deseado. Hay que ponérselas a docenas. No me preguntes por qué, pero el caso es que la fuerza numérica anula su vulgaridad esencial.

Encendí uno de los cigarrillos de Sig y me senté a revisar el correo; todas aquellas facturas que, sin Walt y su sueldo, no tenía manera de pagar.

Me fumé otro cigarro y apuré el chardonnay peleón.

Sig reapareció unos veinte minutos después; relajado, limpio, con el pelo brillante, peinado hacia atrás, y el torso desnudo; un torso muy bonito, por cierto; básicamente intachable pese a su delgadez.

Llevaba enrollada en torno a la parte baja de las caderas una de mis extravagantes toallas blancas de baño Fieldcrest y, por debajo, junto a la inglete, asomaba una pequeña palmera. Me miró mientras yo lo contemplaba.

–Ah –dije, y continué mirándolo.

Esbozó una sonrisa traviesa y aseguró:

–Soy tu esclavo.

–Ah –dije.

–¿Dónde está el dormitorio?

–¿El mío? –repliqué pasado un rato–. ¿O el tuyo?

–Ah –dijo con tristeza, y se encogió de hombros.

Sí, gracias a Dios, era mayor y más sensato de lo que parecía.

Sacamos el viejo futón del armario del recibidor y lo extendimos en el suelo

del cuarto de estar.

–Bueno, Sig –le dije a la vez que apagaba la luz–, el café se sirve a las siete y media. Y luego te marchas.

–Pero si soy tu esclavo...

–¿Sabes, Siggy? Dado que soy una persona de color, ésa no es mi palabra preferida del vocabulario inglés.

Interpreté su risa como una señal de que finalmente se daba por vencido.

–Por la noche hace bastante frío –dije–. Recuerda que ya no estamos en verano.

–Entonces supongo que será mejor que me ponga el pantalón.

–Supongo que sí.

Sobre las tres de la mañana me desperté tiritando y entumecida. Sentía el aire frío rondando por los rincones de mi dormitorio como un gato salvaje merodea por un cañón. Imaginé que tal vez el muy imbécil de Sig se había ido a media noche dejando la puerta abierta.

Enfurecida, me dirigí a la cocina. Efectivamente, la puerta estaba abierta de par en par. La cerré de un portazo... y luego pegué otro portazo porque la cerradura no funcionaba.

Encendí la luz imaginando todo tipo de calamidades: Sig me había desvalijado el piso; se había ido a comprar una pizza y una vez en la calle decidió no volver, con lo que le puso en bandeja a otra persona la oportunidad de desvalijarme...

Pero no.

Estaba allí mismo. En el suelo.

Con una hoja de cuchillo atravesada en el cuello.

Se me ahogó el consabido alarido en la garganta, las piernas me flaquearon y empecé a desplomarme. Pasó una infinidad de tiempo hasta que mis rodillas al fin chocaron contra el linóleo.

En el suelo, entre él y yo, reposaba una pistolera de las que se fijan al tobillo con velcro y dentro una pistola roma de acero gris.

Pegada a la funda de la pistola, vi una foto de carnet dentro de un plástico. Me la acerqué con el pie y observé el retrato de Sig, que en la vida real era o había sido Charles A. Conlin, del Departamento de Policía de Nueva York.

In Walked Bud

[Entró en escena el colega]

Primero llegaron dos agentes de uniforme. Miraron el cadáver pero no lo tocaron.

A continuación vinieron los del SAMU. Tocarón el cadáver pero no lo movieron. Y luego llegó un detective, un tal Butko, que fue quien me tomó la declaración, como se dice en la jerga especializada. Mientras hablábamos empezaron a desfilar los técnicos, que parecían una panda de tísicos. Mi pisito, hasta hacía unas horas tan íntimo y anónimo, estaba atestado de funcionarios municipales. Todos ellos hombres. Bastos, groseros y con aspecto de enfermos terminales. El que estaba babeando sobre mi puerta descerrajada tenía la piel tan cuarteada que se diría a punto de mudarla.

–¿Cómo es que no ha oído nada? –me preguntó Butko.

–Por la misma razón –le repuse– que no oiría una canción rap que sonara ahora mismo en esta habitación.

Detestaba a tal punto la música rap que había desarrollado la capacidad de eliminar su sonido, de negar su existencia. La muerte violenta me inspiraba una aversión similar. Lo que no impedía que el cuerpo de Sig continuara tendido en mi cocina.

Después, sobre las cinco y media de la mañana, fue como si el tiempo se detuviera. El aforo del piso estaba completo y, sin embargo, se había impuesto una extraña calma. Sin hacer nada de particular, todos estaban a la espera. Incluso el pobre Sig/Conlin, que esperaba a su manera.

Lo que más deseaba en aquel momento era disponer de papel y pluma.

Sí, ya sé que parece una falta de sensibilidad pensar en eso teniendo de cuerpo presente a un hombre en la plenitud de la vida. Pero como eso no podía remediarlo nadie, se me ocurrió que cuando menos estaría bien escribir unos versos al respecto. Mientras hablaba con Butko veía pasar flotando ante mis ojos una ristra de palabras, como salidas de un teletipo. Era algo así: «Las mariposas no mueren, se desvanecen con un aleteo...». ¡Dios mío!... El desvanecimiento de las aleteantes mariposas habría provocado náuseas a mi tutor de la Universidad de Nueva York. Pero mi vida universitaria había concluido el año anterior.

Saqué del armario la gran cafetera de filtro que me había regalado mi madre. Se las había arreglado para hacer caso omiso de los indicios que a lo largo de los

años debieran haberle demostrado que yo detestaba el café filtrado y siempre usaba una cafetera exprés. ¿De quién habré heredado mi carácter obstinado?, me pregunto yo. Durante unos minutos, las miradas convergieron como hipnotizadas en el recipiente de vidrio que borboteaba y temblaba. No sé cuándo se desviarían, pero al cabo de un momento me di cuenta de que todos los ojos estaban fijos en mí.

Llevaba puesta una bata que se diría salida de una novela de George Sand. Buen algodón, cantidad de encajes de calidad, festoneada a mano y terriblemente diáfana. Con una mirada furtiva comprobé que mis oscuros pechos se marcaban clara y agresivamente a través de la tela. Sentí una punzada de vergüenza por todas las ocasiones en que los había exhibido orgullosa y regocijada para deleite de algún hombre.

Todos y cada uno de aquellos desconocidos estaban mirando mis pezones, con fijeza, con concentración. Y les traía al fresco que la chica con la que tenían que vérselas fuera quien iba a hacer la traducción definitiva de *Una temporada en el infierno*.

Por un instante tuve la disparatada idea de que la situación podía ir progresivamente a más: mirada a mirada y movimiento a movimiento, quizá acabara violada, destrozada y muerta; convenientemente acusada del asesinato del agente Conlin. Sería una de esas coartadas grotescas que nadie descubre hasta cuarenta años después.

¿Por quién he de prostituirme?

El primer verso de mi traducción de Rimbaud me vino a la cabeza en ese momento.

¿Por quién he de prostituirme?
¿A qué bestia debo adorar?
¿A qué virgen he de desflorar?
¿Qué corazón debiera profanar?
¿De qué mentiras debería vivir?
¿De quién ha de ser la sangre en la que nade?

Gracias a esta traducción, el tribunal me tiró mi tesis a la cara.

Me tranquilizó ver que los hombres habían dejado de mirarme de hito en hito. Salvo Sig, claro está. ¿Hasta cuándo pensaban dejar ahí tirado al muerto?

–Por lo que más quiera –le dije a Butko–, ¿no pueden sacarle el cuchillo del cuello, por lo menos?

–No es un cuchillo, preciosa –repuso mientras buscaba el azúcar en el armarito de encima de la nevera–. Es un punzón para partir hielo.

¿Cómo se atrevía a llamarme preciosa? ¿Dónde demonios creía que estaba...

en Little Rock?

Antes de que pudiera preguntárselo, un negro entró como una tromba por la puerta entornada provocando un blanco revuelo de técnicos de laboratorio. Llevaba calada una gorra de béisbol con la visera hacia atrás. Vestía pantalones de pintor y una sucia camisa de franela abotonada hasta el cuello. Un bigote de Fumanchú y una baqueteada guitarra completaban el cuadro.

–Tranquilo, Leman, tranquilo –exclamó Butko, agarrándolo por el brazo. Leman se lo sacudió con violencia. Se dirigió al cadáver cubierto con un plástico y se agachó sobre él a horcajadas.

Le oí preguntarle al muerto con voz espectral:

–¿Eres tú, Charlie?

No alcancé a entender nada más. Sonidos ahogados, estrangulados. Me pareció oír: «Ay, señor, ay, señor», o quizá fue «Ay, qué horror, ay, qué horror» lo que dijo.

Al cabo de un momento estalló en llanto. Verlo llorar con tal desenfreno resultaba desagradable.

A continuación cogió la guitarra y la partió en mil pedazos estrellándola contra el armario. Se produjo una estampida general para ponerse a cubierto de las iras de Leman.

Me senté en el raído sofá del cuarto de estar que los hijos de la vecina me habían ayudado a subir escaleras arriba el año anterior a cambio de unos dólares. Los policías y los demás hombres habían ido confluyendo de nuevo en la cocina y estaban recogiendo los trastos. Oí el sonido penoso e inexorable que hicieron al arrastrar a Sig por el suelo de la cocina metido en su sudario de plástico. Al fin se lo llevaban de casa. El sol ya estaba en el cielo.

–Cuéntame qué ha pasado.

Alcé la vista hacia el ancho rostro oscuro del detective Leman Sweet. Se elevaba sobre mí como un gigante que aspirase todo el aire de la habitación.

–Ya se lo he contado a él –repliqué, señalando a Butko.

–¡Cuéntamelo a mí!

Así lo hice. De principio a fin. Con la vista fija en el fondo de mi taza de café.

Leman Sweet sonrió cuando terminé de hablar. Se me acercó aún más y se desabrochó el primer botón de la camisa.

–Eres una zorra embustera –aseveró.

Me puse en pie. Me descargó un bofetón con la palma de la mano que me alcanzó en el hombro y me hizo caer en la silla. El café frío de mi taza le salpicó la cara. Lancé una mirada a Butko pidiéndole ayuda. Pero no movió ni un músculo.

–¿Te ha follado? –preguntó Sweet.

–No.

–¿Cómo que no? Charlie te folló. ¿Disfrutaste?

Guardé silencio. Las rodillas me temblaban.

–¿Te gustan los chavalitos blancos, a que sí?

Seguí callada.

–¡Contéstame! ¡Te... gustan... las pollas... blancas...! ¿A... que... sí?

Pensé que no tenía nada que perder. En todo caso, me iba a matar. Así que me di el placer de replicarle:

–En realidad, prefiero a los samoanos.

Butko soltó una carcajada.

–Pusiste cachondo a Charlie, ¿no es verdad? –prosiguió Sweet–. Le tendiste una trampa, ¿a que no me equivoco? ¿Quién eres tú? ¿Una universitaria? Eres una trepa, no te gustan los métodos anticuados. Lo quieres todo... enseguida. Estás harta de darle a la fregona, ¿no? Lo tuyo es subir por el camino rápido. Hasta arriba. Para poder mantener reluciente y perfumada esa cabecita tuya como una bola de billar.

Puede que se agote en unos minutos, pensé. Yo me quedo aquí sentada sin decir ni mu. A lo mejor se calla y se larga. A lo mejor cae fulminado por un rayo.

En ese momento divisó mi saxo, dentro de la funda abierta. Se dirigió hacia él.

–¿Es tuyo? ¿Lo tocas?

–Sí, es mío; sí, lo toco.

De una patada, lanzó la funda al otro extremo de la habitación.

–¿Lo tocas en la calle?

–¿Le apetece escuchar algún tema en particular?

Vino de embestida hacia mí.

–¡Leman! –gritó Butko.

Leman se dominó.

–Mírame bien, nena. Porque vas a volver a verme. Y vas a volver a hablar conmigo... ¿Entendido?

¡No!, quise gritarle a la cara. ¡No, imbécil, no te entiendo! Pero no dije nada.

Al fin, se retiró. Le oí maldecir mientras bajaba las escaleras.

El detective Butko se quedó mirándome un rato largo sin hablar.

–Le conviene cambiar la cerradura –dijo al cabo–. Para no tentar la suerte.

Aquello era lo más parecido a una muestra de solidaridad o simpatía que iba a recibir de los guardianes del orden público. Me reí audiblemente y Butko me dirigió una mirada extraña.

Regresó a la cocina y se marchó pasados unos minutos.

Cerré la puerta a sus espaldas, aunque no fuera a servir de mucho. Sonreí al

recordar la pregunta que me había hecho Sig: «¿Quién eres en realidad?». Eso tendría que habérselo preguntado yo a él.

Sólo tenía ganas de montar una rabieta, chillar y atravesar la pared de un puñetazo. Pero ya había habido suficiente violencia en mi casa. Estaba rendida... y hundida en la miseria.

Eché una mirada escrutadora a los nublados ojos de Billie. ¡Ella me entendería!

Nutty

[Loco de remate]

Después de mucho pelearme con el sueño y no descansar nada, fui a preparar una bandeja para tomar un café en la cama. Al final me levanté y puse un disco de Monk. Thelonious en sus momentos de mayor extravagancia: las viejas baladas puestas patas arriba. Qué bien encajaba eso en mi vida.

Podría haber sido peor, me repetía una y otra vez mientras localizaba la aspiradora y llenaba el cubo de fregar. Podría haber sido peor. Aunque no alcanzaba a imaginar cómo. Bueno, el cadáver podrías haber sido tú. Eso habría sido peor. O en vez de llamarte zorra, Lemán Sweet podría haber dicho que te parecías a Odetta, como te lo dijo una vez aquel gilipollas borracho en un restaurante. No tengo nada en contra de esa señora venerable, pero no le veo la gracia a que me confundan con una cantante de folk de sesenta años.

Me arrodillé a restregar la mancha de sangre. Luego recogí las astillas de la guitarra de Sweet. ¿En qué esquina tocaría? No pensaba pasar por esa calle nunca más en mi vida.

Me pregunté por qué los dos detectives se habían hecho pasar por músicos callejeros.

El portero del edificio llamó a mi puerta para informarse de lo que había pasado por la noche... a qué venía aquella tropa de policías y en qué líos había metido a la casa.

–Un cadáver –le dije.

–¿Qué cadáver?

–El cadáver de un hombre muerto.

–Pero ¿quién era el cadáver muerto?

–Sig –repuse.

–Esto no me gusta nada. Es terrible.

Me mostré de acuerdo con él.

Meneó la cabeza y anunció que el casero tomaría las medidas pertinentes.

Acabé el zafarrancho. El aspecto de espacio profanado seguía flotando en el aire, pero al menos todo relucía. Y yo me moría de hambre. La despensa estaba vacía. No me sentía con fuerzas para afrontar una visita al supermercado. Ni siquiera para salir del paso hirviendo unos huevos y haciendo unas tostadas después de acercarme a la tienda de la esquina. Demasiado esfuerzo.

Decidí echar una siesta. Si al despertarme no había recobrado la energía, me

lanzaría a dilapidar cinco dólares en el café de al lado.

Al desplomarme en el sofá, vi mi pobre saxo abandonado en un rincón, dentro de su estuche. Me acerqué a colocarlo bien. Luego lo volví a llevar al lugar que ocupaba originalmente antes de que la cólera del detective Sweet lo echara a volar por los aires.

Del cono del saxo asomaba algo. Me incliné a inspeccionarlo. ¡Increíble... un calcetín usado! Por lo menos eso parecía, un calcetín blanco, largo y mugriento.

Tiré del extremo del calcetín. Al principio no se movió. Luego empezó a estirarse y a deslizarse hacia fuera. Una vez más, se atascó. La punta estaba abultada, tenía algo dentro, una especie de carrete de hilo. Lo saqué de un tirón fuerte. Y detrás salió rodando otro.

El primer calcetín pesaba lo suyo. Tal como imaginaba que pesaría una porra. En la vida había visto una porra, pero en las películas de detectives en blanco y negro siempre estaban hablando de ellas.

Sacudí el calcetín. Ante mí quedaron desplegados sobre la alfombra seis fajos de billetes de cincuenta dólares bien enrollados y sujetos con sendas gomas. En cada fajo había unos cien billetes. Con lo que el valor de cada fajo ascendía a cinco mil dólares.

El contenido del segundo calcetín resultó ser idéntico. En total había doce fajos.

Lo que suponía que mi pequeño saxo había servido de escondite para sesenta mil dólares en billetes de cincuenta.

Me alejé del montón de dinero y me desplomé en el sofá. Aquello era demasiado. Demasiado demencial... incluso para mí.

Sólo una persona podía haberme llenado el saxo de pasta: Siggy. También conocido como el agente Charlie Conlin.

Mientras yo dormía, Sig hacía de Santa Claus. Luego lo mataron... unos duendes malignos o quien fuera. Me pregunto si sabía desde el principio que lo perseguían.

¿Por qué yo? ¿Por qué mi pequeño saxo abollado?

Cualquiera que fuese la respuesta a esas incógnitas, significaba problemas.

Sabía cuál era mi deber. Recoger el dinero y precipitarme a la comisaría del barrio para entregárselo a la policía... al detective Lemán Sweet, a quien tenía tantos deseos de ver de nuevo como de que me enterrasen hasta el cuello en medio del desierto para dejarme morir.

Además, no iba a creerse ni una palabra de lo que le dijera. Aduciría que había asesinado a Sig por el dinero. Qué más le daba a él que fuera absurdo matarlo y después presentarse a entregar el botín. A buen seguro, Lemán Sweet se tomaría como la misión de su vida conseguir que me ejecutasen por asesinato. Parecíamos la prueba viviente de la tan cacareada enemistad entre las mujeres y

los hombres negros. Las circunstancias... la historia... nos convertían automáticamente en enemigos mortales. No estaba en nuestra mano evitarlo. Y era una tragedia.

Pero ¿no se me estaría desbocando la imaginación? Incluso una persona tan desafortunada como Sweet debía de tener cierta capacidad de razonamiento. A fin de cuentas, era detective. ¿Quién sabe? Costaba bastante imaginar cómo podía pensar o actuar alguien como él. Hay que ser bastante raro para hacerse policía siendo negro.

Necesitaba ayuda. Sanos consejos. Una mente fría. Tenía que hablar con Aubrey.

Aubrey es la amiga más antigua que tengo. Nos criamos juntas, éramos las niñas de las dos únicas familias negras de una manzana habitada por familias hispanas en East Elmhurst, Queens.

Fui una niña inteligente. Tan inteligente como para salir en los periódicos. Fui una de esas repelentes niñas prodigio que sirven para llenar el espacio sobrante en periódicos como el *Daily News*. A la edad de siete años hacía complicadas sumas a la velocidad con que se enciende una cerilla. Me llevaba una sola tarde aprender a chapurrear otro idioma. Tocaba «Misty» sincronizando el ritmo con el de Erroll Garner. Sólo había un problema: mi única ilusión era bailar. Y era una bailarina deplorable. Y lo sigo siendo. Hasta el día de hoy.

Aubrey era... en fin, inteligente no era. Con desenfadada crueldad, los demás niños la llamaban lerda. Es curioso que haya llegado a ser una persona tan entera. Yo, por mi parte, me hago añicos al menos una vez al día. ¿De qué me ha valido todo el numerito de ser una niña prodigio?

Lo que a Aubrey se le daba de miedo era bailar. Había que ver cómo bailaba. Y nos propusimos que me enseñase a moverme. El objetivo era que me convirtiera en una arrebatadora e irresistible vedette del Folies Bergère, un clon de Jo Baker, con plumas en la cabeza y todo. Terminamos por darlo por imposible. Soy incapaz de moverme. Y la ocasión en que estuve más cerca de arrebatarse a los franceses fue cuando me subí en la silla de un café de la *rue de Savoie* y recité a Rimbaud de memoria. Tenía una cogorza tremenda y me dio por demostrar mis habilidades ante aquel intelectual de Toulouse harto de coca que me acompañaba.

Aubrey continúa bailando. Es una de las principales atracciones del Caesar's Go Go Emporium, que es exactamente el tipo de antro que su nombre da a entender, situado en un inmundo callejón allá donde Chinatown se encuentra con el supermachoso barrio de Tribeca.

Sale a escena desnuda de cintura para arriba –y casi de cintura para abajo–, y suele sacar más de mil dólares a la semana, de los que declara unos doscientos.

Aubrey es una de las mujeres más fuertes que conozco. Además es una belleza. La quiero mucho. Y no es lerda.

Trabaja toda la noche y duerme hasta bien entrada la tarde. No me parecía correcto despertarla con una llamada, y aun así lo hice. Tardaría cuarenta minutos en llegar a su casa, le comuniqué.

Embutí los rollos de billetes en los calcetines, los calcetines en el saxo y cerré el estuche.

Entré en el opulento vestíbulo acristalado del edificio de Upper Broadway donde vive Aubrey. Según me habían dicho, el reverendo Ike, un vivales de esos que te vienen con el cuento de mándeme-veinte-dólares-y-se-hará-millonario, vivía allí con un nutrido séquito. De tanto en tanto, alguno de los fatuos porteros, que formaban legión, me tomaba por una de las chicas del harén del reverendo. Yo no acababa de entender por qué Aubrey, que no era del oficio, había optado por aquel lugar de residencia donde la mitad de los vecinos eran timadores de uno u otro pelaje.

Subí a su planta en la cápsula espacial supersónica. Aubrey me esperaba en el umbral. No sé cómo se las arregla para mantenerse tan en forma con esos horarios antisociales que tiene. Su cabello, con una buena permanente, estaba estudiadamente alborotado como si acabaran de darle un repaso para una sesión fotográfica. Intensificó un poco esa sonrisa suya de combustión lenta al verme salir del ascensor. Llevaba una prenda larga de seda blanca y un par de chinelas blancas muy historiadas, y tenía todo el aspecto de una estrella.

En las escasas ocasiones en que acudo a verla bailar en el Emporium compruebo que es a todas luces una estrella. Las demás bailarinas tienen un aire de lo más forzado. Sus números son muy cutres –falsos rollos sadomasocas o fantasías hippys de los sesenta con pampanillas desteñidas–, y otras sencillamente parecen yonquis hechas polvo.

Aubrey es diferente. Poderosa a la par que delicada. Hombros suaves, movimientos insinuantes y armoniosos. He oído a los hombres retener el aliento al vislumbrar sus muslos de color caramelo. Se la ve tan serena en el escenario que induce al público a guardar silencio.

Tiempo atrás le contamos a mi madre que Aubrey trabajaba de cajera en un restaurante elegante del centro. No sé si se lo tragaría, pero se comporta como si se lo creyera.

–Lo siento, Aubrey –me disculpé–. Te he despertado. Perdona, corazón.

–¿Estás en apuros?

–Grandes apuros –dije a la vez que cerraba la puerta del piso.

–¿Esos apuros?

–No, peores.

–¿Qué es peor que estar embarazada?

–Esto –repuse. Abrí el estuche del saxo, saqué los billetes enrollados de los calcetines y los tiré sobre el sofá de cuero blanco.

Aubrey cogió uno de los fajos, deslumbrada:

–¿Llamas apuros a esto?

–Sí.

–¿De dónde ha salido?

–De un muerto.

–¿Te lo dio él?

–En cierta manera.

–¿Antes o después de morirse?

–Un poco de cada. Era policía.

–Abandona ahora mismo la ciudad, Nan.

–Va en serio, Aubrey. Uno de la secreta. Trabajaba cerca de donde estuve tocando ayer. Me dijo que era músico.

–¿Qué opina Walter de todo esto?

–Nada. Walter se mudó hace unos días.

–Estupendo. Lo mejor que podía hacer ese capullo de mierda era irse con la música a otra parte.

Aubrey entró en la cocina y regresó con una jarra de plástico llena de zumo de naranja recién exprimido y dos vasos. Se bebió el suyo. Yo hice lo propio, como correspondía, aunque lo detestara, y le conté toda la historia.

–Por eso he venido a molestarte, Aubrey. Ayúdame a decidir qué debo hacer.

–No hay nada que decidir, Nan. Te han caído del cielo sesenta mil dólares.

–Pero ¿qué hacía un madero con este pastón enrollado dentro de unos calcetines?

–Debía de hacer horas extras por la noche –rió su propia gracia. Luego dijo–: Si leyeras los papeles de vez en cuando... –su voz se apagó mientras sacaba delicadamente un cigarrillo de la pitillera de cristal que había en la mesa de centro.

–¿Qué papeles? ¿De qué me estás hablando?

–Del periódico, mi niña. Recuerdo haber visto en el *Post*, hace algunas semanas, que muchos vagabundos y músicos callejeros estaban recibiendo palizas en los pasos subterráneos. El periódico decía que iban a utilizar señuelos para tratar de echar el guante a los culpables. Posiblemente tu amigo era uno de esos señuelos. Fingía tocar el violín en la calle.

–El saxo –puntualicé–, no el violín. Y por lo visto no se le daba nada mal.

–¿Y qué? ¡Qué nos importa su puñetero instrumento! Si la pasma no sabe nada del dinero, es tuyo.

No sé qué vería Aubrey en mi cara en aquel momento, el caso es que de

pronto se interrumpió y me miró con recelo.

–Nan, no me vayas a decir eso –dijo al fin–. No me digas que vas a entregárselo a la policía. Después de todo el rollo que me has metido sobre París en otoño y lo que darías por volver allí... Coge el dinero y cómprate el billete de avión.

–¿Y su mujer y sus hijos, Aubrey?

–¿Tiene mujer e hijos?

–No sé, me habló de una mujer, su chica, la llamó. Supongo que se refería a su mujer.

Aubrey movió la cabeza de lado a lado, molesta.

–Según dijo, su chica lo había puesto de patitas en la calle –continuó–. No sé si sería una mujer que formaba parte de su tapadera o si sería una persona de su vida real. Pero si era real, ¿por qué iba a ser yo quien...? O sea, que ella está en su derecho.

–¿En su derecho de qué?

–De quedarse con el dinero, claro.

–Tener dinero es un derecho universal, amiga.

Me acerqué a una ventana y miré al exterior. ¡Qué vista tan maravillosa! Se divisaba todo el parque y la zona este de la ciudad.

–Me dijo que estaba locamente enamorado de mí –hice una pausa, en espera de sus carcajadas, que no llegaron–. ¿Lo crees posible, Aubrey? ¿Tú crees que pretendía dejarme a mí ese dinero?

–Vete a París, Nan.

–Ven conmigo. Te lo enseñaré.

Desechó la idea con un ademán burlón. Como si incluso pensar en que Aubrey Davis pisara suelo extranjero fuera absurdo.

No dije nada más sobre el dinero. Me acerqué a la estantería y me puse a revolverla en busca de una cinta de Etta James que me apetecía escuchar. Mientras la buscaba, canté por lo bajo y en tono guasón, pero amistoso: «Mi espíritu extraviado fue a parar a la oficina de objetos perdidos y tú apareciste para reclamarlo».

Era una broma siniestra que nos gastábamos de jóvenes. En lugar de reconocer abiertamente que se había ido con un hombre, Aubrey solía decir que había pasado toda la noche en la estación de autobuses, esperando a su madre en la oficina de objetos perdidos, porque estaba convencida de que algún día regresaría a buscarla.

Así que el consejo de Aubrey era sencillo: toma el dinero y corre. Ni siquiera hacía falta que corriera, bastaba con que me fuera tranquilamente a París. Aubrey es una persona muy lanzada. En lo que a mí respecta, siempre estoy ansiosa de aventuras, pero también soy propensa a asustarme. No sólo de

Leman Sweet. Me daba miedo que esos enormes fajos de billetes de cincuenta acabaran por causarme la ruina. Hasta yo misma me sorprendo una y otra vez de tener tan a flor de piel el sentimiento cristiano de culpa y de terror.

No, no iba a comprarme un billete para París. Todavía no. Y tampoco iba a ir a la policía. Todavía no. Ante todo debía poner manos a la obra y buscar a la pequeña señora de Sig y a sus pobres hijos.

Rhythm-a-ning [Ritmeando]

Me da la impresión de que aquella mañana me pasé un poco al arreglarme. Trataba de conseguir la imagen de una auténtica sin techo. Pero acabé por parecer una caricatura de una joven activista por los derechos civiles de los sesenta, o más bien un joven activista. Me puse un peto James Farmers desteñido, las típicas gafas de sol de Stokely Carmichael, un jersey de algodón negro de cuello vuelto y unas botas de cordones.

Sig, en su sabiduría, me había advertido que no sacaría ni un pavo en aquel lugar. Y, en efecto, los viandantes que pasaban llevando la bolsa del desayuno en la mano no me hacían ni caso. En parte era culpa mía: debían de considerarme una demente por tocar blues de Coltrane a aquella hora temprana. ¿Quién quiere conectar con ese humor antes de *llegar* al trabajo?

Pero en esta ocasión no estaba allí por el dinero, sino por Sig y la señora de Sig, y porque así me lo pedía mi conciencia, a la que llamo Ernestine. Mi lado hipócrita que me aconseja tú-a-tu-rollo-liberado-pero-luego-reza-para-noconsumirte-en-el-infierno merece un nombre así de cursi. No es fácil ser una libertina cuando cuatrocientos años de historia te han preparado para ocupar tu puesto en el banco de la iglesia.

Un pellizco de Ernestine me hizo recordar súbitamente a mi madre. Supongo que estará un tanto molesta por lo poco que la he llamado en los últimos tiempos. Pero no se enfada demasiado porque ese caso perdido de hija suya al menos está ocupada con un trabajo decente. Dar clases de literatura francesa en la Universidad de Nueva York. Eso es lo que piensa mi madre, en su piso de Queens. Hay que ver la cantidad de mentiras que le he contado a esa mujer a lo largo de mi vida... mentirijillas, embustes gordísimos... a veces casi sin ningún motivo. Y no tengo ni la más remota idea de por qué lo hago.

¿Cómo he llegado a convertirme en una mentirosa compulsiva? Todo debió de empezar por culpa de mi imaginación, de la que mi madre tan orgullosa estaba cuando era pequeña. Fue mi imaginación la que me sacó de Elmhurst y me llevó a París. La que siempre me hace meterme en camisa de once varas por mucho que trate de comportarme con sensatez.

En fin, si la multitud mañanera me tomaba por loca, no les faltaba mucha razón. Estaba recorriendo las calles de Manhattan con sesenta de los grandes metidos en el bolsillo de cremallera de mi peto.

Aquel día di más vueltas que un comanche. De la calle Diecinueve en el sur a la Sesenta y uno en el norte. De Park, en la zona este, a la Novena Avenida en el oeste. Y otra vez vuelta a empezar. Iba en busca de músicos callejeros. Rastreando pistas que me llevaran a la amiga de Sig.

Encontré músicos a montones, de una variedad infinita. El jazz no es, ni mucho menos, la única lengua con que la música se expresa en las calles. En cualquier caso, pensaba yo, el tipo de música que se interprete no importa tanto como la manera de tocarla: en la calle, a cambio de una propina. Imaginé que se establecería una fraternidad automática entre los diversos géneros de músicos. Por eso hablé con todos ellos. Saxofonistas. Violinistas. Percusionistas. Flautistas. Guitarristas. He de decir que escuché interpretaciones bastante buenas antes de decidir que había llegado el momento de tomarme un descanso. Pero aún no había encontrado a nadie que conociera a Sig ni a su mujer.

Después del almuerzo, consistente en una porción de quiche de espinacas pastosa y recalentada en el microondas que tomé en un café del centro, me dirigí a la estación de Grand Central.

Caminé sin prisas por el cavernoso vestíbulo circular. Caí entonces en la cuenta de que hacía mucho tiempo que no iba por allí. ¡Estaba todo cambiadísimo! No quedaba ni rastro de los vagabundos y los locos de toda índole que durante algún tiempo convirtieron la terminal en un refugio de almas perdidas. Le habían dado un buen lavado de cara cuando estaba en su peor momento: los murales se habían restaurado, los techos estaban bien pintados y todos los ornamentos de latón bruñidos y relucientes como un par de zapatos nuevos. Aquello era la Grand Central de la época art déco salida de una película de alto presupuesto.

Y como para acentuar la ilusión, empezó a oírse la banda sonora.

Un saxofón, tocado con gran maestría, deleitaba a los viandantes con los acordes de «Out of Nowhere». Me dejé guiar por la melodía y la música fue subiendo de volumen a medida que me aproximaba a su fuente. En cuanto aquel músico, quienquiera que fuese, terminara de tocar, me lanzaría a mi interrogatorio rutinario: «Hola, ¿qué tal? Eso ha sonado estupendamente. Oye, ¿no conocerás por casualidad a un músico blanco llamado Sig?».

Pero el guión tomó un rumbo imprevisto en ese momento. A pocos metros del solista, vi que no estaba solo. Tampoco era el típico músico callejero. Formaba parte de un grupo de hombres de mediana edad vestidos con trajes ultraconservadores al estilo de los Brooks Brothers. En una mesa plegable que tenían cerca, en lugar de un sombrero para los donativos había un maletín con la tapa abierta y, dentro de él, un par de docenas de copias de su último CD. Al lado había un letrero que informaba de los nombres de los músicos y de que aquel concierto gratuito de mediodía estaba patrocinado por la Junta Municipal

de Cultura en atención a los clientes de la estación de Grand Central; una iniciativa innovadora para mejorar la calidad de vida. El trío era de sobra conocido en los círculos de enterados. Tocaban en todos los clubes distinguidos del centro y tenían un gusto exquisito. Imposible que alguno de ellos conociera a un tipo desastrado como Sig.

Pasé de largo junto a los elegantes acordes del siguiente tema y, por aquello de animar el juego, eché una desgastada moneda de veinticinco centavos en el maletín. Por uno de los largos corredores me encaminé a la puerta giratoria que daba a la avenida Vanderbilt.

Dos chicos negros que lucían enmarañadas trenzas rasta habían colocado una mesita junto al escaparate de un local comercial vacío del pasadizo. Uno de ellos voceaba la miriada de mercancías expuestas sobre la mesa a la vez que se mantenía ojo avizor por si aparecía la poli y los pillaba.

Eché una ojeada rápida a lo que vendían. Las baratijas de siempre: pañuelos, incienso, calcetines de deporte de restos de serie, orejeras, cintas de pelo, adornos afro y otras cosas por el estilo.

–¿No quieres una bufanda, preciosa? –me pinchó el más guapo de los dos–. Angora auténtica, hermana, para que te dé calor cuando no me tengas cerca a mí.

–¿Cuánto vale? –le pregunté.

–Cinco.

–Angora auténtica, ¿eh?

–¿Es que tengo pinta de mentiroso?

Me eché a reír y flirteé un poco.

–No es necesario entrar en detalles personales.

Parecía dispuesto a defenderse, pero yo había dejado de escucharlo. Una serie de objetos expuestos en un brazo de escayola habían monopolizado mi atención.

–¿Qué son? –dije señalándolos.

–Para tu bonita muñeca, princesa. Dos pavos cada una. Tres pavos, cinco.

Le di cinco dólares y cogí tres pulseras. Rígido cuero indio con una cabeza de águila grabada. Las mismas que usaba Siggy.

–Permíteme que te ayude –se ofreció don Zalamero, y me anudó hábilmente las tiras de cuero a la muñeca aprovechando la coyuntura para sobarme un poco.

Examiné de nuevo las pulseras con mayor cuidado. No había la menor duda, eran como las que Charlie Conlin había dejado sobre la mesa de mi cocina mientras se daba una ducha.

–Muchas gracias –le dije inocentemente–. Ahora me gustaría algo más.

Desplegó una ancha sonrisa y pasó la mano sobre la mesa con ademán

magnánimo.

–A tu disposición, hermana. ¿Qué más quieres?

–Quiero que me digas si un tipo blanco flacucho os ha comprado un montón de pulseras de éstas últimamente. Supongo que iría cargado con la funda de un saxofón. Pelo largo. Joven.

Eché una mirada a su compañero y luego volvió la vista hacia mí.

–Pero bueno, hermana –dijo con sorna–, ¿para qué quieres a un blanco teniéndome a mí?

–Tú estás muy bien –le repuse, y de verdad lo pensaba–. Pero se me va a escapar el tren. ¿Conoces a ese tío o no?

–No conocemos a nadie –intervino entonces el compañero, con una frialdad cortante en la voz que no suele oírse a los jamaicanos.

–¿Conque no, eh? –dije amablemente, un poco asustada pero decidida a plantar cara–. Pues yo creo que a lo mejor sí lo conocéis.

–Qué va –protestó el guaperas, todavía de buen humor–. No conocemos a ese hombre, hermana.

–¿Sabes qué más creo? –repliqué.

–¿Qué?

–Que tienes pinta de mentiroso.

Sonrió maliciosamente. Saqué diez dólares de mi cartera y los coloqué sobre la mesa.

El compañero hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Vosotros lo habéis querido –dije con un suspiro–. Ahora me toca tomar una decisión rápida. Se me está ocurriendo decir tres cosas. No sé cuál será más efectiva para que me respondáis cuando me ponga a gritar. Por eso voy a ensayarlas antes en privado. La primera: ¡Me violan! La segunda: Licencia de venta ambulante. Y la tercera: Permiso de trabajo.

El compañero se abalanzó hacia mí, pero don Zalamero levantó una mano con gesto conciliador.

–Ese tío no nos las compró –me dijo con una voz de la que había desaparecido toda afectación–. Se las dimos por vigilar mientras trabajábamos en la estación Penn. Va con un viejales que se llama Wild Bill. Se buscan la vida como nosotros. ¿Te vale, hermana?

–Me vale –contesté.

–Siento que te marches, guapa.

Esa misma tarde, un ejecutivo de gabardina tostada que volvía del trabajo fue paradójicamente quien me hizo ver la luz. Justo antes de entrar en la estación Penn, le dijo a un músico que estaba allí cerca: «¿Qué tal te va, Wild Bill?», y le metió en el bolsillo un par de dólares.

Wild Bill interpretaba a la trompeta un tema que podría haber sido hermoso y otoñal de no ser por la rasposa amargura del tono en que lo tocaba. Me hizo pensar en una mezzosoprano talludita haciendo un horrible esfuerzo por alcanzar una nota que en otros tiempos fluía de su garganta con la facilidad con que el buen vodka se derrama sobre el hielo.

Más que un músico de jazz, aquel tipo parecía un vaquero de pega disfrazado para un rodeo.

No era joven. Entre los zigzags blancos de su pelo distinguí con claridad los restos de un rojo flameante a lo Malcolm X. *Poil de carotte*, decimos en francés.

Su rostro era todo un mapa de la fisonomía del hombre de color de Estados Unidos. Sí, el pasado negro estaba allí reflejado, pero había algo más.

Utilicé para abordarlo el mismo sistema que había empleado con los demás músicos a los que había interrogado a lo largo del día: me acercaba y escuchaba su música con atención; luego, como quien no quiere la cosa, dejaba un donativo en el sombrero o la funda colocada a los pies del músico. A continuación me inclinaba un poco hacia delante y preguntaba con aire indiferente si no conocería por casualidad a un tipo blanco llamado Sig que tocaba el saxo alto.

Wild Bill dejó la trompeta en su funda, sobre mi billete de cinco. Se enderezó la sucia corbata colorada y examinó sus desgastados zapatos como para ver si se los había arañado... y se ajustó la americana y planchó con los dedos la raya de una de las grasientas perneras de su pantalón. Todo ello sin mirarme a los ojos ni por un instante.

Empezaba a sentir complejo de mosca.

Cuando le pregunté de nuevo por Sig, se dignó a darse por enterado de mi presencia. Wild Bill me miró de pies a cabeza. Sin que en su mirada hubiera el menor atisbo de lascivia.

—¿Ha visto a Sig últimamente? —pregunté con cortesía.

—Sí, lo he visto... Y a ti, ¿no te ha visto una esteticista últimamente?

Así que eso era lo que había percibido en su rostro: la mala leche.

Cuando cesó su risa cascada, giró un poco la cabeza, tosió y encendió un cigarrillo.

Ésa se la iba a pasar. Conocía a Sig. No podía permitirme un despliegue de mordacidad en ese momento. Insistí en el mismo tono agradable:

—¿Cuándo lo vio por última vez, Wild Bill?

—Hace dos o tres días —dijo, como si ya hubiéramos hecho las paces.

—Vaya, quería ofrecerle una actuación pero no lo encuentro por ningún lado —comenté—. Una amiga mía quiere que toque en su boda. ¿No sabrá dónde está su chica... como se llame?

—Inge.

–Eso es, Inge. ¿Sabe dónde está? Ella le podría transmitir el mensaje.

–Tú lo has dicho, muñeca, «el mensaje». Con esos trapos pareces un mensajero.

Bueno, con ésta hacen dos. Nunca he sido aficionada al béisbol, pero todo el mundo sabe que el tercer golpe es el definitivo.

A pesar de todo, permanecí serena y animada. Y al cabo de unos minutos, Dios sea loado, Wild Bill se cansó de mí. Me explicó sin más rodeos que encontraría a la novia de Siggy cerca del colegio de la esquina de la calle Veintiséis con la Séptima Avenida.

El «colegio» era el Instituto Tecnológico de Moda.

La calle reventaba de actividad: un nutrido tráfico rodaba a tumba abierta y luego a paso de tortuga por la Séptima Avenida, estudiantes que lucían su iconoclasta elegancia urbanita, ayudantes de camarero de los bares de la zona con delantales sucios, señoras acaudaladas llamando a taxis para ir al Soho a hacer sus recados vespertinos. Y, en medio de todo aquello, Inge.

Estaba sentada en un taburete plegable y, en torno suyo, su respetuoso público formaba un semicírculo. Vi su sombrero. Su saxo. Sus ojos muy azules y el cabello rubio sucio. Su gran perro lazarillo de color rojizo... Dios me valga, si era ciega.

En ese momento tocaba «September Song». Destrozándola. Lo que no impedía que un hombre blanco estuviese llorando. Esperé a que acabara el repertorio mientras trataba de decidir qué le iba a decir. Nos dedicó una interpretación conmovedoramente inepta de «Lost in the Stars». Luego acometió «Speak Low». Y concluyó el mini festival de Kurt Weill con unos deplorables *riffs* de «Cherokee». Maldita sea, pensé, qué rara es la vida.

La gente se dispersó y ella comenzó a palpar la recaudación dentro del sombrero. Se detuvo al cabo de un instante e inclinó la cabeza en mi dirección. Permaneció en silencio, insinuando una sonrisa con los labios.

Al fin hablé yo:

–¿Inge?

–¿Sí?

Ya estaba dicho y respondido. Y, ahora, ¿cómo continuar? No lo tenía preparado.

–Eres la amiga de Siggy, ¿verdad? –improvisé.

Al oír mencionar su nombre, se llevó la mano al botón de arriba de su chaqueta vaquera.

–Sí. ¿Y tú quién eres?

–Me llamo Ann. Soy... una amiga de Sig.

–¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido?

Tenía pecas en la nariz. Cuanto más la mirabas, más guapa se volvía. De hecho, se parecía un poco a Sig.

–Mira, Inge. Necesito hablar contigo.

A sus pies, el perro levantó la vista hacia mí con aparente expectación. Era enorme y de aspecto tristón, y cuando se incorporó dio la impresión de que le dolían las patas.

–Necesito hablar contigo a solas. ¿Podríamos ir a un sitio más íntimo? – pregunté.

Lanzó una carcajada, como si hubiera dicho algo gracioso. Tal vez el mundo entero es un lugar íntimo para los ciegos.

–Vivo aquí cerca –dijo. Recogió a toda prisa y luego se inclinó para dar un leve tirón del arnés del perro–. Vámonos a casa, Bruno. Buen chico.

Bruno amenazaba con enredarse en sus piernas a cada paso, prácticamente le iba pisando los pies, pero Inge caminaba con agilidad.

La seguí en silencio por las calles, sin atreverme a ofrecerle el brazo para cruzar la calzada. Saltaba a la vista que aquella chica no tenía talento para el saxo. Me pregunté si cantaría bien, si no sería víctima de alguna loca fantasía a lo Ray Charles: soy sensible, soy marchosa, soy ciega. O tal vez fuera Sig quien tenía esa fantasía. Quizá era un ingrediente del atractivo que veía en ella. Por un instante me vino a la cabeza la lasciva imagen de Inge y Sig haciendo el amor, el cuerpo cimbreño de ella ondulándose bajo el de Sig, el aliento entrecortado, sus ojos mirando fijamente a la nada. Bueno, la nada o lo que fuera: ¿cómo iba a saber yo lo que veía?

Vivía en una casa de pocos pisos entre la calle Sexta y Broadway. En la planta baja había una floristería de venta al por mayor. Subimos a la primera planta y recorrimos el pasillo hasta entrar en una gran habitación cuadrada y sencilla. Casi no había muebles aparte de una cama, una silla y un cómodo almohadón para Bruno.

Inge se quitó de un puntapié una de sus botas de caña alta y encendió un Newport 100.

–Vas a darme una mala noticia –anunció–. Has venido a decirme que a Sig le ha pasado algo malo.

El perro me miró con atención, como en espera de mi respuesta, antes de acomodarse en el suelo de madera.

Renuncié a contarle la complicada historia que había estado urdiendo y me limité a decir:

–Ha muerto, Inge.

Después de un gemido, quedó en silencio.

–Lo sabía –dijo al cabo–. Lo supe en cuanto oí tu voz en la calle. ¿Qué ha pasado?

–Lo asesinaron. Fue..., es decir, parece que fue un intento de robo que se torció.

Esperaba que se echara a llorar, o que tuviera alguna reacción. Pero no..., continuó fumando como una chimenea y de cuando en cuando se mordía el labio inferior.

Al cabo de un momento me tendió el paquete de tabaco. Cogí un cigarrillo, agradecida, sin dejar de mirarle a la cara.

–¿Qué vas a hacer? –pregunté, transcurrido un rato.

–Nada. No lo sé. No hacía mucho que lo conocía.

–¿Lo querías?

Soltó una risa seca. Luego vi lágrimas en las comisuras de sus ojos.

–Inge, siento muchísimo lo que ha pasado. Sig estaba en mi... barrio cuando sucedió. Sé que él habría querido que viniera a contártelo. Y a ayudarte..., a echarte una mano en lo que pueda.

En ese momento se sentó.

–¿Cómo has dicho que te llamas? –dijo con cansancio–. ¿Angela?

–Ann.

–Hum. ¿Así que Sig te habló de mí?

–Sí. La última vez que nos vimos.

–No recuerdo que me haya hablado de ti. ¿También tú te dedicas a la música?

–Sí.

–¿Qué haces?

–Toco el saxo tenor. Pero no soy gran cosa. Sig me estaba ayudando.

–¿Te apetece un café?

–Tú descansa, anda. Yo lo prepararé –dije–. Basta con que me digas dónde están las cosas.

–¿Ann?

–¿Qué?

–Tienes una voz bonita.

–Gracias.

–¿Sabes qué? –dijo en el tono que usaría una niña de seis años.

–¿Qué?

–Me estoy cayendo de sueño.

Inge durmió durante una media hora. Bruno me mantuvo bajo vigilancia mientras me tomaba el café y me paseaba por la humilde habitación.

Apenas sabía nada de la ceguera ni de los ciegos. Siempre había pensado que todos leían *best-sellers* en braille. Por eso me sorprendió encontrar, en una desvencijada estantería mal pintada de blanco junto al cuarto de baño, unos cuantos libros en rústica, algunos volúmenes sacados de la biblioteca pública y otras publicaciones, incluidas algunas revistuchas porno, todo ello impreso en

caracteres normales. Vi también un par de desgastados cuadernos de taquigrafía con garabatos hechos a lápiz en la tapa.

Cogí uno de los libros de la biblioteca. *La edad dorada: Transatlánticos de lujo en los muelles del Hudson*, leí en la cubierta. Y en otro: *Los irlandeses de Hell's Kitchen*.

Inspeccioné otro par de títulos: *Vida y muerte de los muelles de Nueva York* e *Historia completa del Sindicato de Estibadores*.

Qué raro. Nunca se sabe lo que le puede gustar leer a la gente. Imaginé que tal vez alguien acudía regularmente para leerle en voz alta a Inge. Luego pensé que esos libros tenían que haber sido de Sig.

De quién si no. Tampoco es que yo lo hubiera tomado por un intelectual.

Inge parecía totalmente desconcertada cuando se despertó. Esperé a que se aseara y luego salimos a tomar una pizza acompañadas de Bruno.

Estaba sola tomándome una copa en una taberna a plena luz del día. Ninguna mujer negra bien educada osaría hacerlo; me estaba portando mal, como una perdida. Y además no era una taberna de muy buena nota.

Pero necesitaba un bourbon, y necesitaba pensar.

Había encontrado a la señora de Sig. Y a su huérfano... Eso es lo que sería Bruno en la versión de dibujos animados de la historia.

¿Cuál era el siguiente paso?

Inge y Bruno lo iban a tener crudo sin Siggy. Aunque por lo visto también lo tenían crudo con él. Al conocer a Sig, me pareció un músico normal y corriente que atravesaba una mala racha y, sin embargo, estaba forrado de dinero. Un dinero tan sucio como un retrete público, apostaría lo que fuera. Pero ni se lo había gastado ni lo había compartido con Inge. Al parecer, ella no tenía ni idea de quién era en realidad, ni la menor sospecha de que fuera policía. Me pregunté si no habría por ahí una señora de Sig legítima... una esposa de verdad.

¿Qué podía hacer? Podía ponerle un giro anónimo de doscientos dólares a Inge. De parte de un antiguo admirador. O sencillamente podía olvidarme de ella... o, por lo menos, intentarlo. También cabía la posibilidad de aceptar la lógica de Aubrey: cuando te encuentras algo, tuyo es. A fin de cuentas, Conlin dejó el dinero en mi casa, no en la de Inge. Y yo no sabía si albergaba la intención de entregarle un solo centavo a Inge o a su esposa legítima. Puede que incluso estuviera planeando abandonar a ambas. Qué chico tan majo.

Y, sin embargo, lo era. No padezco la ilusión de ser la reina del buen criterio, pero tampoco me gustan los hombres malos, los cabritos desalmados. Los tíos que me gustan pueden ser unos pelmazos, o unos pardillos, o tener una vena oculta de rateros, o pasarse con la bebida, o ponerse a sí mismos por las nubes

cuando les conviene, pero en el noventa por ciento de los casos *son* buena gente. Y no podía imaginar a ninguno de ellos viviendo a costa de una desventurada ciega para luego dejarla tirada cuando les caía el gordo. Si Sig aún no le había dicho nada a Inge de aquel dinero, sus motivos tendría.

La chica ciega me inspiraba compasión, cierto es. Pero también debía aprender a sentir un poco de compasión por la pobre Nanette. Que necesitaba un descanso. A quien le esperaban malos tiempos después de la partida de Walter.

Un sobre con doscientos dólares le vendría muy bien a Inge, desde luego. Yo en su lugar, no lo rechazaría, está claro.

Entonces oí a Ernestine susurrándome: *Mira, querida, tenemos algunas puertas cerradas porque es así como deben estar. Si sigues empeñada en abrir ésta, vas a caer directamente en manos de Satanás.*

Pedí otro bourbon, sin hielo, y con el cambio que me dio el camarero me compré un paquete de Winston Light en la máquina. Aparte de los cigarrillos que acostumbraba gorronear a cualquiera que tuviera delante, llevaba dos años sin fumar. Maldita sea. ¿Por qué le darían un sabor tan exquisito al puñetero tabaco si se suponía que no había que fumar?

El bourbon también sabía de maravilla –sólo con una gota de agua, sin hielo, no, nada de hielo–, con un punto de dulzor. Como yo. La dulce Nan. Deja ya de decir «no, no», Nanette. *Oui, oui.* El sur de la maldita Francia. Una pequeña granja. Un campo de lilas. El cálido sol veraniego. Un tanga. Hortalizas de verdad. *Vin rouge* para hartarse.

Aubrey se burlaría de este dilema mío. A tomar por saco la compasión, diría. Aubrey sí que sabía de la vida. Probablemente no tenía sentido llevarle la contraria en esto. Tal vez mi único dilema era si debía viajar con Air France o con Sabena. Comprar cheques de viaje de American Express o de Cook. ¿Recorrer Francia en tren o alquilar un coche?

Ernestine me iba a matar.

Dos taxistas me dieron esquinazo antes de que otro parase a recogerme. Debía de parecer más borracha de lo que estaba. Aunque, por otro lado, en pleno día siempre hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que me cojan o pasen de largo. No doy el pego como gran ejecutiva de un banco, pero tampoco es que parezca que voy a llevarlos al sur del Bronx. A veces los taxistas negros no son mejores que los blancos. Plantada en la acera, siento deseos de ser Sissy Spacek en *Carrie*. Imagino que el puñetero taxi amarillo derrapa sobre dos ruedas, se estrella contra un muro de cemento y sale despedido por los aires, y yo contemplo el siniestro total con una sonrisa serena en los labios. ¿Testigos, agente? No, lo siento, no he visto nada.

Las cosas son muy distintas cuando llevo mis galas de noche. He provocado

más de un choque en cadena con mi corpiño de cuero.

La mesa de la cocina estaba cubierta de periódicos, todos abiertos por la sección de viajes. Los había comprado para comparar los precios de las distintas compañías aéreas.

El dinero lo había metido en mi mochila y luego la había colocado en el asiento de la silla que tenía enfrente. Cualquiera la habría tomado por un enano hinchado esperando a que le sirvieran el café. Cuando sonó el teléfono, lo miré como diciendo: Y ahora, ¿quién puede ser?

Walter.

Me rogó que no le colgara, como lo había hecho la noche anterior. Dijo que *tenía* que hablar conmigo. No sabía vivir sin mí. *Necesitaba* verme.

Estoy preparando un viaje, le dije.

Verme tan sólo una vez, antes de que me marchara. No sé, dije... la frase fatídica: cuando dices «no sé», saben que te tienen en el bote. Las mujeres nos portamos como tontas muchas veces; no es agradable reconocerlo, pero así es. Dije que no sabía, pero lo sabía muy bien: iba a venir a verme. Hablaríamos. Acabaríamos en la cama. Las cosas siempre salían así. Ahí es donde siempre terminaban nuestras charlas después de las rupturas. Hablaríamos, luego un buen polvo, y unos días después volvería a instalarse en casa cargado de promesas y esperanzas. Hasta la próxima vez.

—¿Puedo ir ahora? Por favor, amorcito.

Sentí que el calor me trepaba por el cuello. La señal del deseo. Las promesas que me hiciera en ese momento eran lo de menos, estaba a punto de decirle que se diera prisa en venir cuando de pronto me embargó una abrumadora sensación de tristeza y remordimiento. Tanto por Siggy como por Inge.

—¿Walter?

—¿Sí, cariño?

—Walter, según tú, ¿cuál es la mayor hazaña que has hecho para conquistarme?

—¿Cómo?

—Ya sabes, ese gesto emblemático que indicaba que yo era lo que más deseabas de este mundo.

—Pero ¿*qué* dices?

—Sí, ya sé que de alguna manera me mantenías... en cierto modo. Pero ¿has hecho alguna vez algo por conquistarme? ¿Cuándo fue la última vez que te tiraste delante de un autobús por mí?

—¿De qué coño estás hablando, Nanette?

Había dejado de escuchar a Walter. Dije que tenía que colgar. Y así lo hice.

Recogí los periódicos y los apilé junto al incinerador. No iba a ir a Francia,

era evidente. Por lo menos, no con aquellos sesenta mil dólares.

–¿Quién es? –preguntó tímidamente Inge desde detrás de la puerta desconchada de su apartamento.

–Soy Ann –respondí.

El apartamento estaba a oscuras. Inge cerró la puerta a mis espaldas y encendió una lámpara.

Se quedó quieta, parpadeando de vez en cuando, a la espera de que hablase.

–Tengo que darte una cosa –dije al fin.

Ladeó la cabeza a la izquierda y continuó callada. Bruno se acercó pausadamente y se colocó a su lado.

Metí la mano en el bolsillo del abrigo y saqué cuatro rollos de billetes.

–Toma.

Se los puse en las manos, apartando el morro que todo lo fisgoneaba.

–¿Qué es?

–Dinero. De Sig. Me dijo que te lo entregara si alguna vez le pasaba algo. Son... –titubeé, posponiendo el momento de pronunciar la absurda frase que iba a decir–: son veinte mil dólares, Inge.

–Veinte mil –repitió mis palabras en el tono de quien habla de unos cereales de desayuno.

–Eso mismo. No es una trampa. No es una broma. Cógelos y vive tu vida.

Bruno lanzó un gruñido que le salió de las profundidades del pecho.

–Le había comentado a Sig que no sabía cómo iba a pagar el alquiler del próximo mes –dijo aturdida–. Pero ¿cómo es que tú...?

Salí de allí a la carrera.

En el arranque de mayor audacia que había tenido en la vida, llevada por la más pura compasión y el desvarío, acababa de regalar veinte mil dólares que no eran míos; así sin más, sin pensármelo dos veces.

Con eso me quedaban cuarenta.

¿Quién iba a ser el siguiente desposeído favorecido por Robin Hood?

Aquella anciana de Harlem que rescataba niños pequeños con sida había muerto, pero su obra seguía en marcha. Alguien había tomado el relevo al frente del refugio llamado Hale House. Puede que les diera algo.

¿Y el Fondo Universitario Unido para los Negros? No estaría mal establecer un estipendio anual para algún estudiante de música con talento de una de las universidades de la ciudad.

Y también había que tener en cuenta a aquella chica negra de Queens, de pechos generosos y medio calva, ésa a quien tanto le gustaban la Provenza y los

jabones de triple prensado. Ésa que necesitaba urgentemente someterse a un examen psiquiátrico.

No, ninguno de ellos, por mucho que lo mereciesen. Ya era hora de que recobrarla la cordura.

El dinero –lo que quedaba de él– iba a ir a parar a las manos en las que debiera haberlo depositado a los cinco minutos de encontrarlo. Que Dios me amparase, iba a tener que entregárselo a Lemman Sweet.

Little Rootie Tootie

[Pequeña Rootie Tootie]

La cocina de la casa donde me crié es tan luminosa como un día en St. Paul de Vence. Y está siempre reluciente. Lo cual tiene una explicación: mi madre no sabe cocinar.

Mi progenitora está enganchada a los platos precocinados. Ni una hogaza de maíz ni una sola tarta de melocotón habían visto la luz en aquella cocina. Dependíamos por completo de Colonel Sanders y Mrs. Paul, algún que otro pastel de espinacas en los griegos de la Metropolitan Avenue, carne en conserva de las mantequerías de Sunnyside, excursiones domingueras a Manhattan para comprar las galletas de Sylvia en Harlem y, en alguna ocasión muy especial, una cena en el barrio de los teatros cuando mi padre nos llevaba a ver un musical.

El abominable arte culinario de mi madre nada tuvo que ver con ello, pero el caso es que mi padre la abandonó hace ocho años. Es jefe de departamento en un instituto para capullos superdotados, y se enamoró de una compañera... una profesora blanca a la que prácticamente le doblaba la edad. Por lo visto, fue un amor correspondido, porque se casaron. Como en una tragedia griega, mi madre no ha vuelto a pronunciar su nombre desde entonces. Va a cumplir los cincuenta y cinco, y sigue siendo guapa. Yo no he salido a ella.

Le metí un rollo de billetes en el bolsillo de su vestido camisero malva y sencillamente le dije:

-Feliz cumpleaños, mamá.

-¿Qué es esto, Nanette?

-Para ti, madre. Tu regalo de cumpleaños.

-Nanette, ya me hiciste un regalo de cumpleaños... hace tres meses.

-No lo he olvidado. Era la primera entrega. Ésta es la segunda.

Retiró la goma elástica que sujetaba el rollo y contó los billetes.

-Nanette, si son cinco mil dólares.

-Sí, mamá, ya lo sé.

-¿De dónde los has sacado?

-De la Universidad de Nueva York. Una paga extra.

-¿Por qué te la han dado?

-Bueno, no es exactamente una paga extra. Más bien es un premio. Me lo dieron por... unos libros que traduje.

-¡Qué maravilla! Pero ¿no esperarás que me quede con todo lo que has

ganado? No vivo a expensas tuyas, Nanette.

–No es todo el dinero del premio. Sólo la mitad. Y quería dártelo ahora porque probablemente me voy a olvidar de tus seis próximos cumpleaños. Acéptalo como una especie de seguro. Además, llevo meses oyéndote decir que quieres pintar la casa o no sé qué.

–Quiero instalar carpintería de aluminio. Hay que ver cómo me escuchas.

–Eso es lo que quería decir. Es todo tuyo.

Al final aceptó el dinero. Después de taladrarme con un par de esas miradas maternas patentadas. Ésas que pueden querer decir cualquier cosa, desde *y ahora cuéntame una de vaqueros*, hasta *tendrían que encerrarte en la cárcel o algo peor*. Me sé de memoria toda su colección de miradas y, con casi treinta años de práctica, fue fácil hacer como si no las viera.

Mi madre me dio un beso y se guardó los billetes en el bolsillo.

Siempre está diciendo que algún día va a tomarse unas buenas vacaciones en un lugar bonito... quizá incluso en Europa. Pero no lo hará. Otra cosa que repite sin cesar es que va a venir a verme y a conocer mi piso, o al menos quedará conmigo a comer en el centro. Pero tampoco cuento con eso. Ni siquiera creo que recuerde la última vez que estuvo en Manhattan.

Mi madre dio una charla exhaustiva sobre la carpintería de aluminio. Tomamos un té Lipton, algo tan sencillo de preparar que hasta a ella le suele salir bien.

Quiso saber qué tal le iba a Aubrey y me preguntó si todavía conservaba «aquel precioso chaquetón de visón que se había comprado con los ahorros» de su trabajo como relaciones públicas en un restaurante. Yo sabía que la manera en que imaginara que Aubrey se ganaba realmente la vida era probablemente mucho peor que la realidad. Una chica go-go no es una prostituta, me habría gustado decirle. Pero ya era demasiado tarde para eso. Hay que reconocer que a nuestros mayores no les falta a veces la razón: cuando cuentas una mentira, luego tienes que seguir mintiendo; así funciona la cosa.

Unos minutos antes de marcharme, fui a mi antigua habitación y llamé a Aubrey. Tenía que confirmar nuestra cita. Necesitaba un respaldo para enfrentarme a Lem Sweet y Aubrey se había prestado a acompañarme; para hacer de guardaespaldas, por así decirlo, ya que me daba miedo que el detective Sweet volviera a ponerse violento cuando le contara lo que había hecho. O, más bien, la *mitad* de lo que había hecho.

–Entonces ¿estás decidida a ir adelante con esto, Nan? –me preguntó Aubrey con fatiga.

–Sí, estoy decidida.

–Te iría mejor si volvieras a vivir con Walter.

Habíamos ocupado un rincón del inmenso vestíbulo de su edificio, creando una especie de reservado con sofás, mesas de cristal y butacas. Cogí un cigarrillo del paquete de Aubrey. Mientras encendía la cerilla vi a Lemman Sweet, que entraba como una exhalación por las puertas vidrieras. Un airado portero salió en su persecución porque no le había respondido de la manera en que estaba acostumbrado. Al final Sweet se volvió hacia él y le enseñó su placa. El portero se quitó la gorra y se enjugó la frente.

–¿Es él? –me dijo Aubrey en un susurro muy audible.

–Sí. El mismo que viste y calza.

–No parece tan malvado.

Tenía razón.

Era Lemman Sweet, no cabía duda, pero no el mismo Sweet que me había insultado y pegado en mi propia casa. Seguía luciendo su bigote a lo Fumanchú, pero iba vestido con un traje de chaqueta oscuro. Mocasines lustrosos. Una corbata presbiteriana cara. Un buen corte de pelo. Transmitía una imagen de serenidad y eficacia. Y lo mejor de todo es que no iba cargado con ningún instrumento musical que pudiera acabar estrellado contra la superficie más próxima.

La mole del detective Sweet se elevó sobre nosotras al igual que el genio negro como el carbón que concede deseos del reivindicativo libro de cuentos que tenía de pequeña. Hice acopio de valor para mirarlo a los ojos.

–¿Cómo se te ha ocurrido citarme aquí? –bramó.

–Mi amiga Aubrey vive aquí –repuse, una presentación torpe donde las haya.

Mas para entonces, Lemman ya le había echado la vista encima a Aubrey. Había caído en una especie de estupor paralizante. Las cosas salieron, como diría Stevie Wonder, tal como las había imaginado.

Se sentó justo enfrente de Aubrey, con las piernas muy abiertas; sus enormes muslos se marcaban bajo la tela de gabardina azul marino y el anillo de su meñique relucía; un auténtico príncipe neoyorquino.

–Me alegro de que hayas decidido citarme en el centro –me dijo, dirigiéndose a mí ostensiblemente a la vez que devoraba a Aubrey con la vista– porque hoy estaba por aquí.

No me detuve a analizar su absurdo cambio de actitud. Los razonamientos lógicos no son la especialidad de los hombres que han caído bajo el hechizo de una mujer. Sin más preámbulos, coloqué un gran calcetín de deporte relleno sobre la mesita de centro que tenía delante Sweet.

–¿Qué es esto? –dijo.

–Dinero.

–¿Dinero de quién?

Fue entonces cuando Aubrey intervino, según lo planeado.

–Por lo visto es de su amigo –dijo–. El agente Conlin. Lo metió en el saxo de Nan aquella noche, antes de que lo mataran.

Volviendo de mala gana a este mundo, Sweet masculló una larga imprecación.

Dejó que Aubrey continuara con la narración, describiendo cómo, después de descubrir el dinero, me entró un pánico espantoso pensando que la policía – es decir, Lemán– pudiera sospechar de mí. Demasiado asustada para ir a entregarlo de inmediato, acudí a Aubrey en busca de consejo.

Cuando concluyó la historia, Sweet cogió el calcetín y lo sacudió como un bull terrier sacudiría a una ardilla atrapada en el jardín trasero. Los rollos de billetes salieron rodando.

–¿Cuánto hay aquí?

–Treinta y cinco mil –me apresuré a responder–. Más o menos.

Leman se quedó mirándome, con el cuerpo en tensión, preparándose para arremeter contra mí.

–¿Qué sucede, señor Sweet? –preguntó Aubrey, y se inclinó hacia él con solicitud–. No se le ve muy contento de haber encontrado la pasta de su amigo.

–No es *su* pasta. Se supone que es del Departamento. Mal asunto, maldita sea –dijo con solemnidad–. Muy mal asunto.

–¿Por qué?

–Faltan veinticinco mil.

–¡Hay que ver! ¡Qué horror! –exclamó Aubrey–. ¿Qué puede haber pasado, señor Sweet?

Con mucho cruzar y descruzar de piernas, sin cesar de encenderle sus cigarrillos Newport, interpretando primero el papel de la palurda y luego el de la mujer fatal, Aubrey le sonsacó toda la información a Lemán Sweet. Nos habló de la fallida maniobra secreta en la que trabajaban Charlie Conlin y él: al parecer, «los dominicanos» habían empezado a utilizar a músicos callejeros y a floristas para vender objetos robados, giros postales, pasaportes y hasta billetes de lotería. Conlin/Sig y él formaban parte de un despliegue policial que había fracasado. La fortuna que Conlin había dejado en mi saxo era dinero para esa operación. Y Lemán no sabía por qué Charlie lo llevaba encima.

Nos quedamos en silencio unos minutos. Luego Aubrey soltó una risita desvergonzada.

–Se diría que su compañero se había embarcado en algo por su cuenta, Sweet.

Él asintió con la cabeza.

–Y ¿sabe qué? –prosiguió Aubrey–, un tipo así podría haberse gastado sesenta mil dólares tan deprisa como se pulió los veinticinco mil que faltan. Imagino que su Departamento ya los daba por perdidos, ¿no es así, Sweet? ¿Me equivoco? ¿No es cierto que se habían despedido de ellos, Sweet?

Sin responder a su pregunta, el detective anudó el calcetín para que no se

cayera el dinero y se lo guardó en el bolsillo. Luego se recostó en el sofá, encendió otro Newport y se quedó sujetando la cerilla hasta mucho después de que se hubiera apagado.

Me quedé observando cómo se le caía la baba. Luego miré a Aubrey, que lo miraba a él. Qué estúpido jueguito se traían entre ellos... Por descontado, no conduciría a nada.

Tuve una visión absurda: Leman Sweet, vestido con un ceñido uniforme de la Armada francesa, caminando muy acaramelado con Aubrey por Marsella. Luego me coloqué en el papel femenino, colgada del brazo de Sweet y charlando por encima del hombro con un pescadero cualquiera sobre las novelas de Marcel Pagnol. A punto estuve de sacar mi cuaderno de notas para escribir unas líneas apresuradas. Ni que decir tiene que ese poema habría encajado de lleno en la tradición surrealista.

Al margen de todo esto, sentía que mi pecho se expandía con la dulce satisfacción de haber actuado como es debido. Había cumplido con mi deber al devolver el dinero. Aunque me hubiera quedado un poco corta, y lo hubiera entregado con cierto retraso, ¡ya estaba hecho! Sweet parecía haber aceptado nuestra versión de los hechos. Y Sig, en todas sus encarnaciones, desaparecería de mi vida para siempre.

Leman Sweet al fin nos dejó solas, loado sea el Señor.

Aubrey se inclinó a mirarse en el cristal de la mesita de centro. Se retocó la pintura de labios meneando la cabeza abstraídamente, con desdén.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Negro paleta —dijo en voz baja—. ¿Qué coño ha conseguido con pegarte?

Misterioso

Dejé de soñar con Lemán Sweet, sus muslos reventones y sus puños como manitas de cerdo rebozadas. Dejé de temer que apareciese para darme una azotaina cada vez que me ponía a ver la tele en lugar de practicar escalas con el saxo; cada vez que hablaba mal de alguien, que no separaba la basura reciclable o que no respondía a un mensaje del contestador.

Tiré el poema sobre el chulo marsellés.

Mi madre concertó una cita con unos contratistas timadores que hacen chapuzas como instalar carpintería de aluminio. Iban a hacerle un presupuesto.

Ah sí, y Walt y yo nos reconciamos de la manera habitual. Nuestras relaciones sexuales continuaban siendo magníficas. Y, en líneas generales, él se esforzaba en portarse lo mejor posible; era la etapa alcista del periodo de reencuentro: cenas en esos restaurantes coquetos adonde llevaba a los clientes cuando quería dorarles la píldora; algún que otro billete de cincuenta para sacarme de apuros; siempre la película que *yo* quería ver.

Fue la empatía personificada cuando le conté la terrorífica historia del asesinato de Sig en mi piso; dio muestras palpables de remordimiento por no haber estado presente para ayudarme y se indignó como es debido por el trato que me había dado la policía. Bien es verdad que me montó una escenita de celos porque no entendía qué hacía en casa aquel blanco de larga melena. Pero le hice comprender lo rastrero que era dejarse llevar por los más bajos instintos cuando mi vida había estado en peligro.

Así que la cama bullía y la factura de Con Ed quedó pagada. Walt y yo volvíamos a pisar terreno firme.

La única diferencia fue que esta vez no se vino a vivir conmigo. No me lo pidió. Y yo no se lo propuse. Nos iban bien las cosas, sí, pero persistía entre nosotros una barrera insalvable de desconfianza. Yo lo sentía mucho, deseaba que las cosas no fueran así, pero así eran. Walt conocía mis cambios de humor y mi cuerpo, tal como yo conocía los suyos, pero había un vasto territorio intelectual y emocional donde apenas coincidíamos. Volví a gozar del placer de arrancarnos la ropa arduosamente, del espléndido pecho de Walter y los juegos eróticos, del vaso frío de vino y uno de sus cigarrillos antes de dormirnos y del beso de despedida por la mañana. Me temo, no obstante, que en el fondo soy una degenerada. Sólo parecía quedarme contenta cuando lo pillaba en algún embuste.

Así como mi vida amorosa tenía sus limitaciones, mi vida «profesional»

estaba en un momento más que bueno... magnífico... excepcional... iba viento en popa. Un músico muy respetado que llevaba unos cuarenta años ganándose estupendamente la vida en el mundillo musical neoyorquino, un amigo de un amigo, me había aceptado como alumna. Empezaríamos a trabajar juntos más o menos dentro de un mes. ¿Estaba emocionada? No. Más que emocionada... me lo había tomado en serio. No paraba de ensayar. Por primera vez en muchos años estaba realmente interesada en algo que no fuera encontrar una buena oferta de vino tinto.

A modo de homenaje a Sig, seguí acudiendo a la esquina entre la Treinta y cuatro y Lexington, aunque él me hubiera dicho que el negocio estaba más al oeste. Después de todo, pese a que estuviera poniendo todo mi empeño en la música, me daba cuenta, primero, de que en el fondo mi gancho estaba en la originalidad –una chica alta de largas piernas y cabeza rapada– y, segundo, de que casi cualquiera de los músicos que tocaban al oeste de la Quinta Avenida me habría hecho quedar en el mayor de los ridículos.

¿Qué más daba que no estuviera a mi alcance tocar «Body and Soul»? A pesar de todo, tenía mis admiradores. Las ganancias del sombrero mostraban una tendencia ascendente sostenida, y entre los billetes de un dólar iba apareciendo alguno que otro de cinco. Luego, cierto día, me dieron algo mucho más emocionante que cinco pavos.

Estaba tocando una pieza festiva –«The Late Show», una composición de los años cincuenta–, imaginando que tenía a Dakota Staton cantando junto a mi oído izquierdo, cuando vi proyectarse sobre la acera una sombra extraña. Resultó ser la sombra de un chaval con un ramo de flores en los brazos. Acabé la actuación y me agaché a recoger la colecta. El chico seguía ante mí, sonriente. De pronto, me puso el ramo en las manos.

–¿Es para mí?

–Sí. Lleva una nota –repuso.

Señalé el sombrero. Cogió un par de monedas de veinticinco centavos como propina y se marchó.

Quitó el papel que envolvía las flores. Rosas amarillas de tallo largo. Nueve en total. Todas perfectas. Y una tarjeta de visita a juego, color amarillo crema, que estaba en blanco. Con un billete de veinte sujeto con un clip.

Miré a mi alrededor asombrada. Dirigí la vista hacia todos los edificios donde pudiera haber alguien, oculto tras unas cortinas, suspirando por mí. Eché una ojeada a la avenida, me asomé al otro lado de la esquina y a todos los portales. Era tan increíble eso de que me regalaran flores, tan conmovedor y extraño, que en lugar de tomarme un descanso para comer, recogí el saxo y me fui a casa.

En el poema que escribí sobre el incidente aquella noche, las nueve rosas se transformaban en dieciocho, luego en treinta y seis, y así sucesivamente. Se

multiplicaban, se dividían, se transmutaban. Rosas, rosas y espinas, pétalos de terciopelo como mi piel, amarillo incandescente al rojo vivo, como la aguja con la que mi madre me sacaba las espinas bajo la piel.

Al día siguiente se repitió la historia. En esta ocasión el recadero era otro chico. Y las rosas, esas flores adorables, eran más tiernas, un poquito más pequeñas, con las corolas apretadas sobre sus cálices verde pálido, de un amarillo aún más intenso. Un amarillo de una intensidad inverosímil, hipnótica. Me dieron ganas de comerme una. Me parecía sentir aquel color derramándose de mis labios como yema de huevo.

Acabé la sesión de tarde que, imperceptiblemente, se fue volviendo de terciopelo. No toqué más que baladas. Dos bolleras vestidas a la última me pidieron un bis de «Don't Blame Me». Cerré la actuación con «Violets for My Fur». Sesenta y dos de los grandes en el sombrero de fieltro. *Corrí* a casa. Busqué otro florero. Desconecté el teléfono. Puse a *Lady Day* en el tocadiscos. Me serví una copa. Un baño largo. Me fui a la cama sin cenar. Me masturbé. Dormí como los ángeles.

Al día siguiente decidí pulir un poco mi actuación. Puse el álbum de Monk dedicado a Ellington mientras le daba un planchado rápido a una falda, revolví el armario en busca de una blusa limpia, preparé un café y ordené por encima el piso. Luego me vestí y rebusqué el pañuelo indio con el que había confeccionado una banda para colgarme el instrumento al cuello. Al fin estaba lista para salir. A media manzana de casa, recordé que el teléfono seguía desconectado. Volví corriendo, conecté el teléfono y el contestador y, ya que estaba allí, me puse unos pendientes.

Ése fue el día en que lo descubrí.

Llegué a mi esquina con una hora de retraso sobre el horario habitual. Las flores aparecieron enseguida. Y vi en la acera de enfrente a un hombre que observaba la entrega. Estaba medio oculto, con aire muy furtivo, en el portal retranqueado de un decrepito edificio de viviendas. Tenía aspecto mediterráneo; puede que fuera griego o libanés... ¿o israelí? No. Fuera lo que fuese, parecía muy desdichado, con su elegante abrigo negro y su bufanda de seda. Fumaba frenéticamente.

Lo estuve contemplando un rato, a la espera de que tomara la iniciativa. Pero se mantuvo impertérrito, encendiendo un cigarrillo tras otro. En fin, tal vez me había equivocado. A lo mejor no era mi admirador secreto. Me instalé y empecé a tocar.

Dediqué un saludo a la recién llegada estación iniciando la sesión con «Autumn in New York». Luego acometí «Autumn Nocturne» y en ese momento pasó por delante mi viejo conocido, el tahúr manco, que arrojó unas monedas en el sombrero a la vez que se disculpaba con un encogimiento de

hombros. A continuación interpreté «Autumn Serenade» y estaba a punto de empezar «Lullaby of the Leaves» cuando el hombre de las rosas cruzó la calle.

Dio unos cuantos pasos hacia mí y luego retrocedió. Me llevé el saxo a los labios y él volvió a acercarse, esta vez mascullando entre dientes. ¿Qué demonios le pasaba a ese tío? Una vez que estuvo bien cerca, señalé el ramo y le sonreí. Era una pregunta.

Asintió con la cabeza, primero de mala gana, luego con mayor vehemencia.

–¿Quién eres?

–Me llamo Henry Valokus –dijo haciendo una media reverencia–, y estoy abochornado por lo que he hecho.

No es que tuviera acento exactamente, pero hablaba el inglés con una extraña lentitud, como si se le hubiera pegado una especie de cadencia europea indefinida.

–¿Qué has hecho, Henry?

–Las flores.

–Pero si son exquisitas. A mí no me abochornan.

–He estado escuchándote desde la primera vez que te instalaste aquí. Escuchándote tocar. Eres encantadora.

Entonces sí sentí un poco de bochorno.

–Me has regalado tantas rosas que me he quedado sin jarrones, ¿sabes?

–Ah –dijo–, entonces es que me he excedido. Siempre me excedo. Es mi forma de ser.

Quedó en silencio, sonriéndome tímidamente, mientras yo memorizaba su rostro. Todos sus entrantes y salientes. Y, sobre todo, aquellos ojos negros melancólicos.

–Para mí sería un gran honor que vinieras a comer conmigo.

Titubeé.

–Por ejemplo –continuó–, podríamos ir a uno de esos restaurantes indios que están por aquí cerca, en Lexington.

El señor Valokus había movido el resorte adecuado. Me chifla la comida india. En otros tiempos, antes de ponerme encima cinco o seis kilos, solía tomarla de desayuno.

–¿Has terminado?

No sabía si lo decía con sorna. No sólo había terminado, estaba reventando.

–Y tanto que he terminado –dije.

Hizo una seña al camarero y, con el mismo ademán, se llevó la mano al bolsillo del pecho y sacó una pitillera de plata.

–Debe de ser difícil ganarse la vida como lo haces tú –dijo comprensivamente–. Quería facilitarte un poco las cosas.

Me eché a reír y cogí uno de los cigarrillos que me ofrecía sin siquiera fijarme en la marca.

–Qué *galante* eres, Henry. ¿Tienes por costumbre rescatar a músicos indigentes? ¿O es que soy especial?

–Eres especial –se apresuró a contestar.

Me quedé un rato paladeando aquella respuesta. Soplé sobre el té cargado de especias para enfriarlo.

Sin que me diera cuenta, Henry había pedido unos licores, y al cabo de unos minutos nos pusieron delante un par de altísimas copas estrechas.

–Te gusta el coñac –afirmó Henry–. Estoy convencido de no haberme equivocado en eso.

–Henry, de momento no has dado ni una nota en falso. Pero me gustaría que me dijeras una cosa...

Se inclinó hacia mí.

–¿Qué intenciones tienes?

Un leve rubor cubrió el rostro del señor Valokus. Al cabo de un instante, dijo:

–Voy a serte totalmente sincero.

–Estupendo. La sinceridad está muy bien.

–Lo que busco en ti es... es... que... me ayudes a comprender.

–¿A comprender qué?

–La música. Bueno, no toda la música. Me refiero a una cosa en concreto. Algo... alguien... que es uno de mis fantasmas, una especie de recuerdo. Aunque no entiendo de dónde ha salido.

–Ahora sí que no te sigo, Henry.

–Te lo diré de otra manera: si ahora mismo me acompañaras a casa...

Lancé una risotada, pero dejé de reírme al ver su expresión dolida. Le indiqué con un gesto que continuara.

–Si me acompañaras a casa, verías que la he convertido en un auténtico santuario. Centenares de discos. Y no lo digo por decir. Y libros. Fotografías. Carteles. Las paredes empapeladas de carteles. Todo ello de un sólo músico. El que me tiene obsesionado. Y seguiré obsesionándome, mientras viva, si no logro comprenderlos a él y su música, si su corazón y su espíritu no dejan de tener secretos para mí. ¿Comprendes lo que digo, Nanette?

–Para nada –repuse–. Pero ¿quién es ese músico?

–Bird.

–¿Cómo dices?

–Parker.

–¿Te refieres a Charlie Parker?

–Sí, claro.

–¿Me estás diciendo que estás obsesionado con Charlie Parker?

–Sí. Eso mismo.

–¿Y quieres que yo te ayude a *comprenderlo*?

Asintió con la cabeza.

Esta vez no conseguí contenerme. Al cabo de un momento, estaba retorciéndome de risa. ¡Hay que ver cómo es el racismo! Los blancos siempre nos toman por cretinos, por delincuentes que llevan el crimen en la sangre o por extraterrestres con línea de conexión directa con *el espíritu*.

Qué le vamos a hacer. No tenía sentido pagarla con el extravagante Valokus, cuyo rostro volvía a estar nublado por la tristeza y la incomprensión. Además, ¿qué era en esencia lo que me pedía? Que hablara con él de música. ¿Qué tenía eso de malo? No era como si me estuviera pidiendo que le limpiara el piso o le hiciera una mamada.

Recobré la compostura y tomé otro sorbo de coñac. Charlie Parker no era en absoluto un místico, era un músico genial –en opinión de algunos, *el* mayor genio de la música–, jodido por la heroína y por ser un negro norteamericano, ¿qué tenía aquello de misterioso? En lugar de decirle eso a Henry, estiré el brazo y le di unas palmaditas en la mano.

Él reaccionó tomando mi mano entre las suyas y posando en ella un largo beso. Luego pidió la botella de Remy y me sirvió otra copa generosa.

Valokus me acompañó a mi esquina y me dejó allí con el capuchino que me había comprado en el nuevo café del barrio. Iba a ir hacia el norte de la ciudad, me dijo, porque había oído que en Colony Records tenían una nueva remesa de grabaciones en vivo de conciertos de Bird en diversos clubes.

Apenas un poquito mareada, lo vi alejarse por la acera y desaparecer al doblar la esquina.

Qué lástima no ser una auténtica pérdida, pensé. Podría sacar mucha tajada de aquel pobre ingenuo.

Henry no hablaba por hablar. Su piso, al que acudí después de nuestro tercer almuerzo juntos, era un santuario consagrado a Charlie Parker.

Dondequiera que dirigieras la vista topabas con un recuerdo de Bird: ampliaciones tamaño cartel de fotos en blanco y negro de Parker, calendarios de homenaje a Bird, números atrasados de revistas de jazz, una tesis doctoral sin publicar, libros, postales.

Y luego estaba la música: vinilos, casetes, compactos.

Me quedé muda de asombro. No se me ocurrió en esa ocasión reírme de la birdmanía de Henry. Algo sucedió durante mi primera visita a su santuario que me hizo ver su obsesión con menos suficiencia. Se podría decir que tuve un

fogonazo de lucidez. Me di cuenta de que lo que yo sentía por Francia no era muy distinto de la adicción de Henry a Bird.

Francia no era mi país. Y, sin embargo, siempre huía hacia allí. Era el lugar donde me sentía más a salvo, más viva, mejor comprendida, más integrada. El francés no era mi lengua natal. Y, sin embargo, si me dejaran organizar las cosas a mi manera, el francés sería asignatura obligatoria a partir de los seis años. Trataba de escribir en esa lengua. Me encantaba el sabor de boca que me dejaba. Con sólo oírla en la radio, me excitaba. Pero todo aquello eran tonterías románticas. No soy francesa. Y no hay poder terrenal capaz de alterar ese hecho. Soy tan negra y norteamericana como Charlie Parker. Aquel momento de lucidez y empatía con Henry Valokus marcó un punto de inflexión en mi actitud hacia él. Su rollo con Bird dejó de parecerme una chifladura; era algo conmovedor.

Aquella tarde charlamos animadamente del desengaño que los dos nos habíamos llevado con la película sobre la vida de Parker, pese a que a ambos nos encantaban los actores que interpretaban a Bird y a Chan. Escogimos cinco piezas y repasamos toda la música acumulada en el piso para comparar versiones en vivo de esas canciones con otras grabadas en estudio; grabaciones de los primeros y los últimos tiempos; las grabadas en Nueva York con las que se habían grabado en Boston o en California. No tardó en entrarnos el hambre otra vez. Henry encargó que nos trajeran comida india de un restaurante elegante de la calle Cincuenta y seis y champán de la tienda de licores, y seguimos charlando por los codos.

Hasta que Henry cerró la puerta de mi taxi y el conductor se puso en marcha, no caí en la cuenta de que no había tratado de enrollarse conmigo. Ni el menor intento.

Así que, unos días más tarde, lo seduje yo, después de una cena.

Mientras subíamos a su casa en el ascensor lo deseaba con tal fuerza que me sentía a punto de explotar. El deseo era como una soga en torno al cuello. Pero conservé la calma. Aguanté el tipo mientras sonaban ambas caras de la casete *Parker con acompañamiento de cuerda* que habíamos comprado a un vendedor ambulante en el Village. Llevaba puesta la mínima expresión de una falda de ante, sabía sin lugar a dudas que estaba emitiendo señales sexuales y apenas me cabía duda de que él las estaba recibiendo. Puso la balada más nostálgica de toda su colección y, mientras yo me comía una pera, se quitó la corbata. Luego, inesperadamente, me propuso bailar.

Y bailé con él, durante unos sesenta segundos, el tiempo necesario para el primer beso prolongado. Después lo derribé.

Sus labios en mi pezón enviaron descargas eléctricas por todo mi cuerpo. A la vez que me bajaba las medias y empezaba a acariciarme, yo lo agarré con fuerza

y lo arañé, como si tratara de dejarlo marcado para demostrar que me pertenecía. Tuve un orgasmo, y otro, y después otro, y otro más. Le arranqué los calzoncillos bajo la luz de la lámpara y lo hice *mío*. Follamos sobre un ensayo de Nat Hentoff. Luego de pie bajo la foto enmarcada de la carpa de Birdland. No me cansaba de él, de sentirlo dentro, poderoso, misterioso, ardiente. Y cuando ya no tuvo nada que darme y estaba ensimismado en sus frenéticas convulsiones, abrí la boca sin piedad y le clavé los dientes como una caníbal.

Trinkle tinkle

Tenía dos amantes. Hacen falta más de dos hombres para convertirte en un putón. Pero, así y todo, dos son más que uno.

A Aubrey le parecía gracioso.

A Walter no.

No, no se lo dije yo. No hizo falta. Se dio cuenta.

Él acababa de salir de la ducha por la mañana. Yo estaba preparando el café. Cuando terminó de vestirse para ir al trabajo estaba de un humor pésimo. Se sentó frente a mí en la cocina, sin prestar atención al plato que tenía delante.

–Sólo para que no vayas a pensar que te estás saliendo con la tuya, Nan; que sepas que sé que me la estás pegando con otro.

No dije nada.

–Zorra desvergonzada.

–Corta el rollo, Walter.

–¿Que corte qué? Me estás poniendo los cuernos, no hace falta que te lo diga yo.

–Walter, hablas como un ama de casa frustrada. No soy tu maldita propiedad. ¿Es que tú no te has acostado con nadie mientras hemos estado juntos?

A partir de ahí se produjo la previsible escalada de hostilidades y al final él se marchó muy digno y sin decir palabra. No pegó un portazo. De hecho, no se molestó en cerrar la puerta.

Me quedé sentada un buen rato, sintiéndome exhausta, destrozada –y también culpable–, hasta que opté por echarme a la calle a hacer dinero.

No resultó fácil librarse del mal humor. Después de tocar durante una hora, fui a cargar las pilas en un café muy concurrido de la calle Treinta y cuatro. Tenían unos *donuts* con mermelada fantásticos y yo necesitaba una buena inyección de azúcar. El tipo que estaba sentado a mi lado terminó su *croissant* con chocolate (demasiado grasiento, ya lo había probado una vez) y se marchó. Cogí el *Daily News* que había dejado en la barra y empecé a hojearlo.

Dejé de pasar las páginas al llegar a la tres.

VALEROSO PERRO MUERE DEFENDIENDO A SU AMA CIEGA.

En una de las fotos granuladas que acompañaban la noticia se veía a un

perrazo enorme tendido de costado, muerto. «Perro lazarillo y su dueña asesinados a cuchilladas», decía el pie de foto. Al lado se veía a una joven tapada en tres cuartas partes por una manta del SAMU.

–Mierda –dije en voz alta.

Era Inge, la señora de Sig, la saxofonista. Y su desgarbado perro lazarillo, Bruno.

Me obligué a leer todo el artículo. Decía que la joven y su perro ya habían fallecido cuando la policía llegó a la escena del crimen. La habían identificado como Inge Carlson. De momento, no se habían encontrado testigos. El móvil del crimen se desconocía, según la policía, si bien no se podía descartar que la chica y su acompañante canino hubieran regresado a casa justo cuando les estaban robando.

Me quedé mirando de hito en hito la foto del estúpido perro. No tenía valor para volver a mirar la cara de Inge. Pensé que tal vez la muerte le hubiera dado un brillo más luminoso a sus ojos ciegos, pero el miedo y la sensación de náuseas me impedían mirarla.

Con mis torpes intentos de obrar bien, había cosechado una variada muestra de las innumerables posibilidades del mal. Sig, el poli de la secreta al que había recogido en la calle, murió porque lo mandé a dormir a otra habitación.

En cuanto a Walter, habíamos pasado juntos buenos y malos tiempos. Yo utilizaba alegremente su dinero cuando me hacía falta, y su tiempo, y su cuerpo, e incluso de tanto en tanto sus consejos. A su manera, un poco rara, creo que Walter me quería. Y yo estaba pegándosela con otro, como él decía. Aun cuando estuviera realmente enamorada del excéntrico y galante Henry Valokus –y lo estaba–, la verdad pura y dura es que le estaba poniendo los cuernos a Walt.

Y ahora el último despropósito de la lista. No albergaba duda alguna respecto a que la chica ciega y su perro habían muerto por culpa de los veinte mil dólares que le había dado... la herencia de Sig. Lo hice de buena fe, pensando que era un gesto compasivo, lo que debía hacer. Ateniéndome a los sermones de Ernestine.

–¡Mierda! –repetía una y otra vez a través de las lágrimas reprimidas en la garganta.

Al fondo del café había un teléfono. Revolví mi cartera hasta dar con la tarjeta de Leman Sweet.

Le dejé mi nombre y el número del teléfono público del café en el contestador. «Es urgente», añadí. Luego me senté a esperar junto al teléfono.

Tardó unos veinte minutos en devolverme la llamada.

–¿Querías hablar conmigo, verdad? –comenzó, con forzada cortesía. Supuse que aún disfrutaba de carta blanca gracias a ser la amiga de Aubrey.

–Acabo de leer el periódico –dije–. ¿No estará usted relacionado con el asunto de la chica ciega? ¿Ésa a la que han asesinado?

Tardó un rato en contestar.

–¿Y eso qué tiene que ver contigo? –dijo al fin.

–¿Está relacionado o no?

–Dedúcelo tú misma, señorita universitaria. Me has visto con la guitarra de los cojones. Te he explicado la operación secreta de los músicos callejeros. La chica tocaba en la calle. Se supone que yo también lo hago. ¿A ti qué te parece?

–El periódico no mencionaba su faceta musical.

–Hay muchas cosas que no salen en los periódicos. ¿Hasta dónde llega tu estupidez?

Ésa era una pregunta que no me habría importado contestar. Pero me contuve. No era momento propicio para la autocompasión.

–¿Estás ahí?

–Sigo aquí –dije.

–¿Qué te traes entre manos, licenciada? ¿Sabes algo de esa chica?

–Sí.

–¿Qué has hecho, nena?

–Le di veinte mil dólares; el dinero que faltaba en el caletín de Charlie Conlin.

–Hay que joderse.

–Pues sí.

–¿Me estás diciendo que estuviste en el piso donde la han asesinado?

–Sí. Eso es lo que le estoy diciendo.

–¿Dónde estás? –rugió por el teléfono.

La benevolencia que podía esperar de Lemman Sweet gracias a los buenos oficios de Aubrey se había agotado. Volvía a ser el objeto de su odio. Pero esta vez había tomado la decisión de no permitirle siquiera que me echara el aliento encima, agarraría una botella y lo mataría.

Estaba esperándolo en la calle cuando llegó en un coche de serie, desprovisto de distintivos policiales. Se estiró para abrir la puerta del copiloto, sin apenas dirigirme una mirada.

–Como tanto te gusta inmiscuirte en los asuntos de la policía, voy a llevarte a la escena del crimen –me dijo una vez que hube cerrado la puerta.

Coloqué deliberadamente la funda del saxo en medio del asiento delantero a modo de barrera. Contemplé las calles bulliciosas, repletas de gente que disfrutaba de la vida, libre y feliz... no como yo, a mí me llevaban presa hacia un tenebroso destino desconocido.

–Empieza a hablar –me ordenó Sweet.

–¿Qué quiere que le diga?

–¿Dónde coincidiste con Inge Carlson?

–No coincidí con ella. La busqué y la encontré.

–¿Cómo?

–Pregunté por ella en la calle. Sig, o sea, Conlin, me había hablado de ella.

–¿Y cómo se te ocurrió la brillante idea de regalarle veinte mil dólares de la Policía de Nueva York a una furcia ciega?

–No sabía que era suyo, señor Sweet. Imaginé que era dinero sucio que Conlin había sacado de algún sitio, empleando malas artes, sí, pero que al fin y al cabo era suyo. Y a ella le correspondía quedarse con algo, ya que era su chica. Cualquier hombre lo habría deseado así.

Sweet hizo un rictus desagradable que dejó al descubierto sus grandes dientes.

–Hay algo que no tengo claro –dijo–, no sé si te enseñaron a mentir en clase o si eres una embustera nata.

–No estoy mintiendo.

–Sí, claro. Y la chica ciega no está muerta.

Se había producido un gran avance: el poder que Sweet tenía sobre mí, su capacidad para aterrorizarme, disminuía a pasos agigantados. Ya empezaba a aburrirme con su desdén y sus burlas.

–Como quiera –dije tranquilamente–, soy la mayor embustera del mundo. Ahora pasemos a otro tema. ¿Por qué me lleva a su piso?

–Quiero que me expliques sobre el terreno qué pasó cuando le diste el dinero.

–No *pasó* nada. Sencillamente se lo di.

–Además ha aparecido un presunto testigo. Quiero que te eche un vistazo. Un buen vistazo.

–No vaya a ser que después de darle el dinero volviera para robárselo y la matara, ¿no es eso?

–¿Sabes que no te aguanto?

–Me lo imagino.

Me recosté en el asiento y exhalé un profundo suspiro, preguntándome si Lemán tendría un pasado de universitario fracasado.

Apenas aprecié cambios en el apartamento de Inge. Apenas. Salvo por ese brillo apagado y untuoso que adquieren los lugares donde ha sucedido algo horrible. El mismo que tenía mi casa la noche en que mataron a Charlie Conlin. Y, al igual que mi casa, el apartamento de Inge había perdido todo viso de intimidad. Una panda de desconocidos –de la policía– se paseaban por allí a su antojo. Fisgándolo todo, tirando la ceniza de sus cigarrillos, hablando a voces.

Una agente de policía dirigió una mirada a Sweet y le preguntó:

–¿Todo listo?

–Sí. Hazlo pasar.

La mujer salió a toda prisa. Al cabo de un minuto apareció un chico flaco de pelo oscuro que no tendría más de veinte años. Se quedó junto a la puerta entornada, con los ojos bajos, sin ganas de entrar. Podría ser latinoamericano, o hawaiano, o filipino. No alcancé a ver bien su cara. Llevaba el pelo muy corto y en un lado de la cabeza le asomaban unas iniciales tatuadas. Una camisa holgada y unos vaqueros de cintura baja, inflados como globos, completaban la patética imagen de un chico empeñado en el torpe intento de hacerse pasar por un hip-hopero. Alguien debería informarle, pensé, de que ahora lo moderno era llevar camisas abotonadas de arriba abajo y Hush Puppies.

–¡Hola!

La voz de ogro barítono de Sweet puso firme al chico. Me dio la impresión de que se estremecía cuando miró al detective.

–Te llamas Diego, ¿verdad? –inquirió Sweet.

El chaval hizo un gesto de asentimiento.

–Mírala –se refería a mí–. Mírala con detenimiento.

Diego se quedó mirándome sin comprender nada. Y yo sostuve la mirada de sus ojos oscuros y atemorizados.

–¿La habías visto antes?

–No.

Ni me molesté en mirar en dirección a Sweet. Tomé asiento junto a la mesa de la cocina mientras él comenzaba a interrogar al chico, que dijo ser de la República Dominicana.

–Le dijiste al agente que habías oído ruidos en este apartamento el día que asesinaron a la ciega.

–También mataron al perro, ¿no?

–Sí, también a él.

–Ese perro me caía bien. A veces su dueña le dejaba entrar en la tienda. A veces yo le daba un hueso para...

Sweet lo interrumpió:

–¿Qué oíste ese día?

–Música.

–¿Qué tipo de música?

–No lo sé.

–¿Cómo que no lo sabes? Sería la chica tocando el saxo, ¿no?

–Pues no –replicó desafiante–. No fue eso, no me refiero a eso. Era una voz de hombre, que cantaba. Era como si estuviera cantándole una canción. Claro que también podría haber sido una cinta de música.

–Aquí no hay ningún aparato donde poner una cinta, chaval.

–Bueno, quizá era la radio. Pero no lo creo. No sonaba a eso.

–¿Cómo sonaba?

–¡Ya le he dicho que no lo sé! A lo mejor era música country de esa.

–Country... te refieres a la mierda esa del *country and western*... como eso de «*paleto con calcetines blancos, ¿te gusta la cerveza?*».

Diego no entendía nada.

–¿Por qué no me explicas qué oíste? –dijo Sweet.

–El hombre cantaba que los ojos se le habían puesto rojos en la carretera.

–¿Cómo dices?

–Eso era lo que decía la canción. Algo de la carretera y de los ojos ribeteados de rojo. No se parecía a ninguna música que yo hubiera oído, más bien era como si hablara. Pero a grandes voces. Y repitiendo todo el rato lo mismo. «Road... eyes... lined... red... road... eyes... lined... red». Ésa no es manera de hablar, ¿no le parece? Sonaba como una canción.

–Maldita sea, ¿me estás contando que un tipo se puso a cantarle una estúpida nana para camioneros antes de mandarla al otro barrio?

A Diego volvía a costarle trabajo seguir el hilo de las preguntas de Leman. No sé si Sweet habría caído en la cuenta, como yo, de que Diego estaba un poco colocado. Estupendo. Justo lo que nos faltaba para complicar más las cosas.

Sweet siguió con sus averiguaciones, pero en vano. El chico no había visto quién estaba «cantándole» a Inge. Al final le permitieron volver a la floristería de la planta baja donde trabajaba.

A mí no me soltaron. Sweet cumplió su palabra. Me arrastró a la comisaría, donde me interrogaron, me tomaron otra declaración, me humillaron y me advirtieron que aquello debía servirme de «escaramiento», así mismo.

Cuando Sweet me dejó en libertad, estaba tan exhausta que dudaba de que las piernas me sostuvieran hasta llegar a casa. Caminé hasta la esquina de la manzana de la comisaría y allí me vine abajo. Dejé la funda del saxo apoyada contra la pared y me pasé diez minutos llorando. Nadie me molestó.

Después me enjuagué los ojos, fui hasta una cabina telefónica y llamé a Henry. La tristeza y el miedo se disolvieron en un torrente de palabras. Se lo conté todo a saltos, sin orden ni concierto: Inge y el perro, Wild Bill y Sig y Kurt Weill, las rosas amarillas y Leman Sweet.

Me escuchó con paciencia y, cuando acabé, en lugar de intentar atar cabos sobre la marcha, me dijo que lo esperase en la cabina, que enseguida pasaría a recogerme.

No, le dije, no. Tengo que irme de aquí. No soportaba la idea de volver a toparme con Leman Sweet. Quería irme a casa.

Buena idea, dijo Henry, casi como si estuviera hablando con una demente.

No le faltaba razón. Debía de estar histérica. Ve directamente a casa, Nanette, me aconsejó. Nos vemos allí, ¿de acuerdo, cariño?

Había todo un abismo entre mi casa y el nido de amor que Henry tenía en las alturas. Lo vi subir por las escaleras desde el descansillo, observando cómo su pequeño rostro, melancólico y aturdido, se iba perfilando mejor a medida que ascendía por los escalones.

–¿Estás bien? –dijo, abriendo los brazos.

Despegué los labios para responder, pero apenas conseguí articular palabra.

–Ay –fue todo lo que conseguí decir–, ay, O’Rooney –había dado en llamarlo con ese nombre absurdo que el cantante Slim Gaillard inventó para Charlie Parker durante una sesión improvisada de grabación.

–Vamos dentro, amor. Déjame que te ayude.

Me hizo sentarme junto a la mesa de la cocina y me preparó un té. Lo bebí lentamente, calmándome poco a poco, y al fin fui capaz de relatar la historia con coherencia.

–Henry –dije pesarosa–, ¿qué puedo hacer? Ha muerto por mi culpa. Por *mi* culpa, Henry.

–Nada de eso, Nan. ¿Cómo ibas tú a saber que la matarían? Tan sólo trataste de ayudar a una ciega. La pobre había dicho que no le alcanzaba el dinero ni para el alquiler.

–Ya lo sé, ¡Dios mío! Pero es espantoso. Soy como una cuadrilla de demolición, Rooney. Todo lo que toco se desintegra y desaparece. Tal vez deberías volver corriendo a ese ático que tenías en la *rue* Dauphine. No creo que mis tentáculos lleguen hasta París.

–Cuando dices esas cosas ni te escucho, Nanette.

De los dos bolsillos del abrigo de Henry asomaban sendas bolsas marrones de papel. Eran dos botellas de vino chileno barato que había debido de comprar, a buen seguro, en la cochambrosa tiendecita de licores de mi calle.

Me sirvió un vaso y me desabotonó la blusa mientras yo bebía.

–Ve a cambiarte –dijo–. Mientras tanto, haré algo de comer.

No sé qué tipo de condimentos enmohecidos encontraría Henry en la nevera o en la despensa, pero se las arregló para preparar unos huevos revueltos deliciosos. Los despaché en un minuto. Encontramos unos higos secos rancios en la despensa y también los devoré, además de beber medio cuartillo de leche.

–¿Estabas famélica, eh? –dijo sonriente–. Como cuando volvías del colegio y tu madre te daba esas... esas galletas.

–¡Sí! –ante mis ojos apareció, clara como el cristal, la imagen de mi madre con su impoluto delantal–. Galletas Milk Lunch. Ella pensaba que me estaba

ofreciendo todo un manjar. Pero yo las aborrecía. Mi madre nunca ha tenido ni idea de lo que es comer.

–La mía sí. Fuiste afortunada al no tenerla de madre. Habrías sido una niña de lo más gordinflona.

–Pero tú no estabas gordo. Eras un tirillas. Y el ojito derecho de mamá. Y *todo* lo freía con aceite de oliva.

–No se te olvida nada de lo que te cuento de mi infancia, ni a mí lo que me cuentas tú –comentó Henry–. Nuestras vidas no podrían haber sido más diferentes y, sin embargo, tengo la sensación de haber vivido a tu lado en Elmhurst. Es como si te hubiera tenido allí, nadando conmigo y comiendo los mismos dulces que yo en la cocina de mi abuela.

–Yo también tengo esa impresión –dije–. Supongo que somos almas gemelas, Henry. La poesía siempre habla de eso.

–Quiero ver tus poemas.

Torcí los ojos.

–Ay madre. Mejor otra noche cualquiera, cielo.

–En el colegio siempre estabas escribiendo. Cuando te sentías tan desgraciada. Y te pasabas el día fantaseando.

–No me habría venido nada mal tener un amigo como tú en el colegio.

Puso una sonrisa traviesa.

–No estés tan segura. La única manera en que podríamos haber coincidido es que yo hubiera sido tu profe. Te habría retenido horas y horas después de clase para que aproximáramos nuestros espíritus. ¿Y qué habrían pensado tus padres?

Nos echamos a reír.

–¿Sabes lo que me ha venido a la cabeza ahora mismo? –me preguntó maliciosamente mientras quitábamos la mesa.

–¿Qué?

–Aquel extraño hotel cerca de la Ópera, junto al bulevar Haussmann, donde pasé una gripe.

–Sí. El hotel du Nil. Donde todas las camareras eran de Barbados.

–Yo estuve allí cuando era muy joven. Y tú también. Y los dos creímos que *Nil* quería decir cero en inglés, cuando en realidad era Nilo en francés. ¿Cómo interpretas tú eso, Nanette, que los dos cometiéramos el mismo error?

–No lo sé. ¿Te decía tu madre de pequeño que eras un chico muy inteligente aunque a veces te portaras como un bobo?

–Puede ser. Pero sospecho que no. De hecho, no creo que nadie me haya dicho nunca que soy muy inteligente.

Le quité el trapo de cocina de las manos y se las besé.

–No te preocupes, Rooney. Yo no echo en falta que seas más inteligente.

–En fin –continuó–, nunca más volví a ese hotel, ni a ningún otro lugar del

noveno *arrondissement*. Vivir en el sexto *arrondissement* o en Montmartre me parecía mucho más romántico. Todas las noches, antes del largo paseo de regreso al hotel, me tomaba un coñac en el café Maroc, el que frecuentaban los artistas. Y los personajes equívocos.

–¿Te sedujo alguna vez una funámbula?

–No.

–¿Y alguna saxofonista?

–No. Tú has sido la primera. Quítate la ropa, por favor –me pidió con humildad.

Nunca me habían hecho el amor con tanta dulzura como aquella noche. Ni creo que me lo vuelvan a hacer.

Nos desnudamos en el cuarto de estar y nos abrazamos en el suelo. Las palabras cesaron durante largo rato. Cuando acabamos me sentí desconsolada, desvalida, pero Henry volvió a cubrirme con su cuerpo, me puso las manos en la cara y me estuvo besando hasta que recobré la alegría.

Había caído la noche sobre la ciudad.

–Si no piensas recitarme ninguno de tus poemas esta noche –me dijo–, por lo menos no te negarás a tocar algún tema.

–Está bien –dije, encogiéndome de hombros.

Saqué el saxo y me planté en medio de la sala, desnuda, inspirada por todo lo que albergaba mi corazón. Escogí «Daydream» de Ellington, y me metí en la piel de Johnny Hodges.

En la botella aún quedaba un vaso. Lo serví y lo compartimos mientras escuchábamos unas sesiones que había grabado Parker con un grupo de acompañamiento. Henry me bañó y me lavó el pelo con la inocente melodía de «Old Folks» de fondo.

Inge Carlson. Así se llamaba ella. Charlie Conlin. Así se llamaba él. Ambos asesinados. Dos blancos, dos desconocidos que irrumpieron de pronto en mi vida y luego se desvanecieron, tal vez cambiándola para siempre. El largo camino del olvido se extendía penosamente hacia el lejano horizonte. Quizá no llegaría a olvidarlos, ni a olvidar cómo murieron, hasta que fuera vieja. Pero tenía que agradecerle a Henry que hubiera guiado mis primeros pasos por esa senda.

Tenía ganas de dormir hasta el verano siguiente. Pero en cuanto Henry se marchó, se me abrieron los ojos como platos; mi cabeza era un torbellino, el miedo y el cansancio me cosquilleaban en los huesos. Desistí de dormir y me levanté. Fui a la cocina y me serví un trago del Martel Cordon Supreme que había traído de Francia hacía dos años y guardaba celosamente desde entonces.

¿Por qué me había caído a mí la china? Esa pregunta vieja como el mundo.

¿Por qué Sig tuvo que irse a morir en *mi* cocina?

¿Por qué mi bienintencionado regalo a la preciosa e invidente Inge había provocado su asesinato? ¿Y el de su pobre perro! ¿Quién podía haber hecho algo así?

Qué personas tan abyectas había por el mundo. Y yo me sentía una de ellas.

Me tomé otra copa.

Cogí el bloc de papel que siempre dejaba a mano en la encimera, cerca del teléfono. Quería dedicarle unas líneas a Inge. Estuve unos minutos con la mente en blanco. Luego empezaron a colarse en ella unos versos de Rimbaud:

En mis horas de amargura evoco granizadas de zafiro.

Aquella era sin duda una hora de amargura. Tanto me costaba expresar lo que sentía que me puse a dibujar líneas, líneas que se entrecruzaban con círculos y triángulos. Me sentía vacía. Sólo conseguí escribir las extrañas palabras que el chico dominicano había oído o había creído oír. Las palabras que el asesino había gritado... o cantado.

Una carretera.

Ojos ribeteados de rojo.

Rojo ribete de los ojos.

¿Cómo las había llamado Lemán Sweet? Estúpida nana para camioneros. Blues para paletos.

Copié las palabras una y otra vez: *Road. Eyes. Lined. Red.*

Las escribí en líneas horizontales, en líneas verticales.

Road. Eyes. Lined. Red.

Road

Eyes

Lined

Red

ROADEYESLINEDRED.

Se me escapó una risita. Al pronunciarlas a toda velocidad, sonaba como «Rhode Island Red». ¿Sería un gallo? ¿Una gallina?

Tenía noticia de la oropéndola de Baltimore, salía en una canción de Hoagy Carmichael, creía recordar, o tal vez de Johnny Mercer. Otros habían inmortalizado al sinsonte de la colina. A un ave amarilla posada en un bananero. A un gallo que cantaba al romper el alba. Al pinzón de las nieves, al azulejo, al ave de paso, al flamenco. Pero, que yo supiera, nadie había escrito sobre el Gallo Rojo de Rhode Island.

Rhode Island Red. ¿Sería eso lo que el canalla le dijo a Inge antes de quitarle la vida? No, habría sido un desvarío. Era yo la que desvariaba.

Le puse el tapón a la botella de coñac de cristal tallado.

En otra hoja de papel hice un tosco dibujo de un gallo gigantesco con el pico muy abierto y los ojos saltones. El pico torcido y los ojos abultados, como la descripción que había hecho Billie Holiday de la víctima mortal de un linchamiento. Me quedé mirando de hito en hito el espantoso dibujo mientras apuraba la última copa.

Tenía que compensar de alguna manera las desgracias que había provocado. No había más remedio. Ernestine se me aparecía por todos los rincones de la cocina... cargada de reproches y acusaciones. Y tenía razón. Aunque me habría gustado decirle a gritos que si no me hubiera estado dando la brasa para que le devolviera el dinero de Sig a su mujer, Inge quizá no habría muerto.

Se me ocurrió un plan. Empezaría por aquel negro miserable, Wild Bill. Iría a verlo para hablar de Inge. Eso es lo que iba a hacer, si es que al levantarme por la mañana y ver aquellos garrapatos demenciales recordaba lo que había sucedido la víspera.

Eché una última ojeada a las hojas de papel desparramadas sobre la mesa de la cocina. Como aquello no terminara pronto, no tardaría en volverme majara.

Vencida por el cansancio y el sueño, volví a la cama dando traspiés.

Criss-Cross

[Enredo]

No amanecí hasta las diez de la mañana. Me sentía como si pesara cien kilos. Y tenía una resaca monstruosa.

Mientras hacía aguas estuve observando el alucinante pájaro que había dibujado la noche anterior. Y releí una y otra vez las palabras Rhode Island Red mientras tomaba un café cargadísimo.

Aquello no tenía sentido. Aunque, por otra parte, tampoco dejaba de tenerlo. La suerte estaba echada. Me lanzaría a buscar a Wild Bill.

Henry me llamó cuando estaba vistiéndome. Rechacé su invitación a comer y le dije que probablemente se me iría la tarde en buscar al pendenciero Wild Bill.

–No deberías meterte en esto, ¿sabes? Eres un espíritu generoso –dijo–, pero también hay que saber cuándo conviene dejar las cosas como están.

Le tenía preocupado.

–Me encuentro de primera, Henry. No te preocupes. Si te portas bien, como un buen idolillo del sexo, te diré cómo encargar la grabación de una entrevista que han hecho en la radio a la mujer de quien tú sabes.

–¿Me estás diciendo que Rebecca Parker todavía vive?

–Eso mismo, Henry O’Rooney.

–Te cuidado, Nan.

La flauta volvió a sonar por casualidad. Mi mayor admirador estaba muy cerca del lugar donde lo había encontrado la primera vez, tan sólo a una manzana al suroeste de la estación Penn. Me quedé a la espera mientras él trataba de tocar unas variaciones de Art Farmer sobre «Funny Valentine», si bien cualquier parecido con el original era pura coincidencia. Sudaba un poco enfundado en su traje de chaqueta tostado y su chaleco colorado petirrojo. Habría jurado que a Wild Bill le hubiera venido bien un trago en ese momento. Al cabo de un rato, desistió y se sacó una armónica del bolsillo del pantalón. Parecía más cómodo con ese instrumento. Tocó los típicos *riffs* del blues. No estuvo mal, aunque tampoco se podía decir que fuera Muddy Waters.

La muchedumbre del mediodía pasaba de largo y algunas monedas de veinticinco centavos tintineaban en la funda de su saxo. Dirigí la vista hacia los pies de Wild Bill y vi que llevaba unos zapatos rojos de ante –una promoción del Ejército de Salvación, sin duda alguna– y por un instante mi corazón se ablandó.

–¡Coño, si es cabeza de melón!

Me estaba hablando a mí, claro está.

–¿Qué tal van las cosas, señor Bill? –doblé un dólar y lo dejé caer en la funda. Emitió una especie de gargarismo procaz.

–Quería preguntarle una cosa –dije–. ¿Tiene por costumbre leer los periódicos?

Entonces me pegó un susto al llevarse la armónica a los labios y lanzarme una chorretada de notas discordantes.

–Inge ha muerto. La asesinaron el otro día –grité con rabia.

No reaccionó, al menos al principio. Luego levantó la desgreñada cabeza y me cantó en las narices, con voz rasposa:

–«Floogie pies planos pisa fuerte».

Wild Bill era un tipo difícil de querer. Yo había hecho lo posible porque me despertara cierta simpatía. ¿Quién sabe por qué se ponía tan borde conmigo? A lo mejor me parecía a su ex mujer o algo por el estilo.

–¿Se acuerda de que el otro día le pregunté...?

–Te recuerdo, mensajero –me interrumpió–, pero no quiero escuchar las noticias que me has traído.

Su risa burlona me sacaba de quicio. Consciente de que se me acababa la paciencia, le pregunté sin más rodeos:

–¿Qué sabe de Rhode Island Red?

No hubo respuesta. Silencio total. Sin pronunciar una palabra más, Wild Bill recogió sus cosas, dio media vuelta y se marchó.

–¡Oiga! –grité cuando se lanzó en medio del tráfico de la Octava Avenida.

Entonces el viejo hizo todo un alarde de velocidad. Corrí hacia la esquina para tratar de llegar al semáforo en verde y poder cerrarle el paso antes de que entrara en la estación de ferrocarril.

No lo conseguí. Divisé a lo lejos su sucia chaqueta justo cuando entraba en el túnel que conducía al tren rápido interdistritos. Para cuando me hube abierto paso entre el remolino de viajeros, vagabundos, carteristas y policías, Wild Bill había desaparecido. Sabía que no podía confiar en otro golpe de suerte para encontrarlo por tercera vez.

Y sabía algo más: la combinación de palabras con la que había dado –Rhode Island Red– no estaba muy lejos del origen del dinero. Era a todas luces algo más que una cancioncilla rechazada por los estudios de grabación de Tin Pan Alley.

Nuestras raíces siempre nos traicionan, ¿no es así? La clase media es la clase media. Estaba aturdida, un poco asustada y con el ánimo por los suelos. Así que me fui de compras. A Macy's.

Compré un jersey negro de lana de buena calidad en la cuarta planta y un

jamón de Parma divino en La Bodega. Volví a casa, preparé la comida, hice un café e incluso escuché todos los recados del contestador antes de caer en la cuenta del día que era. Me precipité a encender la radio y sintonicé la KCR. Me había olvidado por completo del cumpleaños de Thelonious Monk. El 10 de octubre suelo celebrar por todo lo alto el nacimiento de Monk, poco me falta para hacer una tarta de tres pisos. Esta vez ni me había acordado. Maldita sea. En la WKCR organizan todos los años un maratón de veinticuatro horas durante el que sólo ponen música de Monk. Y ése es el motivo básico, junto con el homenaje a Lady Day del 7 de abril, del donativo anual de veinte dólares que llevo enviando a la emisora desde que tuve edad para votar.

El locutor enumeró los magníficos temas que me había perdido sólo en la media hora previa. A pesar del cabreo que tenía, me consolé pensando que me quedaban unas diez horas por delante para olvidarme de mí misma –y de algunos de mis problemas– escuchando música.

Entonces sonó el teléfono.

Cometí la imprudencia de descolgarlo. Era Earl, el barman del Emporium, el antro donde trabajaba Aubrey. Dijo que mi amiga hacía ese día el primer turno y que necesitaba que me pasara a verla a última hora de la tarde.

Entendí de inmediato de qué se trataba.

Aubrey era mucho más solvente de lo que yo siquiera me había planteado llegar a ser. También era mucho más emprendedora, aunque la naturaleza exacta de sus empresas nunca la supe. Hacía unos años me había confiado un gran sobre con libretas de ahorros de tres o cuatro bancos distintos. Varias veces al año me convocaba para que acudiera con el sobre, sólo Dios sabe por qué, y unos días después me lo devolvía. Eran sus asuntos y su misterio. Sin pretender inmiscuirme, me limitaba a hacer lo que me pedía. Como ella no era muy aficionada a Monk –sus gustos estaban más en la línea de Luther Vandross–, no tenía ni idea de la magnitud del favor que le iba a hacer ese día en particular.

Estaban poniendo una serie de piezas muy elaboradas de Monk. Pero no conseguía conectar con la música. ¿Qué demonios significaría Rhode Island Red? ¿Y por qué Wild Bill había huido de mí como si hubiera visto a Satanás posado en mi hombro?

Aunque, pensándolo bien, lo lógico era que se asustase. Por lo visto, ésas eran las palabras que el asesino de Inge había gritado antes de matarla.

Apagué la radio a regañadientes. Luego decidí dejarla encendida para que la música habitara mi casa aunque yo estuviera ausente.

Pegué el esperpéntico dibujo en la puerta de la nevera. Di un paso atrás y levanté un dedo amenazador.

–No te vayas a mover de ahí, mamón.

Me quedé en la acera de enfrente del Emporium, observando la entrada. Me resultaba muy desagradable entrar en aquel tugurio incluso a plena luz del día. No tenía la menor gana de ver a los ejecutivos calentones ni a las bailarinas que se contoneaban medio desnudas, ni de sentir el olor amargo a cerveza y a desesperación.

A pesar de todo, hice un esfuerzo y crucé la calle. Entonces, cuando me disponía a entrar, oí un jovial: «¡Nan!». Me di la vuelta. ¿Quién me había llamado?

–¡Nan! ¡Nan!

No era la voz de Aubrey.

Una chica blanca me hacía señas, sonriente, junto a una furgoneta aparcada. Llevaba una sudadera Antioch y vaqueros, y sujetaba con un brazo un gran ficus de aspecto saludable. Me conocía, no cabía duda, pero yo no la situaba. Quizá fuera una antigua compañera del colegio, pensé.

Volvió a llamarme a la vez que señalaba la planta con un amplio ademán e inclinaba la cabeza en mi dirección, como si quisiera dármele. La levantó un par de veces y me dio la impresión de que se le podía caer en cualquier momento.

Me acerqué a ella contemplando su cara ancha y amistosa y devanándome los sesos para tratar de recordar quién era. Me puso la planta en los brazos, riendo.

Yo también me eché a reír.

–¿Quieres decir que es para mí?

–No –contestó–, pero esto sí.

Escondía una pistola pequeña en la palma de la mano y la mantuvo extendida un instante para que la viera, como si fuera una vendedora enseñando un broche. Luego dobló el índice sobre el gatillo y me pegó la pistola a la barbilla.

–Entra ahí.

Nunca me habían atracado. Ni siquiera había recibido una azotaina de mis padres. Y así, de pronto, tuve una visión de mi cráneo saltando en astillas. Carne, huesos y sangre volando en todas direcciones. Me vino a la cabeza una expresión que había oído y leído miles de veces: *a quemarropa*. Entonces el cerebro se me quedó tan paralizado como las piernas y los pies. La puerta de la furgoneta se abrió y Lady Antioch me empujó hacia dentro.

Cuando la puerta se cerró tras de mí, caí encima de lo que parecía un estuche de violín. Estaba asustada, pero no tanto como para que me pasara inadvertida la conexión con los músicos callejeros.

La mujer y yo nos recostamos contra la carrocería de la parte trasera. En el asiento delantero había un hombre. De mediana edad. Con un impermeable negro. Barba corta. Despiadados ojos azules, que volvió hacia mí.

–Tenemos que hacerte algunas preguntas –dijo cansinamente, como si la tarea le resultase ingrata.

La mujer mantenía el cañón de la pistola a un par de centímetros de mi barbilla. Las dos jadeábamos, compartiendo el mismo miedo, supongo: que tuviera que usar el arma.

–¿Qué preguntas? –conseguí articular.

–¿Qué hace una buena chica de color codeándose con gánsters?

La cara de pasmo que debí de poner tuvo que ser digna de verse. Estaba muerta de miedo, apabullada y, sin embargo, medio convencida de que aquello era una broma.

–¿Qué gánsters?

–Henry Valokus.

Estupendo. Así que era una broma.

–No diga tonterías.

–Pertenece a una de las familias mafiosas de Nueva Inglaterra.

Tener una pistola apuntándome a la laringe era emoción más que suficiente para una tarde. Lo único que me faltaba era enterarme de lo que aquel asesino de ojos pálidos e impermeable negro me acababa de contar sin darle importancia. Sus palabras sonaron tan veraces que me apresté a rebatirlas de inmediato.

Aunque mis rodillas estuvieran entrechocándose, tenía que dejar las cosas claras.

–Lo peor que Henry ha hecho en su vida debe de haber sido guardar una casete en la funda equivocada.

–No pienso discutir contigo, Nanette. Si quieres mezclarte con granujas, es asunto tuyo. Lo que me preocupa es que te vayas de la lengua respecto a Rhode Island Red. Te la vamos a atar bien atada.

Entonces olvidé por un instante –apenas un instante– que me tenían prisionera. Me incliné hacia adelante con ansiedad.

–¿Sabe lo que es? –pregunté a mi raptor–. Sólo pretendía averiguar qué significa.

Atendiendo a una seña del hombre, la chica me incrustó la pistola en el cuello. Me pegué un cabezazo contra la carrocería.

–Basta ya, Nanette. No voy a decir ni una palabra más –declaró el gran inquisidor–. Y tú tampoco, espero. Porque si mencionas Rhode Island Red una sola vez, tu puta boca dejará de ser el único agujero que tengas en la cabeza. ¿Entendido?

Quedé en silencio durante un minuto, hipnotizada por aquellos ojos.

–¿Me has entendido?

Estimé prudente no obligarlo a preguntármelo de nuevo. Asentí con la cabeza, sintiendo la pistola como hielo frío contra mi cara.

La puerta de la furgoneta se abrió con un chirrido. Me tiraron al arroyo

como un atado de periódicos viejos. Aterrícé a cuatro patas, bañada en sudor, temblorosa.

Me adcenté un poco y entré a trompicones en el Emporium. El encargado me explicó, como si fuera la mayor incauta del mundo, que Aubrey «no trabajaba de día». El barman de turno no se llamaba Earl y nada de lo que dije consiguió convencerlo de lo contrario. No sólo eso, no me habría llamado ni aunque le fuera en ello perder una apuesta, me dijo.

Te la han jugado bien jugada, pensé. Necesitas un buen bourbon. Los tipos que habían acudido para meterse el chute de mediodía de tetas flácidas y cerveza nacional me miraban con curiosidad. Que se fueran todos a tomar por saco.

Yo a lo mío. Dos chiflados me habían encañonado y abroncado por culpa de Rhode Island Red. Y tenía que haber sido Wild Bill quien les había hablado de mí.

Pedí otro Jack Daniels.

Segundo punto. Por lo tanto, no me había equivocado con respecto a las palabras que el asesino gritó en casa de Inge.

Me tomé otro bourbon.

Tercer punto. Henry era un mafioso.

Qué disparate.

A la siguiente copa perdí la cuenta.

Dos chicas con permanentes baratas se retorcían al unísono. Era el dúo más estrafalario que se pueda imaginar. Los hombres se agolpaban cada vez más cerca del escenario. Tenía que salir de allí.

Ya en la Sexta Avenida, empecé a colocar un pie delante de otro alternativamente. Todo un logro, dado el estado en que me hallaba. Iría a pie a casa de Henry y la caminata me valdría para despejarme. Iba a desentrañar aquel asunto endemoniado. Henry y yo éramos amantes. Éramos amigos. Los únicos secretos que había entre nosotros se referían a Charlie Parker. Y éstos me tocaba a mí desvelárselos.

El portero me saludó quitándose la gorra.

Como Henry no acudió a abrir la puerta, la abrí con mi llave.

La sala estaba vacía, abandonada. Todo había desaparecido: el museo de Bird, los libros, el equipo de música. La misma historia en el dormitorio: ni ropa, ni papeles, ni efectos personales. Unas hadas traviesas habían estado revoloteando por la casa y la habían vaciado, sin dejar más que pelusas de polvo y algún que otro número de la *Stereo Review*.

Fui a la cocina y bebí agua directamente del grifo. Bebí, bebí y bebí. Luego me remojé la cara.

Me quedé plantada largo rato en medio de la sala, pasando la vista de un rincón a otro, ni puñetera idea de qué hacer.

¿Dónde estaba? ¡Ay, Dios mío! ¿Dónde estaría Henry? ¿Secuestrado? ¿Se habría dado a la fuga? ¿Estaría muerto?

Aquel momento pudo ser el de mi perdición, podría haberme desplomado y no abrir los ojos nunca más, o haber empezado a chillar y a darme cabezazos contra la pared, si no hubiera sido porque de pronto percibí un olor extraño en la sala. Me pareció reconocerlo pero no acaba de estar segura.

Sí, claro que sí. ¡Fuego!

Me precipité frenéticamente hacia los armarios y los abrí uno tras otro. Allí dentro no había nada quemándose. Enseguida identifiqué el origen de aquel tufillo.

El olor se intensificaba en el despojado cuarto de baño. Pero no había humo. Entonces lo comprendí: era el olor que deja un fuego que se ha extinguido. ¿Qué se habría quemado? Henry no había dejado ni una pastilla de jabón.

Volví la vista atrás, hacia la sencilla bañera blanca donde Henry y yo nos habíamos duchado juntos, habíamos tenido orgasmos sincronizados, donde él me había enjabonado y consolado con tanta ternura. Sentí un espasmo de miedo que me paralizó el cerebro. Oh no... no... no, por favor...

Corrí lentamente la cortina de ducha, tratando de prepararme para la escena truculenta que sin duda iba a ver.

Pero lo único que vi en la bañera fue un gran cubo de fregar. Me asomé a mirar el fondo. Allí quedaban algunos trozos de papel a medio quemar. Después, al dirigir la vista hacia el suelo, vi un reguero de hollín que pasaba por el borde de la bañera, por los azulejos y terminaba en la taza del retrete.

Saltaba a la vista que Henry había estado quemando papeles en el cubo y luego había ido tirando los restos al retrete. Tan deprisa se había marchado que no le dio tiempo a concluir la tarea ni a borrar sus huellas.

En el armarito de la ropa blanca encontré una toalla olvidada. La llevé a la sala y la extendí sobre la alfombra. Luego saqué el cubo de la bañera y lo coloqué junto a la toalla.

Me puse a encajar los fragmentos chamuscados de papel con la intención de obligarlos como fuera a que formaran una unidad coherente. Trabajé en eso durante más de una hora con una concentración plena, febril, como si tuviera en las manos los restos de la partida de nacimiento de Kunta Kinte.

Los restos de papel me ganaron la partida. No logré que adquiriesen ni una semblanza de coherencia. Ante mí sólo había trozos renegridos de papel con muchos números impresos apretujados y las palabras Salidas y Llegadas que se repetían una y otra vez. Poco más fue lo que pude descifrar.

Me levanté decepcionada, con las piernas y la espalda doloridas. Las lágrimas de humillación y desengaño amenazaban con desbordarse y provocar una inundación.

En el preciso momento en que levantaba el tacón de la bota para tritular los papeles sobre la toalla en un arranque de furia y rabia, me vino a la cabeza otra serie de números y letras que había visto en algún lugar. Era algo relacionado con Inge.

Mientras ella descabezaba un sueñecito en su apartamento, justo después de que le dijera que Sig había muerto, me había dedicado a fisgar los libros que tenía. En uno de los volúmenes sobre barcos de vapor vi la reproducción de un menú art déco del comedor de un transatlántico de lujo, y en la página de al lado estaba impreso un horario de Llegadas/Salidas.

Un eslabón que unía a Inge –o, con mayor probabilidad, a Siggy– y a Henry. ¿Y qué podía importar eso? Si es que era un eslabón. Lo más seguro es que estuviera agarrándome a un clavo ardiendo.

Entonces se me ocurrió otra idea. Mucho menos fantasiosa. Al menos tenía ciertos visos de lógica y verosimilitud: no es que Henry, ese romántico impenitente, coincidiera con Sig en la afición a cierto tipo de lecturas crípticas; la cosa era más sencilla: iba a marcharse al extranjero... en barco.

Volví a arrodillarme y a examinar metódicamente los papeles medio carbonizados. Di la vuelta a algunos de los trozos grandes para ver el reverso. Algunos también estaban impresos por la otra cara, pero no apareció nada nuevo, sólo aquellos plomíferos números y signos. A punto estaban de rendirme cuando uno de los fragmentos me hizo dar un respingo. «ORK HERALD TRIBU» leí en letras de cuerpo pequeño, y el papel parecía una fotocopia. ¿Sería el *New York Herald Tribune* de tiempos pasados?

No el *International Tribune*, ése lo leía alguna que otra vez cuando estaba en Francia, sino el *New York Herald Tribune*. En tipografía reducida. Y fotocopiado.

O bien Henry compartía con Sig el interés en la navegación –lo que no indicaba nada ni era ningún delito– o bien había planeado su huida basándose en la información de un periódico que se vendió por última vez en los quioscos hace unos treinta y cinco años... lo cual supondría que estaba como un cencerro.

Apunté con cuidado y mandé el cubo a la cuarta dimensión de una patada.

Al salir a la calle, le pregunté al portero:

–¿Adónde ha ido el señor Valokus?

–¿Quién?

–El señor Valokus. Del 31 G. Se diría que se ha mudado a marchas forzadas.

–No creo que haya aquí ningún inquilino que responda a ese nombre.

–No me venga con ese rollo.

–Que yo sepa, señorita, el 31 G está desocupado –dijo con expresión serena y fatua.

–Sí –repliqué al cabo–, en eso lleva razón.

Blue Monk

[Monk melancólico]

¿Por qué no me había alterado más al abrir la puerta del piso vacío de Henry?

Porque lo sabía; en mi fuero interno lo sabía. El amante maravilloso con ojos de cordero degollado era demasiado bueno para ser real. El ingenuo melómano cautivado por Bird que vivía consagrado a mi sabiduría de mujer negra. Que me calentaba la leche del café. Me masajeaba los pies. El solitario exiliado griego que igual que yo, según dijo, se había dedicado a vagabundear por Europa. Que a altas horas de la madrugada rememoraba conmigo las exquisiteces de una *patisserie* de Montmartre y las morcillas de la *brasserie* vecina al club de jazz de la *rue* de Buci. Amable, sensible, generoso. Mi Henry. Con cuya boca soñaba. El sicario de la mafia. Ja, ja. Te la han pegado, Nan, más que pardilla.

Se le habían torcido las cosas antes de que pudiera sacar de mí lo que quería, peor para él. Y peor para mí, que nunca llegaría a saber qué quería realmente.

¿Estaba vivo o muerto? ¿Le habrían echado la mano encima los canallas de la furgoneta? ¿Era un auténtico delincuente que se había montado una película conmigo porque así lo exigían los planes de la mafia? ¿O era real lo que había entre nosotros y estaba interfiriendo de algún modo en los objetivos que le habían trazado los mafiosos? En uno u otro caso, la había cagado. Y el hecho de que hubiera levantado el campamento tan deprisa indicaba que estaba bastante asustado.

Asustado. Como ese viejo puñetero, Wild Bill. Tenía que haber sido él quien puso a los tipos de la furgoneta contra mí, ¿quién si no? En aquel momento deseé tenerlo en mis manos. Podría haberle dado un par de lecciones sobre cómo interpretar el blues. Y habría empezado por mandar su jodida armónica a tomar viento fresco.

Me llamó mi madre. Lo sé porque la escuché mientras dejaba un recado en el contestador.

Aubrey me llamó porque quería saber a qué se había debido mi visita de la víspera al Emporium.

Mi futuro profesor de música me llamó para invitarme a una fiesta en el Upper West Side, una fiesta en honor de Monk.

Walter me llamó para preguntarme cómo iban las cosas. Se le quebró la voz y colgó.

Me bebí tanques enteros de manzanilla. Al ver que aquello no surtía efecto,

busqué el álbum que Carmen McRae le había firmado a mi padre allá por 1959 y lo puse en el tocata. Como la música tampoco obraba el efecto deseado, me dediqué a montar todo un fichero policial con los retratos de los tenores cuyos discos había ido añadiendo a mi colección en los últimos diez años. Y como ni por esas me relajaba, empecé a pasearme de un lado a otro.

En la puerta sonaron unos golpes fuertes, apremiantes. Me quedé plantada en medio de la sala mientras continuaba el aporreo. ¿Qué haría si fuera Henry? Comprendí entonces que eso era lo que más deseaba en el mundo. Que apareciese de pronto y se riera de mí porque hubiese confundido mis rocambolescas pesadillas con la realidad. Que me dijera que llevaba dos días durmiendo y todo había sido un sueño, un sueño del que había venido a despertarme con un vivificante beaujolais y cientos de besos en los párpados.

No vi a Henry Valokus al echar una ojeada por la mirilla. Vi a Walter. Con un ramo de flores en las manos.

Al abrirle la puerta observé que las flores no eran más que uno de los elementos del armisticio. Había traído pollo frito y pastel de batata de un restaurante de la avenida Amsterdam que solíamos frecuentar. Y también un par de enigmáticas cervezas irlandesas. Además, iba cargado con una gigantesca caja de cartón con la etiqueta de Hugo Boss; saltaba a la vista que se había comprado otro traje de chaqueta.

Debió de darse cuenta de que estaba cabreada y tenía una depre de caballo, pero no hizo el menor comentario. Puso la mesa con mucha parsimonia y, cuando terminamos de comer, me preguntó sosegadamente si «mi historia había terminado».

–Sí, ha terminado –confirmé.

Fregué los platos mientras él repasaba la programación de la tele buscando, no hacía falta que me lo dijera, los partidos de baloncesto del día. Llevaba año y medio pagando un servicio de televisión por cable, lo cual era tirar el dinero considerando que mi televisor era una reliquia en blanco y negro, pero Walter no se perdería por nada del mundo un solo partido de los Knicks. Con la camisa remangada, se puso a jugar con los botones.

A mi madre le cae bien Walter, siempre le ha caído bien. Imagino que vio en él a un hombre con posibilidades y supuso acertadamente que a su hija le haría falta alguien así para suplir sus carencias. Mientras recogía la cocina le echaba miradas de tanto en tanto. No sabía cómo empezar a contarle todo lo que me había pasado en las últimas semanas. Sobre todo lo de Henry. Así que lo dejé para otro día.

Le puse delante un cuenco de palomitas, ésas que están espolvoreadas con falso pimentón, sus preferidas. Me miró y me posó la mano en el culo en señal de agradecimiento y enseguida volvió a embeberse en el partido.

–Estoy molida, Walter –dije–. Me voy a la cama.

–Yo me paso todo el día trabajando y tú estás molida. Lo tuyo es increíble, Nan.

Me recosté contra la almohada pensando en las sábanas verde botella de la cama de Henry, en la desaforada velocidad que había desarrollado Wild Bill al huir de mí, en la sensación de la pistola contra mi piel y en un joven dominicano que repetía aterrorizado el estribillo bobalicón de una canción country.

¿Qué había hecho yo en realidad con las palabras pronunciadas por Diego?

¿Las había convertido en Rhode Island Red a fuerza de estirarlas y encogerlas? ¿Las había traducido? ¿O tergiversado?

Al parecer, había dado con la expresión correcta. Cosa que no pudo hacer Diego.

Y es que yo soy traductora. Sé que las palabras mienten.

Basta pensar, por ejemplo, en Verlaine.

Je suis un berceau
Qu'une main balance
Au creux d'un caveau...

Según algunos esto significa:

Soy una cuna
mecida por una mano
en el centro de una cripta...

Sin embargo, otros sostienen que su significado es:

En las profundidades de la tierra
un puño destruye
mi infancia...

Habría que preguntarle a Verlaine qué versión se aproxima más a la realidad.

El problema es que Verlaine falleció hace mucho.

Diego no. Si le enseñara las palabras que había descubierto tal vez les encontraría algún sentido.

Para Inge y Charlie Conlin no eran palabras vanas. Estaba meridianamente claro que ambos habían muerto por su culpa.

Un grito de entusiasmo llegó amortiguado de la habitación contigua. Alguien debía de haberse anotado una buena canasta.

Era poco después del mediodía pero la jornada ya había terminado para la

mayoría de los trabajadores del barrio de las floristerías. Su turno comenzaba a las tres o las cuatro de la mañana. Contemplé las calles angostas en las que las dobles hileras de macetas obligaban a los transeúntes a andar en fila india, y me pregunté dónde almorzarían los trabajadores, digamos, a las seis y media de la mañana. Un compañero mío de la universidad, Dale, era aficionado a rondar por las calles a altas horas de la madrugada. Solía llevarme a apestosos cafés donde los parroquianos respetables eran los transexuales y de ahí para abajo había una variopinta representación de los estratos más bajos de la sociedad. Mientras bebía a litros el nauseabundo café, Dale me aleccionaba con su característica sinceridad marxista sobre los males ocultos de las relaciones raciales y de clase. A veces me daba la sensación de que le ponía que la gente diera por hecho que yo era una lumi.

¿A qué venía pensar en esas cosas? Estaba perdiendo el tiempo. O ganando tiempo, posponiendo el momento de entrar en el mayorista de flores donde trabajaba Diego. Apreté el paso y me dirigí hacia allí.

Arranqué un par de piropos obscenos y algo desganados a los tipos que holgazaneaban junto a la entrada. Sin prestarles atención, levanté la vista hacia la ventana del piso donde había muerto Inge.

Un viejo restregaba lentamente con una escobilla de goma la superficie metálica de una mesa donde habían recortado tallos y hojas de un millón de flores. Tenía pegados a los pantalones tantas hojas y pétalos húmedos que parecían un adorno superpuesto a la tela.

—¿Está Diego? —le pregunté.

Me señaló la habitación del fondo. Empujé las hojas batientes de la puerta y entré en un cuartucho con nueve taquillas clavadas a la pared. Frente a ellas había un largo banco de madera donde estaba sentado Diego, anudándose las deportivas. A su lado reposaba una lata de cerveza abierta dentro de una bolsa de papel y un cigarrillo encendido que se consumía al borde del asiento.

Lo saludé por su nombre.

El chaval me dirigió una mirada aturdida.

—¿Diego? —volví a decir.

Le costó medio minuto de reloj reaccionar, si reacción se puede llamar al enorme suspiro que exhaló. Diego estaba totalmente pasado de rosca.

—¿Te acuerdas de mí?

Se balanceó sobre el asiento.

—Sí. Es una de las polis.

—No, Diego, no lo soy. Vine con ellos, pero no soy policía.

Entonces puso una sonrisa afectada, disfrutando de un chiste que a mí me había pasado inadvertido.

Me senté al borde del banco. Además de estar colocado, Diego tenía el

aspecto de llevar varios días sin dormir.

–Necesito hablar contigo un momento, Diego.

Ninguna respuesta.

–Sobre Inge, la mujer que asesinaron en el piso de arriba.

–¿Cómo? –se enderezó ligeramente y se pasó las manos por la pelusa posadolescente de su barbilla.

–Querría saber si Inge te habló alguna vez de algo llamado Rhode Island Red. ¿Recuerdas habérselo oído mencionar? ¿A ella o a otra persona?

–¿Mencionar el qué?

–Rhode... Island... Red.

–No, no. No lo recuerdo –buscó a tientas el cigarrillo y aspiró a fondo, pero se había apagado.

–¿Estás seguro, Diego? Mira, quizá creíste oír...

Agarró la lata de cerveza, que por lo visto estaba vacía. Supongo que eso fue la gota que desbordó el vaso, porque saltó como un resorte y arrojó la lata contra la taquilla que tenía más a mano.

–¡No he oído nada de nada! –aulló–. ¡No sé qué coño querrán decir esas palabras de mierda!

Luego agarró el banco, con lo que a punto estuve de aterrizar en el suelo, y lo estampó contra la pared. Su cuerpo menudo temblaba de rabia.

Me habría gustado salir de allí, pero me daba miedo que la emprendiera conmigo si hacía el menor movimiento inesperado. Dio un paso hacia mí. Me puse en tensión y escudriñé el cuarto en busca de algo con lo que mantenerlo a raya.

Pero su violencia se había desinflado. Se acercó a las taquillas tambaleándose y se derrumbó sobre ellas.

–¿Crees que no recuerdo todo lo que me dijo? –preguntó con voz estrangulada–. ¿Crees que no sé de qué me hablaba? –y se deshizo en sollozos.

Vaya. Maldita sea. Estaba enamorado de ella.

–Diego, ¿podrías...?

–¡Vete a tomar por culo! Lárgate ahora mismo. Lárgate y déjame solo. Ojalá estuviera muerto, ojalá estuviera con ella... muerto. Me importa todo un pimiento, paso de todo. Mi única esperanza es que ese madero suyo de los huevos esté abrasándose en el infierno. Me gustaría ver si ahora lo sigue queriendo tanto.

Di un par de pasos titubeantes para acercarme a él. Cuando levantó la cabeza hacia mí, tenía el rostro flácido, avejentado. Despegó los labios y le salió de las entrañas un grito primigenio. Entonces apareció el viejo de antes acompañado de uno de mis admiradores de la entrada. Me abrí paso entre ellos y salí.

Ya en la calle, eché a andar a buen paso, aspirando profundamente el aroma

embriagador de las plantas. Hablando de abrasarse en el infierno, yo estaba chamuscada por el dolor de Diego. Necesitaba alejarme de aquel corazón desgarrado.

No llegué muy lejos.

Ese madero suyo de los huevos. Me gustaría ver si ahora lo sigue queriendo tanto.

Ese madero. Diego no se refería a Lemán Sweet. Se refería a Charlie Conlin... Sig. La cuestión era que Inge no sabía que Sig era policía. Entonces, ¿cómo lo sabía Diego? A no ser que... Ay.

En la prensa no se había publicado nada sobre la muerte de Sig. Presumiblemente debido a la censura policial. El asesinato de la pobre chica ciega y de su perro mereció grandes titulares en los periódicos, pero no se mencionó al amante asesinado unos días antes. Y durante el interrogatorio de Diego no se había aludido en ningún momento a Charlie Conlin.

Por lo visto, el pequeño hip-hopero herido de amor de la República Dominicana sabía más de lo que tenía que saber.

Llamé por teléfono a Lemán Sweet... una vez más.

Diego se había hecho con otra cerveza. Él salía justo cuando Lemán Sweet entraba en el cuarto de las taquillas, seguido a dos pasos por mí. El choque en cadena fue digno de un número cómico circense.

El chaval se quedó petrificado, los ojos clavados en los del gigantesco policía. El enorme pie embotado de Sweet se disparó hacia delante y Diego aterrizó sobre el banco que había tratado de destrozar quince minutos antes.

Con un par de zancadas, Sweet se puso a su lado.

–Me tienes que contar algo, ¿no es así, Pancho?

Diego se encogió.

Sweet lo levantó en vilo como si fuera una bolsa de la compra llena de aire. Asiéndolo por el cuello, lo lanzó en mi dirección.

Solté un chillido y traté de proteger a Diego rodeándole el pecho con un brazo.

El detective me apartó a dos metros con una leve sacudida de su hombro.

–¡No lo mate! –grité.

–Abre tu taquilla de los cojones –bramó Sweet.

–Ábrala usted mismo –jadeó Diego.

Sweet le descargó un golpe furioso en el estómago y Diego se desplomó.

Gemí y me tapé los ojos.

Sweet agarró al chico por el pelo y lo arrastró hasta la pared.

–¡Ábrela!

Diego obedeció.

–Al menor movimiento te vuelo los sesos –le dijo Sweet.

El detective introdujo ambos brazos en la taquilla y empezó a sacar frenéticamente el contenido. Diego lo observaba retorciéndose las manos con desesperación.

–¿Qué coño te pasa? ¿Te da miedo que te rompa la pipa de fumar crack? ¿Qué voy a encontrar aquí, Diego? Dímelo. ¿Qué voy a encontrar?

Sweet fue descartando camisetas, cepillos de pelo, calzoncillos tipo tanga y frascos de champú, arrojándolos lejos. Luego sacó lo que me pareció una palanca y un pequeño taladro de precisión.

–Aquella noche alguien trató de forzar la cerradura de tu puerta, probablemente con herramientas de este tipo –me dijo por encima del hombro. Colocó ambos objetos en el suelo con cuidado.

A continuación apareció un sobre blanco pringoso cerrado con un clip. Sweet vació el contenido sobre el banco de madera: fotografías. Las repasó deprisa, las guardó, se acercó al silencioso Diego y le cruzó el ceniciento semblante con un golpe del sobre. Una vez que tuvo al chico esposado, me tendió el sobre.

Lo abrí y saqué el rimerero de fotos. Todas eran de Inge, en diversos estadios de desnudez. Era imposible saber si se había dado cuenta de que la estaban fotografiando, o espiando, o lo que fuera.

Centenares de preguntas se agolparon en mi cabeza. Preguntas referidas a Diego e Inge. A Inge y Sig. Al amor que se transmuta en locura y la locura que degenera en asesinato. ¿Sería Diego una pieza más del enigma de Rhode Island Red? ¿Tendría alguna relación con Henry? ¿O no desempeñaba en aquella historia infernal y desgraciada más que un papel accidental, circunscrito, exclusivamente relacionado con su obsesión por la mujer ciega?

En ese momento levanté la vista de las fotos y la dirigí hacia Lemán Sweet, que apuntaba con su pistola hacia el puente de la nariz de Diego. Me quedé quieta a la espera de la detonación. Aun cuando la escena que se preparaba fuese atroz, sabía que no podría desviar la mirada.

–¿Así que has matado a mi compañero, hijo de la gran puta? Fuiste tú quien le clavó el punzón de partir hielo.

Los ojos de Diego quedaban justo a la altura del cañón de la pistola. Despacio, muy despacio, levantó los brazos, casi en un ademán de súplica, y asintió con la cabeza.

Como en las películas, la acción parecía desarrollarse al otro lado de una cortina de gasa, desplegándose poco a poco, todo a cámara lenta. Sweet le quitó el seguro a la pistola. Diego no cesaba de asentir con la cabeza. Yo imitaba a Buckwheat.

Oí a Sweet recitando las advertencias reglamentarias sobre el derecho a

guardar silencio y a contratar a un abogado. Enfundó la pistola.

-Tengo que preguntarle unas cuantas cosas -le dije cuando todo hubo terminado.

-Humm. No tienes nada que preguntarme. La única pregunta es si lo vamos a poner a la sombra por un asesinato o por dos.

Epistrophy [Estribilleando]

No esperaba una medalla de la policía de Nueva York por haber descubierto al asesino de un agente de la secreta. Y mis expectativas se cumplieron con creces. Ni una palabra de agradecimiento.

Como la vida es «parajódica», según le oí decir a un telepredicador, más bien les cabreó bastante que hubiera demostrado que la muerte de Sig nada tenía que ver con la investigación en la que participaban Lemán y él. El asesinato del pobre Sig/Charlie se había debido a algo tan poco conspiratorio como un amor no correspondido... a simples celos. En su confesión en regla, Diego aseguró que no supo que Sig era de la policía hasta que, la misma noche en que lo mató, descubrió su tarjeta de identificación pegada a la pistolera de tobillo.

Y por lo que respecta al funcionario público más avieso del mundo, el detective Lemán Sweet, se diría que sus ansias de perderme de vista eran aún mayores que las mías de perderle de vista a él. Una vez que Diego quedó metido entre rejas –después de requisar en su habitación de la calle Rivington la colección de revistas de *bondage* sado y las cartas de amor a Inge, patéticamente rudimentarias–, traté de hablar con Sweet del demencial encadenamiento de sucesos que nos había vinculado a unos con otros. Pero su interés en esa charla era positivamente nulo. Fueron pasando los días. El otoño inflamó el follaje de los árboles. No hubo más llamadas misteriosas para hacerme acudir a encerronas. Ni más chicas blancas que me metieran pistolas por las narices. Ni, como era de prever, la menor señal de Henry Valokus.

Estaba claro que él y aquellos con los que trabajaba, o para los que trabajaba, o de quienes huía, habían resuelto que no se iban a jugar las cartas conmigo. Lo cual era de agradecer. Así pues, traté de sepultar el asunto de Rhode Island Red en las profundidades donde debían de estar las hojas marchitas de aquellas primeras rosas amarillas.

Ojalá tocar el saxo se me diera la mitad de bien que meterme donde no me llaman. No sería porque no lo intentara. Jefferson, mi profesor, decía que estaba haciendo progresos aunque todavía no los notara. A pesar de todo, continué con mis actuaciones callejeras; con eso y los cuatro duros que ganaba traduciendo para una editorial francesa de vanguardia me mantenía a flote.

Sin olvidar la ayuda de Walt. Él nunca fue consciente de que para mí era un auténtico faro en la oscuridad. Sí, la química seguía funcionando entre nosotros,

pero ya no era mi prioridad máxima. A esas alturas descubrí que Walter y yo más o menos podíamos charlar de nuestras cosas... más o menos. Él trataba de escucharme cuando yo hablaba de Verlaine y yo intentaba prestar atención cuando él se preocupaba en voz alta sobre la inminente fusión de su compañía o despotricaba contra el insoportable maricón de la sección de corbatas de Barney's.

En esa época necesitaba un interlocutor de recambio porque Aubrey tenía la cabeza en las nubes. Y no era cuestión de echárselo en cara: mi querida amiga se había enamorado.

Nunca había visto dar muestras de debilidad mental a Aubrey. De hecho, hasta entonces la consideraba constitucionalmente incapaz de caer en esas flaquezas. Y, sin embargo, ahí la tenía, totalmente alelada. Lo cual era a medias un placer y a medias un muermo. En todo caso, podía contar con toda mi indulgencia y mi paciencia, pues no en vano me había ayudado a bandear a lo largo de los años montones de absurdos enamoramientos y *affaires de coeur* demenciales.

Su chico se llamaba Jeremy. Era alto, esbelto, increíblemente guapo, negro como la noche... ¡y *británico*! Y cada vez que se comía una «h» aspirada o la llamaba amor con acento isleño, Aubrey casi se corría de gusto.

En realidad, Jeremy habría hecho mejor pareja conmigo. Sí, ya sé que expresar esta opinión me hace quedar como una frívola. Lo único que pretendo decir es que, en un universo paralelo, él y yo nos habríamos quedado pegados a primera vista, como si lo nuestro hubiera estado predeterminado. Jeremy era un genio de clase obrera que estudió en Oxford y se ganaba la vida haciendo crítica musical... de todo tipo, desde Schoenberg a Hendrix. Pero su pasión era el jazz. Era despierto, elegante, un hombre de mundo muy viajado y un encanto. Había pedido una temporada libre en la revista de música donde estaba empleado para escribir un libro sobre Fletcher Henderson y, después de entregar el primer borrador a su editor, se estaba tomando unas vacaciones en Nueva York.

Por suerte para los amantes, vivíamos en *este* universo, en el que Jeremy entró en el Emporium una noche acompañado de un amigo suyo (una *drag queen* que se hace llamar Velveeta), le echó la vista encima a Aubrey y... En fin, eso me hace replantearme quién estaba predestinado para quién. Había que ver qué colgados estaban el uno del otro, Aubrey y Jeremy. Era algo que saltaba a la vista. Yo me alegraba muchísimo por ella.

A Jeremy le llegó un talón que se había retrasado varias semanas. Quería celebrarlo. Nos invitó a Walt y a mí a ir con Aubrey y él a un fantástico club elegante del centro donde actuaba un pianista que conocía.

No me parecía a mí que en una *boîte* descafeinada del East Side, de esas

donde te pegan el palo, fuera a estar muy en mi ambiente. Creo que Walter dio en el clavo al describir la perspectiva con la mayor crudeza: «Seguro que nos sirven una bazofia apestosa y que damos el cante por ser los únicos clientes negros».

Para colmo de males, Walt no se llevaba bien con Aubrey. Pero me lo estuve trabajando y, cuando llegó la noche señalada, después de que me diera un buen meneo en la ducha y de que me disputara el sitio ante el espejo de cuerpo entero, Walt se puso a cepillar el último de sus modelos mientras me apremiaba para que terminara de una vez de maquillarme. Sólo llegamos con diez minutos de retraso.

Aubrey nunca ha sido dada a pasarse con la bebida. Pero esa noche estaba puliéndose una margarita tras otra por aquello de seguirle el ritmo a Jeremy, que resultó ser un gran aficionado al Absolut puro.

–¿Un vodka, Nan? –me ofreció cuando Walter y yo tomamos asiento a su mesa. En realidad, pronunció «vodker».

–¿Por qué no, colega? –acepté.

Yo había estado con Jeremy en un par de ocasiones, pero Walter y él no se conocían. Lo primero fue que Walter se quedó pasmado por su acento. Casi le costaba creer que la voz de Jeremy fuera real. Por lo visto no estimaba plausible que un negro auténtico pudiera hablar así. Pero nos relajamos a medida que iban cayendo las copas y los dos hombres parecieron adentrarse a trancas y barrancas en terreno común. Claro que Walt se quedó solo al lanzarse a hablar de baloncesto: Jeremy cayó en un mutismo absoluto mientras Walter recitaba de corrido el palmarés de Patrick Ewing.

–Nunca me han entusiasmado mucho los deportes –dijo Jeremy al fin–. No daba pie con bola en el fútbol. Aunque esquiar de vez en cuando no me disgusta.

Walter me miró horrorizado, luego miró a Aubrey y por último posó de nuevo la vista en Jeremy, habiéndose formado a todas luces la opinión de que aquel tipo era un marciano.

En aquel ambiente discretamente exquisito, exquisitamente discreto, Aubrey lanzó una carcajada atronadora. Luego se volvió hacia su amado y lo besó en la boca.

–¿Sabes, Jeremy, que Nan también es escritora? –dijo al terminar con lo suyo–. Le publicaron no sé qué que escribió sobre Remy.

–¿Remy? ¿Quién es ése, amor?

–Rimbaud –expliqué–. Me lo publicó una revistilla de vigésima fila.

–Fantástico. Yo también tengo debilidad por los surrealistas. Un amigo mío escribió un libro sobre Robert Desnos, ya sabes, el poeta que sobrevivió a Buchenwald.

En aquel momento creí oír un gemido de Walter. Pero no tenía por qué preocuparse. Lo que prometía convertirse en una conversación de altos vuelos se interrumpió de golpe cuando el amigo de Jeremy, el pianista Brad Weston, se sentó en la banqueta del piano.

El trío que lideraba Weston era bueno, excepcionalmente bueno. Lo supe en cuanto escuché la tersa solemnidad de los acordes introductorios de «Maiden Voyage». A continuación nos ofrecieron una versión de «I'll Be Seeing You» que partía el alma. Y la interpretación solista de «My Foolish Heart» de Weston me hizo llorar a lágrima viva. Si la misión de Weston era aplacar los ánimos, la estaba cumpliendo con creces.

Cuando terminó el pase y los aplausos amainaron, el pianista se encaminó a nuestra mesa.

–Qué actuación tan fabulosa, amigo... ¡fa-bu-lo-sa! –dijo Jeremy a la vez que se levantaba para saludarlo–. ¿No te habrá abandonado la mujer ni nada por el estilo, verdad?

Weston esbozó una sonrisa y sacudió la cabeza.

Jeremy se encargó de las presentaciones y Walt, Aubrey y yo de los cumplidos de rigor. Tras unos minutos de charla banal, el pianista apartó su vaso de whisky y se quitó las gafas para masajearse las sienas.

–¿Te duele la cabeza? –le preguntó Jeremy.

Hizo un gesto negativo.

–Qué va, para nada. Estoy cansado, eso es todo. Hoy he ido a un entierro y me ha dejado baldado. Ha sido tan... duro... triste y duro.

–¿Quién ha muerto?

–El gato. Un trompetista. De una embolia cerebral. En el sindicato han hecho una colecta para su entierro. Se llamaba Heywood Tuttle. ¿Has oído hablar de él?

Jeremy negó con la cabeza.

–No lo sitúo. Su nombre me suena de algo, pero muy remotamente.

–Tú lo has dicho: remotamente. Los asistentes al entierro del gato se podían contar con los dedos de las manos. Es como si ya hubiera estado muerto en vida, ¿sabes? Un buen músico. Se pasó casi toda la vida tocando en Providence. De hecho, creo que actuó con Bird en un par de ocasiones. Pero casi siempre estaba enganchado al caballo. Lo detuvieron montones de veces y pasó varios años en el trullo.

...Cuando llegó a Nueva York ya no tenía edad para ser un yonqui. Supongo que estaba alcoholizado, sin más. Una lástima. Lo veía de vez en cuando por los alrededores de Times Square. Mendigando propinas. Tocaba una armónica horrible y tenía aspecto de haberse escapado de un circo. Santo cielo, era un visión horrible. Le di diez dólares.

...El tipo que se ha encargado de recaudar la pasta para el entierro me ha contado que Tuttle malvivía en un bloque de pisos de mala muerte junto a la entrada del túnel Lincoln. Un anciano como él tragando toda esa contaminación. Enfermo. Medio asfixiado. Olvidado de todos. Como si nunca le hubiera dado nada al mundo. ¿Os lo imagináis?

Sí, me lo imaginaba.

Tal vez los demás no, pero yo lo imaginaba perfectamente.

¡Estaba hablando de Wild Bill! Por el amor de Dios.

Así que Wild Bill –o Heywood Tuttle– era de Providence. ¡De Rhode Island! Nueva Inglaterra. Como Henry Valokus y la «familia» a la que decían que pertenecía.

Y Wild Bill había tenido alguna relación, aunque fuera efímera, con Charlie Parker. Charlie Parker era la *raison d'être* de Henry, o al menos eso aseguraba él.

Por lo visto, Rhode Island Red no era una cosa sino una persona. El mismísimo Tuttle era Rhode Island Red, según parecía. Pero ¿cómo era posible que el insignificante Wild Bill, ese tipo gruñón y quemado, hubiera provocado tantas muertes y desastres?

Además, ¿cómo explicar entonces el episodio del secuestro? ¿Por qué aquellos capullos se habían tomado tantas molestias para evitar que hablara de Rhode Island Red? ¿Y por qué no me habían matado si tan primordial era cerrarme la boca?

¿Y qué tenía que ver con todo eso Henry Valokus?

No tenía respuesta para ninguna de esas preguntas... todavía.

La historia reunía todos los elementos de una película de bajo presupuesto realizada por un grupo de estudiantes en homenaje a Godard: una chica ciega y virtuosa, un coche repleto de asesinos, un policía brutal y un reparto en el que ningún personaje era quien aparentaba ser. Todo el mundo llevaba una doble vida. Había dos Sigs, dos Wild Bills, dos Henrys. Yo había intentado expulsarlos a todos de mi cabeza y de mi corazón, pero aun desde el otro mundo seguían empeñados en inmiscuirse en mi vida. Eran como el estribillo pegadizo de una canción.

En conjunto, componían un panorama desolador. Wild Bill, un buen músico en sus tiempos, a quien el caballo o el alcohol le habían robado toda la vitalidad, y de paso el talento y la dignidad. Siggy, víctima de un asesinato espeluznante cuando apenas había cumplido los treinta. El solitario Diego, poco más que un niño, probablemente condenado a pasar el resto de sus días en prisión. Henry, a quien tenía que dar por perdido tanto si estaba vivo como muerto.

Mi cara debió de adquirir un tono verdoso enfermizo, porque Aubrey y Jeremy, Brad Weston y Walter me miraban todos a una con temor y

preocupación. Traté de decirles que me encontraba bien, pero me sacaron del club a toda prisa y me metieron en un taxi.

No, no podía apartar de mi mente toda aquella desolación. Ni dejar de pensar en que me correspondía a mí evitar que aquello fuera a más. Pero antes tenía que comprenderlo.

Straight, No Chaser

[Un bourbon solo]

Guardo un vivo recuerdo de la primera vez que me permitieron quedarme a estudiar sola en la espléndida gran biblioteca de Manhattan. A mis once añazos tuve que reprimirme para no hacer la niñería de ir a acariciar a los leones, de quienes estaba profundamente enamorada en secreto. Papá me dejó allí por la mañana –en el colegio estábamos de interludio de primavera– después de darme dinero para la comida y severas instrucciones de que no osara irme por ahí de paseo ni cruzar la calle Cuarenta y dos. Tenía entre manos una importante investigación sobre la poesía japonesa, un trabajo de clase, y soñaba con ganarme la vida escribiendo haikus.

Con el paso del tiempo, la biblioteca se fue deteriorando terriblemente, la mugre y el abandono ocultaron su majestuosidad. Pero en los últimos tres años o así la han sometido a una restauración exhaustiva para devolverle todo su esplendor. Y ahora la fachada reluce y los leones se exhiben orgullosos, y no sólo eso, el parque que hay a sus espaldas está maravillosamente cuidado; a falta de uno, han abierto dos cafés a ambos lados de la escalinata que asciende hasta la entrada, y en lo alto del edificio hay un restaurante de gran lujo, con precios acordes con su categoría y vistas sobre los estantes de la biblioteca circulante. Tal vez se han pasado un poco. Pero, en conjunto, la reforma me gusta.

Podría haber ido a la Universidad de Nueva York o pedir prestado el carnet de la biblioteca de la Universidad de Columbia a alguna amiga. Supuse, no obstante, que la biblioteca pública sería mucho más adecuada para la labor de investigación que iba a desarrollar; en este caso no era nada tan arcano como las imágenes del agua en la poesía de Basho. Nada de eso. Estaba más en la línea de la cultura popular.

«V» de «Valokus». Aquello no presentaba grandes dificultades. Iba a abordar el enigma de Henry Valokus como si se tratara de un muermazo de trabajo académico que debía entregar antes de que concluyera el semestre.

¿Cuál habrá sido el origen de la idealización de los gánsters? ¿Las películas de Hollywood? ¿Al Capone? ¿El contrabando de licores del Gatsby de Scott Fitzgerald? El hampa en sus variadas manifestaciones sigue siendo una fuente inagotable de fascinación. Se publican más libros sobre mafiosos que sobre mujeres con matrimonios destrozados, y eso es mucho decir.

¿Por qué nos interesarán tanto los delincuentes? Personalmente, yo culpo a

Coppola por haber hecho tan apetecibles a Al Pacino y a Robert De Niro en la serie de *El Padrino*. Tendría unos doce años cuando vi esas películas en la tele y me dieron unas ganas enormes de echarme un novio italiano. Aún faltaba mucho para que llegara a percatarme del lamentable hecho de que, en las ciudades estadounidenses, negros e italianos viven atrapados en el deplorable callejón sin salida del odio mutuo y la violencia desde que ambas estirpes existen. Claro que, si bien es cierto que no pasaría en coche por algunas zonas de Bensonhurst ni por ganar una apuesta, aún estoy por conocer a un italiano de Italia con el que no me lleve bien.

Empecé a abrir los periódicos y revistas de los viejos tiempos.

Encontré semblanzas de peces gordos de la mafia, genealogías de familias mafiosas, crónicas de las guerras de la Cosa Nostra, artículos sobre los contactos interétnicos en el hampa, recetas favoritas de los hampones, análisis de la depresión del gánster, historias de terror sobre los ritos de incorporación a la edad adulta, consejos de decoración de interiores.

Todo eso me lo salté.

No encontré a ningún Valokus. Pero había un tal Vincent... el Pequeño Vince... el Gran Vince... Vinnie el Toro... Vick el Lisiado. Val el Cachas. Vittorio el Vicioso. Vaselina Eddie.

Y entre los Henrys, Henry el Barbero, Henry el Bombardero, Henry el Dulce, Henry el Furioso, Henry el Verdugo.

Ni sombra de Henry Valokus en ese desfile de ridículos apelativos.

Sal de ahí, Henry, le susurraba a cada nuevo rollo de microfilm. Pero Henry no salía. No estaba en los periódicos. No estaba en las revistas. Desde luego, no era ningún ídolo de las masas.

Sin perder el ánimo, amontoné en mi mesa prácticamente todos los libros en circulación sobre los gánsters, la Cosa Nostra, la Mafia y el Sindicato. Habría gruesos volúmenes escritos por académicos y memorias de reputados miembros de la organización, estudios sociológicos serios donde se criticaban los estereotipos al uso, guiones de cine ramplones, buenos guiones de cine, transcripciones de comparecencias ante comisiones investigadoras de delitos. Había novelas que se burlaban de la mafia y caricaturizaban a sus representantes, y siniestros libros de fotografías que desmentían ese aspecto cómico. Ante mí tenía todo un filón.

«V» de Valokus.

Dieciocho libros después, seguía sin haber encontrado ni una referencia a mi hombre.

¿Qué me quedaba por hacer? ¿Presentarme en uno de sus clubes del centro de la ciudad y preguntar si tenían anuarios a disposición del público?

Cansinamente, empecé a devolver todos los libros. Creía a los chiflados de la

furgoneta. La pistola contra mi cabeza no había mentido. Si Henry era realmente un gángster, ¿por qué su nombre no aparecía por ningún lado?

Bien porque Henry Valokus era un nombre falso, bien porque no era más que un simple soldado raso.

Hacía mucho que no me pasaba todo un día sentada en una dura silla de madera de la biblioteca. Me dolía la espalda y me crujía el estómago. Di por terminada la jornada. Descendí a paso lento los peldaños de mármol que conducían hacia la salida. Pero no me fui. Había tenido una idea fantástica. Y no me costaría más que veinticinco centavos ponerla a prueba.

Me precipité a una cabina y marqué el número de Aubrey.

Recordaba sus comentarios sobre cierto tipo del que me había hablado poco después de empezar a bailar en el Emporium. El tipo en cuestión se dejaba caer por el local varias veces a la semana y recogía los recibos de la caja fuerte. Firmaba las nóminas, contrataba y despedía a su antojo. Conocía hasta al último mono que trabajaba en el club. Era el hombre que necesitaba.

–¿Quién es?

Percibí la fatiga en su voz. Supe que una vez más la había despertado.

–Soy yo, Aubrey –dije en tono de disculpa–. Lo siento mucho, de verdad. Es una emergencia.

Oí un murmullo de fondo.

–Supongo que también he despertado a Jeremy.

–Buenos días, Nan –me saludó él por el auricular.

–Jeremy dice que nunca ha conocido a nadie con tantas emergencias.

–¿En serio? Bueno, pues dile que cuando publiquen su librito no me lo tomaré como una cuestión urgente en absoluto.

–Mejor que se lo digas tú misma, Nan. ¿Qué ha pasado ahora?

–¿Podrías conseguirme una cita con el gángster ese que dirige el Emporium?

–¿Te refieres a Justin Thom?

–Sí. Es un gángster, ¿verdad?

–¿Y quién no?

–¿Cuándo crees que volverás a verlo?

–No sé... quizá esta noche. Nan, ¿qué demonios quieres del pirado de Justin?

–Es una historia demasiado larga –repuse exasperada–. Mira, sé que le caes bien. ¿No podrías convencerlo de que hable conmigo? Dile que prometo no robarle mucho tiempo.

–Deberías haberte ido a París, Nan.

–Ya lo sé. Ahora me gustaría dejaros dormir. Hazme el favor de llamarle, anda. Dile que no me quiero entrometer en sus asuntos y que seré breve.

Aubrey hizo entonces la pausa más larga de la conversación. Le oí encender

un cigarrillo e inhalar. Luego dijo:

–Está bien. Vuelve a llamarme dentro de veinte minutos.

Colgué el teléfono y me dediqué a husmear en la sección de postales de la librería de la biblioteca. Compré una: era una fotografía antigua de William Claxton, una hermosa imagen nocturna de un bajista protegiendo su instrumento de la lluvia.

El teléfono de Aubrey comunicaba cuando volví a llamar. Regresé a la librería y compré otra postal: Langston Hughes de joven en la zona residencial de la ciudad.

Lo intenté de nuevo pasados cinco minutos.

Justin Thom me recibiría sobre la una de la tarde en su oficina de la calle Dieciocho Oeste; era una empresa llamada Editora Tower.

–Espero que me cuentes en qué cuernos andas metida la próxima vez que te vea, Nan.

–Confía en mí –reliqué–. Felices sueños a los dos.

Sobre la una menos cinco subí en el ascensor a la quinta planta del destartado edificio que albergaba la Editora Tower.

Toqué el timbre junto a la puerta desconchada. Se abrió con un zumbido.

No había a la vista el menor indicio de que aquello fuera una editorial. Ni ordenadores, ni máquinas de escribir, ni archivadores. Tan sólo una mesa y una silla en la sala de espera. Paredes desnudas y un suelo reluciente.

Tras la mesa, una negra regordeta de mediana edad con un tocado de vistosos colores. Estaba hurgando en un aparato de radio y lanzando amargas imprecaciones.

–Buenas tardes –dije–. Tengo una cita con...

–Por ahí –me cortó en seco. Luego añadió–: No toque a la puerta. Nunca le gusta que toquen a la puerta.

Justin Thom levantó la vista cuando entré. Estaba sentado en un sofá de junco con almohadones púrpura, leyendo la *Village Voice*. No había mesa ni escritorio en el despacho, tan sólo el sofá y dos butacas a juego.

–¿El señor Thom? –pregunté asombrada y, mucho me temo, incapaz de disimular mi sorpresa.

Para empezar, los vaqueros de diseño desteñidos y la chaqueta de cuero ceñida y tachonada –no llevaba camisa debajo y tenía una barriga incipiente– le daban todo el aspecto de uno de aquellos burgueses con pluma y doble vida que se paseaban por Christopher Street veinte años atrás. Sí, que me aspen si Justin Thom no era gay.

Me pareció muy original para ser un gángster. ¿O serían mucho más modernos de lo que yo imaginaba? Bien pudiera ser que la anticuada fuese yo.

Tal vez la tolerancia –o, podríamos decir, la acción afirmativa– había llegado hasta la cuna del crimen.

Justin tenía el pelo requete peinado: largo, rubio de bote y recogido en la nuca con una cinta de terciopelo.

Y la mayor sorpresa quizá fue que no era mayor que yo.

–¿La amiga de Aubrey? –preguntó.

–Sí. Gracias por recibirme.

Me miró de pies a cabeza, con descaro y aire crítico, antes de ofrecerme un asiento. A sus ojos asomó un cierto disgusto y bastante perplejidad.

Lo había desconcertado, era evidente. De pronto comprendí por qué. Supe lo que estaba pensando.

–No, no –lo tranquilicé–, no quiero bailar en su club. No he venido por eso. De hecho, no estoy buscando *ningún* trabajo.

Se le notó en la cara que se relajaba.

Fui directa al grano.

–Necesito información –dije.

–¿Qué tipo de información?

–Sobre la mafia.

Sonrió.

–¿De verdad?

–Sí. Necesito información sobre una persona que pertenece a la mafia. O al menos eso creo. Por eso he venido a verlo.

Se rió con ganas.

–Ésa sí que es buena, amiga. No tenía yo a Aubrey por una bromista.

–No lo es. Va en serio.

Titubeó y sus facciones delataron cierto temor.

–¿No llevarás un micrófono oculto ni ninguna de esas chorradas?

–No, no llevo nada.

–¿Periodista?

–Mi cerebro no da para tanto.

–Ésa tampoco ha estado mal. Ahora explícame por qué me has elegido a mí para darte una lección magistral sobre la mafia.

–Aubrey dice que cualquiera que esté relacionado con su trabajo pertenece a la mafia o está pagado por ella. Tal como lo cuenta, se diría que es una epidemia laboral.

–Permíteme que te diga una cosa, chica. Haz caso a *todo* lo que diga Aubrey. Rara vez se equivoca –aseguró con un travieso aleteo de párpados–. Por lo tanto, sea, soy un sicario de la mafia. Aunque a decir verdad, lo cierto es que soy camarero. De Lockport, Indiana. Un pedacito de pan donde los haya. O,

más bien, *antes* era camarero. Hasta que... me descubrieron... en la barra de los helados.

–¿De un bar de West Street?

–No eres tan zoquete como decías, señorita.

–Me llamo Nanette.

–Bonito nombre para una bailarina de cabaret.

Prendió un Benson & Hedges 100 con un mechero desechable de color fosforito.

No hizo falta que insistiera en su ofrecimiento. Me lancé sobre el paquete en cuanto me lo tendió. Hacía siglos que no fumaba un cigarrillo así.

–Señor Thom, no voy a andarme por las ramas. Confío en que conozca a un... hampón... llamado Henry Valokus. Estoy metida en un buen lío y él también, creo yo. Aunque quizá él no lo sepa, necesita mi ayuda. Estoy... enamorada de Henry Valokus... y no lo encuentro. ¿Podría usted echarme una mano?

–Estás enamorada –dijo pausadamente– ¿de quién?

–De Henry Valokus. Valokus. Coma. Henry. ¿Lo conoce?

–¿Qué te ha hecho? ¿Una mala pasada?

–En absoluto.

Lanzó el humo hacia el techo y repitió fastidiosamente:

–Estás enamorada... de Henry Valokus.

–Lo has oído bien, colega.

Una vez que hubo dominado el ataque de tos, se levantó del sofá y vino a plantarse junto a mi butaca.

–Pero si ese tío es un mamarracho.

–Discúlpeme, señor Thom, ¿no podría ceñirse al asunto en cuestión?

–Si se trata del mismo tipo en el que estoy pensando, es un poco papanatas. Tiene un aire como a Napoleón, viste como Victor Mature.

–¿Viste cómo quién?

–Qué más da. Es de Providence, ¿verdad? Habla con acento.

–Sí, ése es.

–Te contaré lo que sé de él con la condición de que me prometas no morirte de aburrimiento.

–Prometido.

Justin Thom se estiró, regresó a su sofá, tomó asiento, cruzó las piernas y encendió otro cigarrillo.

–En realidad, la historia no da para mucho más de diez segundos. Nació en Europa pero se crió en Rhode Island, lo que significa que trabajaba para la familia Calvalcante, de Boston. Dirigen las redes del crimen de Hartford, Providence, New Haven.

...Lo enchironaron por... vaya, ahora no recuerdo por qué... ah, sí, acusado de un secuestro. Y delató a no sé quién. No es que fuera el chivatazo del siglo pero, así y todo, los federales le asignaron protección para testigos. Cuando se vio el caso en el tribunal, los abogados de la defensa hicieron trizas a Valokus. La acusación se fue al carajo. La causa se desestimó.

–¿Y qué pasó entonces?

–Lo expulsaron del programa de protección. Lo dejaron colgado. Son unos hijos de puta vengativos, ¿sabes?

–¿Y luego qué?

–Tuvo que cumplir condena por los cargos de secuestro originales.

–¿Y cuando salió a la calle?

–No pretenderás que me crea que ese payaso es bueno en la cama.

–Mire, si no le importa...

–Vale, vale –meneó la cabeza–. Hay que ver cómo son los heteros –comentó perplejo–. En fin, no juzgues y no serás juzgado, como nos dice el santo libro. Cada cual con lo suyo, a mí que no venga nadie a decirme ni una palabra contra doña Susan Hayward porque le parto la cara, aun cuando sepa que no ha sido la mejor actriz que ha hollado la tierra.

–Por favor, ¿qué le pasó a Henry Valokus después de salir de la cárcel?

–Nada, que yo sepa. Nada de nada. ¿Me sigues?

–No.

–Lo normal es eliminar a los chivatos. En la trena, o cuando salen. Si hubiera sido cualquier otro, no habría vivido para contarlo. Hace mucho que estaría varios metros bajo tierra. Pero Valokus era un soplón insignificante... un pobre mequetrefe... y nadie se apuntó a cobrar el precio que tal vez pusieron a su cabeza. Todo el mundo pasó de él.

–Pobre Henry –dije.

Justin rió y tosió, y volvió a reír y a toser.

–Valga de ejemplo mi propio caso. Si delatara a uno de mis socios, lo más probable es que me encontrases metido en una bolsa en Christopher Street. O más bien, que encontrases la mitad de mí. Podrías pasarte el resto de tu vida buscando la otra mitad. Y yo no soy más que un pobre mariquita que empezó desde abajo. Valokus podría haber llegado a ser un *verdadero* pez gordo.

–Supongo entonces que no tiene ni idea de dónde podría dar con él... de dónde estará escondido.

Volvió a reírse.

–¿Te refieres al club de los gánsters de la calle Catorce Oeste? Pues no, cielo, ni la menor idea.

Le di las gracias y me levanté para irme.

–Un segundo –dijo.

Me di la vuelta y le miré a los ojos.

–Las cosas como son, Nanny. No sé si tragarme tu historia o no. No me parece lógico que una chica como tú se acueste con un tipo como Valokus, por mucho que digan de los griegos. Pero bueno, siempre me porto como un primo con las siniestros totales enamoradas.

–¿Con quién?

–Las siniestros totales. Es como llamo a las mujeres. En todo caso, te he contado lo que sabía porque eres amiga de Aubrey. Y Aubrey es un pilar de mi negocio. Estoy en deuda con ella. No estimo necesario recordarte que no debes sacar los pies del plato, pero te lo recuerdo por si acaso. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Lo cierto es que no entendía nada. Pero asentí con gesto solemne y juicioso y me marché.

Me metí en el primer café con el que me topé. Uno de esos locales griegos que están por todas partes. Pedí un café solo y el típico bollo cargado de manteca y me senté a la barra sumida en negros pensamientos.

Los aguafiestas blancos de la furgoneta no habían mentido. Mi querido Henry Valokus era un criminal. Claro que, de creer a Justin Thom, un criminal de poca monta. Un payaso, lo había llamado. Un mequetrefe. Qué le íbamos a hacer, Henry no era el primer hombre al que yo encontraba entrañablemente excéntrico en tanto que el mundo en general lo juzgaba con mucha mayor dureza. Pero de ahí a ser un mamarracho. Un papanatas. Bajé la vista hacia la barra, ofendida, en cierto modo avergonzada, como si fueran insultos dirigidos contra mí. Como cuando los demás chicos ponían verde a Aubrey, mi mejor amiga.

Así que mi amor perdido en realidad era de Providence. Igual que Wild Bill, también conocido como Heywood Tuttle. Los dos recalaron en Nueva York. Los dos estaban relacionados con los músicos callejeros... Valokus conmigo, Wild Bill con la chica ciega asesinada. Providence. La divina Providencia. ¿Cuántos kilómetros habría de Providence a la Provenza?

Por lo menos no había mentido al decir que era griego.

Este poema comenzaba a desenredarse. Ambos de Providence. Uno de ellos había tocado con Bird. El otro aseguraba estar obsesionado con Bird.

¿De dónde arrancaría su conexión? ¿Habría sido Wild Bill jardinero en la finca de los Valokus? Lo dudaba mucho. ¿Le habría vendido whisky destilado ilegalmente al padre de Henry? ¿Dónde comenzaba el hilo y dónde terminaba?

Un momento, un momento. Dónde terminaba ya lo sabía. Brad Weston, el pianista melancólico, nos había contado que el pobre Heywood Tuttle vivió

sus últimos días en un sórdido bloque situado justo a la entrada del túnel Lincoln.

Eché a andar hacia el oeste, hasta llegar al túnel, y allí crucé la calle sorteando el tráfico. Los automovilistas se encogían al verme, tomándome por uno de esos locos que se lanzan sobre los coches para limpiar los parabrisas.

En medio del caótico tráfico se alzaba una manzana de viviendas baratas a modo de isleta. La mitad de la isleta estaba llena de casas condenadas, que se caían a trozos, muchas de ellas apuntaladas. Apenas quedaba rastro de la acera.

Cuatro edificios sobrevivían. Todos habitados. Me pregunté cómo se las arreglarían los vecinos para cruzar la calle de noche.

El humo de los escapes y el estruendo de las bocinas apenas se podía soportar. Aquello era el infierno. Y el demonio podía vivir detrás de cualquier puerta.

Me apreté contra la pared y quedé a la espera. Tuttle había vivido en uno de aquellos edificios. Pero ¿en cuál de ellos? ¿Y cómo colarme en su interior sin que alguien llamara a la policía?

La divina providencia velaba por mí. Al cabo de cinco minutos, un viejo con el aspecto curtido de los pioneros de las caravanas de carromatos salió de uno de los edificios cargado con una caja de cartón medio rota y la arrojó sin ninguna ceremonia en el trozo de acera donde se acumulaba la basura. Entre los desperdicios que llenaban la caja asomaban los zapatos rojos que había visto calzar a Wild Bill.

–¡Oiga, por favor! –me apresuré a llamar al viejo antes de que el edificio se lo tragara–. Disculpe, creo que conocía usted a mi abuelo.

Me miró con gesto confuso.

–Wild Bill era mi abuelo.

El viejo me dirigió una mirada torcida, se retiró el puro de la boca y dijo:

–¿Hickok?

En un primer momento no lo entendí. Luego pillé el chiste y le reí la gracia.

–Me llamo Reardon –dijo el viejo– y no conozco a ningún Wild Bill.

–Me refiero a Heywood Tuttle.

El señor Reardon tiró de un largo cordón y la luz se hizo en el sótano. Tres gatos se escabulleron junto a nuestros pies en dirección a la pared del fondo.

–Viejos amigos míos –dijo el señor Reardon.

El señor Reardon fue muy amable conmigo. Me explicó que mi abuelo en el fondo era un hombre decente, que había tenido la mala suerte de que «la bebida» le arruinara la vida. Era algo de lo que «muchos no nos librábamos», dijo. Sentía no haber podido asistir al entierro, y tendría mucho gusto en

enseñarme el puñado de cosas que habían quedado en la vivienda del señor Tuttle cuando falleció.

–¿Sabes que siempre me pareció curioso que Heywood hablara tan poco de su pasado? Ya sabía yo que tenía que tener algún pariente por el mundo. ¡Qué jodienda! Tu abuelo va y se muere justo una semana antes de que lo encuentres.

–Así es la vida –me sorbí los mocos y me enjuagué una lágrima gigante.

–Era un hombre bastante peculiar, eso no lo niego. Sigo sin saber hasta el día de hoy en dónde anduvo metido casi toda la semana antes de morir. Pagaba el alquiler, pero yo creo que casi nunca dormía en casa.

–Ya sabe cómo son los músicos. Seguro que tenía sus motivos.

–Otra cosa –añadió el señor Reardon–. Siempre le preguntaba a tu abuelo por qué no se compraba una cama. Decía que prefería ese viejo catre –señaló con la cabeza el desvencijado armatoste–. Quédatelo si lo quieres, no hace falta que te lo diga. Siendo tu pariente, es lo justo. Claro que yo había pensado que quizá lo pudiera aprovechar otra persona.

–Estaré encantada de que lo aproveche usted, señor Reardon.

Me enseñó otras lastimosas pertenencias de Wild Bill: un escritorio tambaleante al que le faltaba el cajón de abajo; en los demás había toallas ásperas, objetos de tocador, un par de camisas blancas y una enorme colección de botones.

Al abrir el último cajón tuve la intuición de que si Wild Bill poseía algún objeto de valor –una radio despertador, un aparato de música– lo más probable era que el señor Reardon ya lo hubiera confiscado. No es que yo tuviera el menor interés en quedarme con sus cosas. Mi única preocupación era que Reardon, que había salido del cuarto para dejarme un momento a solas con los efectos personales de mi abuelo, se hubiera llevado algo que precisamente encerrase una clave sobre la conexión Wild Bill-Valokus.

Qué le íbamos a hacer. Sobre eso no podía interrogar a Reardon. Habría parecido que le acusaba de ladrón.

En el cajón de arriba encontré un lápiz amarillo y un paquete de viejas fichas amarillas sujetas con una gruesa goma elástica, tan prieta que se había hundido un poco en el rimero de fichas. La retiré.

Qué raro. Era un juego de fichas amarillas rayadas de 12 x 20. En cada una de ellas habían escrito un nombre con un lápiz de cera. Casi todos estaban escritos en negro, pero también en rojo y púrpura. Tenían todo el aspecto de esas tarjetas con el nombre que los maestros les cuelgan a los niños pequeños cuando los sacan en grupo al zoológico o al museo con idea de que se les pueda identificar si se pierden.

Al principio di por hecho que habría nombres en las cincuenta fichas. Luego

vi que sólo las cinco o seis primeras estaban escritas. Ninguna más. Los nombres eran:

JOHN SCULLY
LEWIS GIACOMO
BILLY NEVINS
EVAN CONNELL
JACK DUNN

Humm. Me jugaría el cuello a que no eran los integrantes de una banda de Dixieland.

Allí no había nada más. Apagué la luz y salí a toda prisa del sótano, sabiendo que más pronto o más tarde alguna rata acabaría con aquellos gatos medio cegatos.

El señor Reardon me esperaba en la calle. Parecía estar a sus anchas en la pequeña isleta cercada por el fragor incesante de los histéricos automóviles. Vi mugre incrustada en el trozo de cuello que le quedaba al aire.

—¿Te vas a llevar sus cosas?

—Mire —le dije—, creo que a mi abuelo le habría gustado que se las quedara usted. ¿Por qué no coge lo que le venga bien y lo demás se lo da a una tienda de objetos de ocasión? Dedicán lo que sacan a obras de beneficencia, ¿verdad?

Masculló que no creía que ninguna tienda pudiera interesarse por aquellas cosas y que tal vez lo mejor sería sacarlas a la calle sin más.

—Lo que usted estime más oportuno, señor Reardon. Le agradezco mucho que me haya ayudado tanto. Ahora querría pedirle otro favor... ¿no sabrá por casualidad qué son estos nombres?

Le puse en las manos las cinco fichas. Las examinó con detenimiento a la vez que rotaba milagrosamente la colilla del puro entre las comisuras de sus labios sin necesidad de tocarla con las manos.

—¿Dónde las has encontrado? —preguntó.

—En el escritorio de mi abuelo. ¿No le sonarán estos nombres?

Volvió a hojear las fichas.

—Claro que me suenan.

—No me diga.

—John Scully vivía dos casas más abajo. Murió el año pasado. A Jack Dunn lo conozco desde que éramos pequeños. Vivía en la Undécima Avenida. Ahora está en una residencia del Bronx. Y, qué demonio, a Bill Nevins lo mataron a tiros hace más de veinte años en su tienda de golosinas de la calle Cincuenta y uno.

—Así que recuerda a todos esos hombres aunque hayan pasado tantos años —

le dije.

–Pues claro. En su época, Hell’s Kitchen era como un pueblo. Todos los vecinos se conocían, nos criábamos juntos y luego nos casábamos con una chica del barrio y nos mudábamos a la manzana de al lado. Nos sentíamos muy identificados con nuestro barrio. Las cosas han cambiado mucho. Pero así era en aquellos tiempos.

–¿Alguna idea de por qué Wild... mi abuelo anotó esos nombres?

Sacudió la cabeza con vehemencia.

–Todos esos hombres trabajaban en los muelles hace años. Pero tu abuelo no los conocía personalmente.

¿*Conque no, eh?*, pensé para mí. *Yo no lo daría por seguro.*

Otra vez entraban en juego los viejos muelles de Nueva York. Primero, los libros de casa de Inge y Sig; luego, la trasnochada información sobre travesías marítimas o algo por el estilo del piso abandonado de Henry; y ahora esto.

–¿Por qué está tan seguro de que no los conocía?

–Porque sí. Estos hombres pertenecían a la parroquia de St. Anne, hace cuarenta años, cuando vivía el padre Hogarth. ¿Conoces la parroquia de St. Anne?

–No –confesé.

–En la calle Cuarenta y cuatro. Salió en una película. Solían llamarla la iglesia de los estibadores. Pero eso era cuando en los muelles había trabajo. Ha llovido mucho desde entonces.

Me devolvió las fichas con un encogimiento de hombros. No tenía ni idea de por qué Wild Bill había elaborado y guardado aquella lista. Por desgracia, yo tampoco.

–¿Tenía amigos íntimos mi abuelo? –pregunté.

–Sólo uno –respondió el señor Reardon–, si es que a un borracheta se le puede considerar un amigo. Se llama Coop. Lo encontrarás en el bar Emerald, en la Novena. Se encarga de la limpieza de la taberna. Y también es su única residencia conocida.

El Emerald era un local largo y estrecho empotrado entre una chamarilería y una bodega. Un solo ventanuco daba a la Novena Avenida.

Sentados a la barra, ocho hombres blancos entrados en años bebían Budweiser directamente de las botellas de cuello largo, acompasando sus tragos. Me quedé mirándolos un buen rato, a la espera de que alguno perdiera el ritmo. Pero ninguno lo perdió.

Al fondo del establecimiento había una rocola. Tony Bennett cantaba una canción, «Stranger in Paradise», de la cual mi padre tuvo en tiempos la

partitura. Recuerdo muy bien haberla visto sobre la banqueta plegable del piano.

Al final de la larga barra, la habitación torcía a la izquierda, formando una L. En una de las dos mesas de ese rincón, otro viejo leía el *News* bajo la luz mortecina. No había en el bar más negros que él. Di por hecho que era Coop.

Ninguno de los bebedores se volvió cuando pasé de largo junto a ellos. Sólo el camarero me dedicó una ojeada, a buen seguro para dilucidar si de verdad era una vagabunda con necesidad urgente de utilizar el aseo o una yonqui a la busca de un sitio donde meterse un pico.

–¿Señor Cooper?

Levantó la vista del periódico pero no dijo nada.

–Señor Cooper, soy pariente de Heywood Tuttle. No sé si podrá dedicarme unos minutos para responder a unas preguntas que querría hacerle. Me han dicho que era amigo suyo.

Arrastré hacia fuera una silla y me senté frente a él pese a que todavía no me hubiera dirigido la palabra.

–Señor Cooper, como le digo...

–No conozco a ningún Heywood Tuttle.

–Ya. Es que sus amigos lo llamaban Wild Bill.

–¿Entonces por qué no has dicho Wild Bill?

–Lo siento. Se lo digo ahora. ¿Era usted amigo de Wild Bill?

–Bill ha muerto.

–Lo sé.

–Cayó fulminado, en la calle. Así, de golpe y porrazo. Una embolia, dijeron. Vendría de camino hacia aquí, digo yo. Cayó al suelo y se quedó tieso, eso dijeron. Así, sin más. Para que nos sirva de lección, cuando te crees el dueño del mundo, ese hijo de perra está esperándote y va y te tira un ladrillo desde lo alto del tejado. Y antes de darte cuenta de lo que pasa, ya estás muerto.

–No sabía que a Wild Bill le habían tirado un ladrillo.

–Es que no se lo tiraron, pequeña, hablaba de Dios. No era más que un ejemplo.

–Oiga, señor Cooper, ¿hacía mucho que conocía a Wild Bill?

A modo de respuesta, soltó el periódico y levantó las manos, distanciándolas mucho entre sí, presumiblemente para indicar que su amistad había durado muchos años.

–¿Le habló alguna vez de Rhode Island Red? –pregunté.

–¿De qué?... Ah, sí. Lo mencionó alguna vez.

–¿Podría contarme qué dijo?

Coop se recostó en la silla y cerró los ojos.

Repetí mi petición y él ni se inmutó ni abrió los ojos.

Al cabo de un rato creí comprender qué hacía. Estaba esperando a que le invitara a tomar algo. Me levanté y me dirigí a la barra. Sin necesidad de que pidiera nada, el camarero sacó una botella de Amstel Light y la dejó en la barra. Luego colocó a su lado un vaso y lo llenó hasta media altura de un vino matarratas que tenía en una jarra grande. Pagué las bebidas y se las llevé a Coop.

Bebió el vino a delicados sorbos y vació la cerveza prácticamente de un trago. Luego me sonrió y me indicó por gestos que me aproximara. Me puse a su lado.

Pegó los labios a mi oído y chilló: «¡Bruuc! ¡Bruuc! ¡Bruuc!», una imitación ensordecedora de un ave de corral. Luego añadió:

–¿Qué te has creído, chica, que Bill no tenía mejor cosa que hacer que hablar de gallinas?

Reprimí el enfado y me sequé la oreja.

Luego saqué las fichas y las extendí sobre la mesa.

–¿Le habló alguna vez de estos hombres? –pregunté.

Bebió más vino mientras examinaba los nombres y meneó la cabeza.

Me levanté para irme.

–¿Sabes una cosa? –dijo aviesamente–, tienes tanto parecido con Bill como la vieja Eleanor Roosevelt. Por lo menos los de la pasma y el tipo blanco que vinieron por aquí no intentaron mentir ni dijeron que fueran parientes de Wild Bill. Por lo menos no intentaron tomarme el pelo.

Volví a sentarme a toda prisa.

–Yo tampoco he tratado de tomarle el pelo –dije–. La policía ha hablado con usted, ¿un policía negro? Grandote y con cara de malo. ¿Y un hombre blanco que no vino con la policía?

–Sí, señorita.

–¿Cuándo? ¿Cuándo vino a informarse sobre Bill ese hombre blanco?

–Como una semana antes de que muriera Bill, quizá algo menos.

–¿Sabe cómo se llama? ¿Le dio su dirección o su número de teléfono?

–Un coñac de primera, eso fue lo que me dio. Y me dijo que me ganaría cien dólares si le decía dónde encontrar a Bill.

–¿Y se lo dijo?

–Qué va. Antes de morir Bill estuvo medio desaparecido durante un par de semanas. Se portaba de una manera muy rara. Por aquí no vimos ni su sombra. Y luego, de sopetón, nos enteramos de que ha muerto.

–¿Cómo era físicamente?

–¿Ni siquiera sabes cómo era Bill?

–No me refiero a *él*, a Wild Bill –dije a punto de perder la paciencia–. ¡El tipo blanco! –le hice una seña al camarero para que le pusiera otra ronda a Coop.

Así que Henry Valokus –y un poli que debía de ser Lemman Sweet– habían estado buscando a Wild Bill como mucho una semana antes de que muriera. Providence no era el único punto en común entre Valokus y Wild Bill. De eso no había duda. Pero ¿quién perseguía a quién? ¿Y quién conocía el secreto de Rhode Island Red?

Puse rumbo al noroeste, hacia la iglesia de St. Anne.

Fue fácil dar con ella: la mitad de la manzana había sido demolida. La iglesia de granito, con su solitario y espigado campanario, montaba melancólica guardia en la calle, rumiando sus problemas no sin cierta esperanza. Junto a la iglesia sobrevivía el decrepito edificio que en su día alojara la escuela, ahora con las ventanas y puertas cegadas con tablones.

El joven finlandés de pelo rubio que resultó ser el párroco de St. Anne fue la amabilidad personificada. Pero en poco pudo ayudarme.

Cogió las fichas que le tendí y se tomó su tiempo para examinarlas, y en cierto momento me preguntó si tenía en proyecto escribir una historia de la parroquia.

–¿Por qué me lo pregunta? –respondí.

–Bueno, es que algunos de estos nombres me suenan un poco. Pero será, digo yo, porque en los últimos tiempos he estado revisando los archivos. Supongo que sus hijos asistieron a esta escuela, cuando teníamos aquí una escuela, quiero decir. Toda esa generación ha pasado a la historia.

El padre tampoco recordaba haber visto nunca a un hombre que respondiera a la descripción de Wild Bill. Y no, por allí no se había presentado recientemente ningún caballero, más o menos de esta altura, con acento europeo, para interesarse por los antiguos feligreses de la parroquia.

Todos los protagonistas de la historia que tenía entre manos demostraban un poderoso interés por los barcos, por los muelles que Nueva York tuvo antaño. La extraña lista de nombres de estibadores se cruzaba en algún punto con un trompetista de jazz de talento que acabó siendo un alcohólico desahuciado, con un gángster que delató a sus compinches y luego se convirtió en su hazmerreír y con un malvado poli de la secreta. Y yo no alcanzaba a comprender por qué.

Llevaba por lo menos veinte minutos sentada en la escalinata de la iglesia, cansada y muriéndome por un cigarrillo, cuando reparé en la furgoneta blanca aparcada en la acera de enfrente. Al volante estaba la mujer que me había colocado la pistola contra la sien.

Me puse en pie de un salto y me batí en retirada hasta la puerta de la iglesia. Lo cual no provocó ninguna reacción en la furgoneta. Continuaron allí sentados.

¿Desde cuándo vendrían siguiéndome?, me pregunté. ¿Todo el día? Si su intención era secuestrarme otra vez, ¿a qué esperaban? Si lo que pretendían era

eliminarlos, les habían sobrado oportunidades durante los últimos veinte minutos. Pero no habían hecho nada. ¿Por qué?

Nos echamos un pulso de paciencia. Yo no me apartaba de la entrada. Y ellos no se separaban de la acera.

Luego, sin la menor ceremonia, se fueron. La furgoneta arrancó y se alejó.

Volví a verla junto al supermercado. Los tipos que iban dentro no pronunciaron ni una palabra ni trataron de acercarse a mí en ningún momento.

Entré en D'Agostino y compré tres chuletas de cordero lechal, espinacas frescas y media cabeza de ajos. Volví a casa y dejé la compra en la mesa de la cocina. En cuanto abrí la bolsa comprendí que no tenía hambre. Lo único que me apetecía era dormir. Salí de la cocina y me desplomé en el sofá.

Monk's Dream

[El sueño de Monk]

París.

Estoy en el metro. En la estación de Les Halles. Estoy tocando el saxo con toda mi alma. En la vida me había lucido tanto.

No hay nadie a la vista. Y, sin embargo, mi sombrero de copa de seda blanca rebosa de monedas de oro.

De pronto aparece la policía. Son feroces senegaleses con impenetrables gafas de aviador. Han venido a por mí, a sacarme de allí. Y lo hacen sin ningún miramiento.

Me tiran en la trasera del furgón y yo defiendo a voces mi inocencia... sea cual sea el delito que me imputan.

Me colocan las esposas.

¡*Has robado esas monedas!*, me grita uno de los gorilas en su francés de perro guardián. Le da la vuelta al sombrero y vuelca el dinero en mi regazo.

Contemplo las monedas. Todas ellas tienen grabada la cabeza de un gallo de aspecto feroz.

De pronto las monedas empiezan a sangrar a mares. Al cabo de unos segundos, tengo el regazo bañado en sangre tibia y pegajosa.

¡Entonces suena el teléfono!

En la vida me había alegrado tanto de que me despertasen.

Esto fue lo que oí al descolgarlo:

–Hola, ¿qué llevas puesto?

–Pero bueno, Walter. ¿Ahora te ha dado por hacer llamadas obscenas?

Se rió de buena gana.

–No. Mi plan es ser obsceno contigo en persona. Y confío en llevarlo a cabo dentro de unos minutos.

–¿Vas a pasarte por aquí?

–No exactamente. Quiero que vengas tú aquí. Tendrás apetito, ¿verdad?

–Por supuesto.

–Muy bien. Hay un sitio fantástico en la Primera esquina con la Primera. Sirven unos chuletones divinos y el hermano de detrás de la barra es de ascendencia francesa y tiene un martini que se llama como tú. Te espero aquí. Y quiero que te pongas algo bonito.

¿Martini? ¿Por quién me había tomado? ¿Por una yupi?

–Walter, ¿estás sereno?

–No del todo. Tengo justo un puntito estupendo.

–¿Ha pasado algo especial en la oficina?

–Arréglate y ven, Nan. Coge un taxi. Y no te pongas un mono, ¿vale?

Cogí un taxi conducido, afortunadamente, por un negro que estaba ansioso de llevarme en su coche. Ganó por un cuerpo a otros dos taxistas que se dirigían hacia mí a la velocidad de misiles balísticos intercontinentales. Nos plantamos en la calle Primera –territorio neohippy– en un abrir y cerrar de ojos.

Oh, là, là. Mi noche de suerte. La relaciones públicas francesa, que lucía una malla imitación piel de leopardo, dio muestras de alegría al verme. Quién sabe si a la dirección del establecimiento no le interesaría ponernos a sueldo a Walter y a mí para que diéramos un toque de ambiente negro a su local.

–Hola, preciosa –Walter me tomó en sus brazos y me besó, por lo visto sin ganas de soltarme.

Al fin me desprendí de su abrazo y tomé asiento a su lado, en la barra.

–Walter...

Volvió a besarme, con delicadeza, en la oreja.

En otra ocasión le había acusado de portarse como un ama de casa celosa y en aquel momento se me ocurrió que estaba representando el clásico papel de marido culpable... cargando la nota apasionada porque una infidelidad le pesaba en la conciencia. Si sacaba de su cartera una caja de bombones se las tendría que ver conmigo.

El camarero, fuera o no de ascendencia francesa, estaba como un tren. Aceptar un martini de sus estilizadas manos morenas sería un placer. Nos sonrió y dejó un platito de aceitunas junto a mi copa.

–¿Te importaría comer en la barra? –preguntó Walter–. Aquí tendremos más intimidad.

Miré por encima de su hombro hacia el trepidante comedor. Un guirigay de conversaciones y risas estridentes flotaba hasta nosotros.

–Sin problemas –dije.

–Estás muy guapa, cielo.

–Gracias, Walter. Pero ¿a qué viene todo esto? Estás como una moto.

Soltó una risita.

–Supongo que sí. Es que... hoy he tomado algunas decisiones, eso es todo.

–¿Qué decisiones?

–En primer lugar, voy a dejar el trabajo. Enseguida. Un compañero de la oficina... Morantz... Morantz y yo vamos a montar nuestra propia empresa.

–Que sea enhorabuena. ¿Pero no os estaréis metiendo en camisa de once varas? Os va a costar un montón de pasta, la oficina, el personal, todo el rollo.

–Tendremos las espaldas cubiertas. Mañana hemos concertado una cita con

un cliente de Filadelfia. Si se viene con nosotros, la cosa está hecha. Se lo robaremos a la empresa bajo sus propias narices. Y te aseguro que se lo vamos a robar.

Levanté la copa y las cejas en un brindis silencioso.

–¿Por eso tenía que ponerme un vestido?

–No...

–Walter, te estás portando como un memo, ¿te das cuenta?

–Nan, tengo que preguntarte una cosa.

–Adelante.

–¿Cuántas veces hemos roto y hemos hecho las paces?

Lo miré a los ojos. Quizá estaba a punto de dejarme plantada. Pero no era eso lo que decían sus ojos.

–Demasiadas para llevar la cuenta –dije–. Cinco... tal vez seis.

–Empieza a ser sospechoso, ¿no te parece? Lo que quiero decir es que, si siempre andamos en las mismas, debe de ser porque estamos hechos el uno para el otro o algo así.

Con eso me dejó sin respuesta.

–¿Por qué tenía que ponerme un vestido, Walter? –pregunté con voz queda.

–Porque no quería que llevaras un mono cuando te pidiera que te casaras conmigo.

¡Santo cielo!

–Me gustaría tomar otra copa, Walter.

–Bueno, ¿qué opinas? –dijo mientras le hacía una seña al camarero.

–Joder, Walter, yo qué sé. ¿De dónde has sacado la idea de casarnos?

No fue la respuesta más airosa que puede darse a una propuesta de matrimonio, lo sé. Me arrepentí de esas palabras en cuanto salieron de mi boca. Pero a él no pareció afectarle.

–Estoy harto de las relaciones a salto de mata, Nan. Quiero que tengamos nuestra casa. Quiero que tengamos hijos. Ya va siendo hora.

¿Hijos? ¿*Hijos*? Nunca le había hablado a Walter de mis ideas, mis temores, sobre los hijos. Al igual que tantas otras mujeres, o al menos eso imaginaba yo, que no era la única, la idea de tener hijos nunca me había atraído, aunque daba por sentado que si me enganchaba a un hombre con el vehemente deseo de ser padre, sería capaz de cumplir con mi obligación.

Estaba segura, no obstante, de que no sería gran cosa como madre. Siempre me había considerado afortunada por tener una madre tan distinta de mí. Soy egocéntrica, mercuriana, emocionalmente inestable, con una paciencia que ni merece ese nombre, bastante solitaria, dada a zarpar hacia puertos desconocidos con cinco minutos de preaviso, como mucho, y la verdad es que no aguanto a las personas con las que no puedo razonar. En resumen, una pesadilla para

cualquier niño. La pobre criatura batiría el récord de horas pasadas en el diván del psicólogo del colegio antes de cumplir los siete años, y todo por mi culpa. Si mi supuesto compañero se empeñara en tener hijos, al menos le prevendría de lo que le esperaba. Qué demonio, por lo menos en eso superaba a Aubrey. Ella odiaba a los niños –odio en estado puro y se lo decía a cualquiera que quisiera escucharle.

Pero de todo eso no le dije nada a Walter. Sencillamente le cogí la mano y la retuve un rato largo.

–Mira lo que vamos a hacer –dijo entusiasmado–. Mañana por la mañana alquilaré un coche. Para ir a la cita en Philly. Tú coges el tren en Penn Station y me esperas en la estación de la calle Treinta. Te recogeré a las doce. Nos vamos al condado de Bucks. Conozco un hotelito que te va a encantar. De hecho, no sería mala idea pasar ahí unos días cuando nos hayamos casado. A lo que iba, vamos allí, tú y yo solos, comemos, nos relajamos, nos quedamos a dormir, hablamos de nuestras cosas. ¿Te gusta el plan?

Sí, me gustaba. Podía tomármelo como un breve descanso de la vida urbanita, o como una escapada romántica que nos serviría para planificar nuestra boda (ja, ja), claro que me gustaba.

Wild Bill se había ido al otro mundo. Henry Valokus había desaparecido, probablemente para siempre. Y el rastro de Rhode Island Red estaba más que perdido. En cuanto a mí, después de que me tomaran el pelo y me manipularan, después de sufrir amenazas, insultos y de que me follaran y me dejaran tirada, ¿qué me quedaba por hacer en la vida? El matrimonio. «¿A que nunca se sabe?», como dice Fats Waller.

La proposición de Walter me había dejado de piedra. Nunca había tenido claro si de verdad lo quería. Y su amor por mí siempre me había inspirado serias dudas.

Entonces ¿por qué hacíamos las paces una y otra vez? Con esa pregunta, Walter había puesto el dedo en la llaga. Traté de verme quitando el polvo del cuarto de estar de una casita de campo. Esperando junto a la verja del jardín a que nuestro retoño regresara de la escuela.

Imposible.

Intenté insuflar más realismo a la escena: Walt está en el trabajo, son las tres de la tarde y yo aún sigo en bata, escuchando discos de Monk mientras se descongela el asado de cerdo, tal vez me entretengo un rato con el saxo o con algún cuaderno de espiral repleto de versos mil veces retocados.

¿Querría Walter ir al Loira a degustar vinos en vacaciones? No. Lo más seguro es que acabáramos aprovechando una oferta de propiedad compartida en Jamaica.

–Bueno, preciosa, ¿te vas a casar conmigo o no? –volvió a besarme.

Me alegraba que mi madre no me viera en esos momentos. No habría soportado el suspense. No pude menos de sonreírme al imaginarla allí; no se estaría mesando los cabellos, no, más bien la vi levantándose de golpe del taburete con una expresión que decía: *Pero, hija mía, ¿has perdido el juicio?*

–Walter, Walter, Walter –dije con una mezcla de excitación y melancolía–. A ver qué te parece. No me voy a casar contigo, mañana mismo no, pero acepto ir de luna de miel. Y, como has dicho, podremos hablar de nuestras cosas.

Sí, teníamos mucho de que «hablar». Había montones de cosas que no le había contado a mi querido prometido.

A la mañana siguiente cogí el tren de las nueve y media con destino a Filadelfia. Me pertreché con cuatro libros de bolsillo para el trayecto de noventa minutos: una novela de un estadounidense expatriado con el que había pasado unos diez minutos en la cama la última vez que estuve en París; un par de antologías de poesía; y el mismo libro de Gertrude Stein que seguía sin leer después de que me hubiera acompañado en mis viajes ferroviarios durante casi toda mi vida. No llegué a abrir ninguno. Distracciones no me faltaron.

A la entrada de Trenton vi un cartel que removió un recuerdo lejano. TRENTON PRODUCE PARA EL MUNDO, decía. Supuse que mis padres debían de haberme llevado a Philly de pequeña. ¿Cuál habría sido el motivo del viaje? A buen seguro algo tan emocionante como un concurso de deletreo interestatal.

El tren fue perdiendo velocidad nada más pasar Trenton y se detuvo en la estación de la calle Treinta a las once y media, con media hora de retraso. Aun así, me sobraba tiempo. Walter me había dicho que le esperase en un banco más o menos en el centro de la estación porque no sabía cerca de qué entrada encontraría un hueco para aparcar el coche de alquiler. Me senté y me entretuve un rato con Gertrude.

A las doce menos cinco Walter aún no había llegado. La cita era a las doce, pero Walt tiene por costumbre llegar con muchísimo adelanto. No haber llegado cinco minutos antes de la hora prevista ya era un retraso para él. Tampoco llegó a las doce. Y seguía sin aparecer a las doce y media.

Traté de recordar en qué lugar concreto de Philly se había citado. Iba a tratar de echarle el guante a un cliente, según dijo. Los clientes de Walter son editores de revistas. A eso se dedica, a vender espacio publicitario de las revistas. No había mencionado el nombre de la revista en concreto. La única información que me dio es que iría con un compañero. ¿Cómo dijo que se llamaba? ¿Mitchell? ¿Mariachi? Lo había olvidado, y ¿qué más daba? Tampoco sabría cómo localizarlos. No podía llamar a la oficina de Nueva York, donde lo más probable es que ni supieran que Walt estaba en Filadelfia. Lo suyo era una

especie de misión secreta con el objetivo de allanarse el camino para montar su propia empresa.

Me levanté para hacer una ronda por la estación. Volví a sentarme. Compré el *Inquirer* y lo leí. Compré un periódico de Nueva York y también lo leí. Compré un café y lo bebí sin quitar ojo a ambos extremos de la estación.

Ya era la una y media. Ni rastro de Walter. Empecé a refunfuñar entre dientes dirigiéndole todo tipo de calificativos con los que una prometida no suele referirse a su amado.

Busqué una cabina telefónica y llamé a casa de Walter. No hubo respuesta. La llamada a mi casa tampoco fue más fructífera: sólo oí mi voz en el contestador.

A las dos menos cinco anunciaron la inminente salida de un tren hacia Nueva York... ¡Último aviso! Me costó quedarme sentada. Lo conseguí.

Al oír el mismo aviso cuarenta y cinco minutos más tarde, sucumbí.

No había comprado un billete de ida y vuelta. Pagué al revisor en metálico.

Mi enfado se fue disipando con el traqueteo del tren. Y dejó paso al sentimiento de culpa, a la desilusión y a una hiriente vergüenza. ¿Por qué demonios me había enfadado con él? ¿Por qué no le había esperado? Di por sentado que el plantón era intencionado, malintencionado, de hecho. Cuando en realidad un millón de cosas podían haberle impedido acudir a nuestra cita a tiempo. Ojalá no hubiera tenido un accidente de coche... o algo peor.

¿Por qué no esperé más? ¿Por qué no se me ocurrió nada mejor que salir corriendo? Porque seguía siendo Doña Rabetas; eso por una parte. Y por otra, porque sabía que no me iba a casar con Walter Moore.

Cuando llegué a Newark ya era más dueña de mí misma. Había echado el freno a mis imaginaciones catastrofistas. Lo más probable era que a Walter se le hubieran complicado las cosas con su cliente potencial y ahora estuviera en la estación llamándome frenéticamente a Nueva York. Al volver me explicaría lo sucedido y yo prepararía una buena cena, o lo que fuese. Y en cuanto a la luna de miel, esas cosas hay que tomárselas con mucha filosofía.

¡A los sueños que los zurzan! ¿A que sí, madre?

Friday the 13th [Viernes trece]

No estaba de humor para meterme en el metro. Fui a casa en taxi.

La polvorienta luz vespertina iluminaba el portal cuando me puse a revolver mi bolso de fin de semana y los bolsillos en busca de las llaves. Escarbando en el fondo del bolso, al fin las palpé a través de un paquete de Kleenex. Con un suspiro de alivio, abrí la puerta y entré.

Una carnosa mano negra me tapó la boca con tanta fuerza y eficacia que toda mi cara se entumeció y se me nubló la vista.

–Estáte tranquila, señorita universitaria –oí–. Tranquila y calladita. En tu piso hay alguien y voy a subir a pillarlo. ¿Entendido?

Asentí con la cabeza. La mano se retiró. Giré en redondo como mejor pude en aquel espacio comprimido y me encontré mirando a los ojos pérfidos del detective Lemán Sweet.

–¿Quién está en mi piso? –pregunté con voz quebrada.

–Enseguida lo descubrirás –repuso a la vez que cerraba con sigilo el portal y desenfundaba la pistola. Me hizo señas con el arma para que reculase–. No te muevas de ahí.

Empezó a ascender peldaño a peldaño, despacio, muy despacio, haciendo crujir apenas las tablas. Antes de que hubiera llegado al descansillo de la segunda planta, oí abrirse de golpe la puerta de mi piso. Me asomé a la escalera y miré hacia arriba, pero la gigantesca espalda de Sweet era todo lo que se veía.

–¡Policía! ¡Alto! –vociferó Sweet.

–Hay que joderse... –al intruso debieron de escapársele instintivamente estas palabras.

–¡Manos arriba! –gritó Sweet al hombre. A Walter.

Me había costado un par de segundos reconocer su voz. El que estaba ahí arriba era Walter.

Hay que joderse. Eso reflejaba con precisión mis sentimientos.

Por el hueco de las piernas de Lemán Sweet alcancé a ver los mocasines de Walter. Se oyó un golpe sordo y luego vi la funda de mi saxo sobre la desgastada moqueta.

–¡No te enfrentes a él, Walter! –dije a voces–. Te ha tomado por un ladrón.

Eché a correr escaleras arriba a la vez que imploraba a voces:

–¡Sweet, déjelo en paz, Sweet!

–¡Cierra el pico! –me contestó a voz en cuello–. ¡Quieto ahí! –le gritó a Walt–. No te muevas, hijo de puta.

Por un momento los dos formaron un grupo escultórico, con los músculos del cuello en tensión, las miradas cruzadas, hasta que Lemán Sweet dio un paso amenazador hacia Walt.

–Haz lo que te dice, Walter –le advertí. Pero Walter no me escuchaba. Creo que ni siquiera era consciente de mi presencia–. ¡Por lo que más quiera! –dije en un alarido–. Déjelo en paz, maldita sea. No es un ladrón. Lo conozco. Es mi...

–Sé muy bien quién es, pequeña.

–Debería liquidarte ahora que te tengo a tiro –rugió Lemán Sweet. Tenía encañonado a Walter y ni siquiera le permitió sentarse. En lo que a mí tocaba, me había advertido que si osaba moverme de la silla de la cocina, dispararía contra los dos.

Que Dios nos asista, fue lo primero que pensé. Se va a repetir la misma escenita que presencié con Diego de víctima. Un policía prepotente muele a golpes a un ciudadano desarmado. La diferencia era que mi primer impulso de tratar de proteger al pobre Walter se había desvanecido. Tuve la súbita y pavorosa revelación de que el papel de Walt no era el de un espectador inocente. Era culpable. De qué, eso aún no lo sabía. Sin duda de algo mucho más grave que dejar plantada a su prometida en Philly.

–Quítame la puta pistola de la cara –replicó Walter, dándoselas de gallito pero flaqueando.

Sweet se rió de él.

–Tienes un minuto justo para contármelo todo –dijo–. No te molestes en negar nada. No quiero excusas, coartadas ni nada por el estilo. Límitate a contarme lo que sepas. Empezando por tu relación con Charlie Conlin.

Walter tragó saliva con fuerza; pretendía no venirse abajo, pretendía disimular la mirada de rata acorralada que le delataba.

¡Flac!

Hasta a mí me hizo daño el bofetón que le descargó Sweet con el dorso de la mano. Walter encajó el golpe sin perder el equilibrio. Luego, por primera vez desde el principio de aquel encuentro demencial, Walter me miró.

El corazón me dio un vuelco.

Agárrate fuerte, pequeña, dijo Ernestine. *Ahora te vas a enterar.*

–Nuestras localidades en el Garden estaban una junto a otra –comenzó Walter lentamente–. Los dos teníamos abonos de temporada para ver a los Knicks. Empezamos a charlar poco a poco. Me costó darle crédito cuando me contó que era un madero. Charlie parecía un tipo de lo más normal. Nos caímos muy bien. Empezamos a ir de copas después de los partidos, a divertirnos un rato. A veces quedábamos al salir del trabajo. De vez en cuando

echábamos un billar, ligábamos... es decir, en las épocas en que yo no estaba con Nanette conocimos a algunas chicas en los sitios adonde le gustaba ir a escuchar música. Éramos... yo qué sé... amigos.

–Entendido –dijo Leman–. Salíais juntos de correría en persecución de los chochitos. Esnifábais un poco de farlopa. Esas cosas. Un par de tíos enrollados. Charlie siempre se creyó el rey neoyorquino del buen rollo. Un tipo de cuidado. Compraba abonos de temporada aunque luego no le diera para pagar el alquiler. Muy bien. Continúa.

–Llevaríamos un año saliendo juntos por ahí cuando me comentó el plan que nos iba a resolver la vida para siempre. Charlie había oído rumores. Historias increíbles. Y él se las creyó a pies juntillas. Se trataba de un saxofón, Rhode Island Red lo llamaban, y valía un millón de dólares. Tal vez más.

Se me escapó una carcajada. ¡Walter estaba pirado! No hay saxo en el mundo que valga un millón de dólares.

–Tiene gracia, ¿eh? –dijo Sweet sin reírse–. Cierra la boca y escucha lo que tenga que decir tu amigo. A ti no te pareció gracioso, ¿eh, Walter?

–No.

–Sigue hablando, Walter. Cuéntanos los sueños de grandeza que te metió tu amigo en el coco.

¿Pero de qué sueños hablaba?

–Dijo que lo tenía todo calculado –prosiguió Walter–. Había un montón de personas buscando el saxo desde hacía décadas, según dijo, pero él estaba sobre una pista segura. Un vejete, un trompetista chapucero, sabía dónde encontrar el tesoro. El tipo se llamaba Tuttle pero lo conocían por Wild Bill. Wild Bill era un buen colega de la chica de Charlie, una ciega con la que vivía a ratos. Ella ni siquiera estaba al tanto de que era policía. Para ella no era más que un músico, Sig, su nombre de guerra.

...A lo que iba, esos dos, Wild Bill y la chica, se emborrachaban juntos, tocaban juntos en la calle, a veces ella le dejaba quedarse en su casa, ese tipo de rollo. Y un día Wild Bill le habló del saxo. La chica nunca creyó en su existencia. Tuttle no era más que un pobre borrachín, un ex yonqui. Y ella supuso que era una chifladura que le había dado, una alucinación suya.

...Al cabo de algún tiempo se lo contó a Charlie. No es que traicionara a Tuttle ni mucho menos, sencillamente se lo contó porque le parecía gracioso. Y entonces Charlie lo vio claro. Supo que los rumores no eran disparatados, que el saxo del millón de dólares existía.

...Pues sí, su plan era quitarse de en medio al tal Wild Bill y hacerse él con la mina de oro. Porque, como bien decía Charlie, ¿qué iba a hacer un tío como Tuttle con algo tan valioso? Sería incapaz de colocárselo a nadie. Seguro que la

cagaba. Podían pasar dos cosas: que le engañaran o que lo mataran, y en todo caso se quedaría sin el saxo. Así que Charlie decidió intervenir.

...Le propuso un trato a Wild Bill: le daría sesenta papeles a cambio del saxo con la condición de que luego se esfumara.

...Wild Bill aceptó.

–Sí, no lo dudo –repitió Leman–. Pero la cuestión es de dónde iba a sacar Charlie los sesenta mil dólares. Muy fácil. Se embolsó el dinero de la operación que estábamos realizando.

–Exacto –dijo Walter.

–Está claro como el agua –dijo Leman–. Luego fue cuando empezaron a caer una tras otra las fichas del dominó. Cuéntanoslo, Walter.

–Lo primero fue que Charlie se enteró de que un gángster venido a menos, un antiguo estafador de Rhode Island, andaba siguiéndole la pista al saxo. Era un fulano blanco que había estado en el talego con Tuttle. Charlie pensó que si aquel tipo estaba enterado, seguramente no sería el único.

...Lo siguiente fue que a Charlie le llegó la onda que los de Asuntos Internos iban a por él. Sospechaban que había robado el dinero de la operación.

–Y es ahí donde entro yo en juego –dijo Sweet con voz destemplada–. Yo estaba a dos velas antes de que los de Asuntos Internos se coscaran del asunto. No hacía falta ser un genio para comprender que también iban a ir a por mí. Como era el compañero de Charlie, se imaginaron que yo también estaba en el ajo. Si Charlie estaba pringado, yo estaba pringado. Cómo iba a ser posible que el negro del dúo no fuera un corrupto.

...Al final se convencieron de mi inocencia. Entonces el Departamento me viene con que tengo que colaborar con esos impresentables para descubrir qué coño le pasó a mi compañero. Fue entonces cuando empecé a oír hablar de ese saxofón de mierda y de las vidas que estaba cobrándose.

...Nuestro amigo Charlie se jugó el todo por el todo. Al final iba a contrarreloj. Estaba con el agua al cuello. Un mafioso husmeando por ahí; los de Asuntos Internos pisándole los talones; y, para colmo, tener que andar pendiente de un vejete alcohólico como Tuttle. ¿No es así, Walt?

–Sí. Wild Bill le prometió entregarle el saxo en un plazo de cuarenta y ocho horas. Entretanto, Charlie necesitaba esconderse en algún lado. No podía arriesgarse a volver a casa de la ciega. Ni podía refugiarse en mi piso del norte de la ciudad porque no queríamos que nos relacionaran. Me dijo que no hiciera nada hasta que se pusiera en contacto conmigo.

–Claro, claro –dijo Leman con una maliciosa sonrisita de satisfacción–. Y fue en ese momento cuando decidiste «implicar» a tu amiguita, aquí presente.

Walter me dirigió una mirada rápida y desvió la vista enseguida. Bien hecho.

Porque la mirada que yo le lancé habría bastado para *arrancarle* los ojos de las órbitas.

–Así fue, mi querido putón –dijo Leman–. Walter te echó encima a Charlie.

–No lo hice, Nan –se defendió Walter con la cabeza gacha–. Es decir, lo hice, pero...

–Sí, Walt, es evidente que lo hiciste –le corté.

La sonrisita de Sweet se fue ensanchando más y más cuando se lanzó a especular.

–Charlie te ligó en la calle. Os vinisteis aquí a pegaros un buen revolcón...

–Que le den por culo, Sweet –dije. En la vida había puesto tanto sentimiento al pronunciar esas palabras obscenas. Hice el silencioso juramento de no volver a usar nunca esa expresión.

Sin inmutarse por mi salida de tono, Leman siguió hablando.

–Lo malo fue que aquella noche pasó algo que nadie esperaba. Aquella noche, un capullo llamado Diego asesinó a Charlie. Y no porque soñara con el saxo de oro. Qué va. Fue por una zorra ciega llamada Inge de la que estaba colgado. Ese puñetero latino trató de forzar la cerradura. Probablemente Charlie le oyó y pensó que eras tú el que querías entrar, Walter. Abrió la puerta, le clavaron el punzón en la garganta, volvió sobre sus pasos tambaleándose y murió. Eso es lo que yo llamo una cabronada en toda regla.

Hizo una pausa y se enjugó la frente con la mano libre.

–Charlie era un buen agente –dijo Leman–. Y también un buen ladrón. Escondió aquí los sesenta papeles antes de irse a dormir –entonces echó una mirada a Walter–. Y puede que escondiera algo más, ¿no crees, Walt? Quién dice que no te había mentado y se había hecho ya con el saxo. A lo mejor eso también lo escondió aquí.

–¡De eso nada! –grité–. ¡Una cosa así no es fácil de ocultar!

Sweet me miró con lástima.

–¿Nunca se te ha ocurrido, mientras corrías de aquí para allá tratando de resolver este caso como una Koyak negra cualquiera, que Charlie pudo haberte dejado fuera de combate esa noche?

–¿Fuera de combate?

–Drogándote, gilipollas. Estuvisteis bebiendo, ¿no? El forense dijo que Charlie tenía vino en el estómago. Puede que te echase algo en el vino y así tuvo el tiempo necesario para merodear por aquí a su aire. Al día siguiente encontraste la pasta en tu saxo, pero no el otro saxo, el famoso Rhode Island Red.

...Y una vez que Charlie ha muerto, ¿cuál es la siguiente jugada del señor Walter? –miró a los ojos a Walter, que no dijo nada–. Te lo voy a explicar. El señor Walter decide que ahora tiene todo el derecho a quedarse con el dinero,

con el dinero y con todo lo que sea capaz de pillar... los sesenta mil dólares, el saxo, lo que sea. Así pues, cuéntanos Walter cómo te lo montaste.

–No sé a qué se refiere –repuso Walter con voz queda.

–¿Conque no, eh? ¿Me equivoco al decir que lo primero que hiciste fue ir a casa de Inge? Te pone un poco nervioso oír su nombre, ¿a que sí? Pues bien, Walter, ya va siendo hora de que dejemos de llamarla la chica de Charlie, la ciega. Tenía un nombre, Inge Carlson. ¿No fuiste allí decidido a extraerle la información que necesitabas? A intimidarla. A sacársela a golpes si fuera necesario.

Entonces Walter volvió a hacer lo de antes... tragó saliva con fuerza.

Oh no, pensé. No, por favor. No, no. Y no sólo lo pensé. Estaba lamentándome en voz alta.

–Ella trató de explicarte que no sabía nada del asunto, ¿verdad Walter? –dijo Lemán casi con amabilidad–. Te pusieras como te pusieras con ella, Inge juraba y perjuraba que no sabía dónde estaba el saxo. Pero tú no le creíste.

Walter sacudía la cabeza de un lado a otro.

–¿Es eso un «no», Walt? –preguntó Sweet–. ¿Quieres decir que no, que no le creíste? ¿O que las cosas no sucedieron así?

–No –contestó al cabo–, no le creí. Porque encontré mucha pasta al registrar la casa. Una fortuna. Supuse que estaba confabulada con los demás y que querían dejarme al margen. Wild Bill y ella iban a pasar totalmente de mí. No tenían nada que ver conmigo.

–Te encontraste contra las cuerdas, ¿verdad? Estabas desesperado. La mataste, ¿no es así, Walt?

Había estado rezando con todas mis fuerzas para no llegar a oír esa pregunta, ni la respuesta.

–Le pegué unos cuantos empujones –dijo Walter en un tono de voz tan apagado que Lemán Sweet y yo tuvimos que aguzar el oído–. La aparté de un golpe y me puse a rebuscar el saxo por toda la casa, o el dinero. Acababa de abrir un cajón de la cocina cuando, al levantar la vista, la vi... con una pistola en la mano. Había seguido mis movimientos guiándose por el oído y me estaba apuntando directamente al pecho.

...¿Cómo cree que me sentía después de haber pegado a una chica ciega? Había emprendido un camino en el que ya no había vuelta atrás. Igual que Charlie. Pero de ahí a dejarme matar. Había llegado demasiado lejos para eso, o demasiado cerca. Empuñé un cuchillo de cocina y la maté antes de darme cuenta de lo que hacía. Su perro se volvió loco. Tuve que... –estalló en sollozos.

–Una historia conmovedora, hermano –dijo Lemán–. De lo más conmovedora. ¿También te echaste a llorar cuando pescaste a Wild Bill y estuviste a punto de matarlo a él también? –sin molestarse en esperar una

respuesta, siguió—: Él te dijo que el saxo ya lo tenía Charlie, ¿verdad? Que Charlie se le había adelantado sin siquiera aflojar los sesenta papeles. Te oliste una traición. Y luego caíste en la cuenta de que, después de haberlo buscado por todas partes, el saxo probablemente estaba escondido en casa de tu novia. Entretanto, Wild Bill muere de pronto, de muerte natural. Se diría que la vida al fin te sonreía.

Sí. A Walter ya sólo le hacía falta sacarme de la escena el tiempo necesario para revolverlo todo.

—Por fin le has echado la mano encima al premio —le dijo Sweet—. Lo encontraste mientras nuestra Miss América Calva estaba fuera de casa. Llevamos mucho tiempo siguiéndoos a los dos. Observando vuestras idas y venidas. Si hubieras logrado pirarte antes de que la señora de la casa volviera, habría parecido un robo normal y corriente. Pero haz el favor de decirnos qué habrías hecho si hubiera entrado mientras ponías todo patas arriba. ¿También a ella te la habrías cargado?

Aquello sí me interesaba oírlo.

—Ya has oído lo que te ha preguntado, cielo —le dije a Walter—. ¿Lo habrías hecho?

Walter evitó mirarme. Tenía una expresión de desconuelo. No sólo de vergüenza. De auténtico desconuelo.

Hasta yo me avergoncé de habérselo preguntado.

Leman Sweet estiró el brazo hasta el bolsillo trasero de su pantalón, sin duda para sacar las esposas que guardaba en él.

Walter aprovechó esa fracción de segundo para pasar a la acción.

—Baja esa puta pistola —oí que le ordenaba Sweet.

Fue entonces cuando me puse a chillar.

Estoy convencida de que mis gritos llegaron a oírse en los Campos Elíseos, pero Walter parecía haberse vuelto sordo.

Se dio la vuelta y echó a correr hacia la salida de incendios, sin prestar oídos a las amenazas vociferadas por Leman.

Walter había llegado a la ventana de la cocina, donde de pronto aparecieron dos figuras. Aquella visión casi bastó para que se me ahogaran los gritos en la garganta. Eran los tipos de la furgoneta blanca, el hombre y la mujer que me habían secuestrado, los que me habían puesto una pistola contra la cabeza, los que me habían abierto los ojos sobre Henry.

Esta vez llevaban un distintivo policial en torno al cuello. Y sus oscuras armas, pegadas a la ventana de la cocina, apuntaban a la frente y al corazón de Walter.

Vi a Walter levantando el brazo.

—¡No! —ordenó Sweet en vano a la vez que se tiraba al suelo y me arrastraba

con él.

El cristal vibró y saltó en pedazos.

Me vi envuelta en un fragor de estallidos y detonaciones como los de un castillo de fuegos artificiales montado en la playa por un aficionado.

Mi tazón de Limoges inició una estrafalaria danza en el escurrerplatos y terminó cayéndose por el borde. Entonces terminó todo.

Pero yo continuaba chillando.

–Espero que no pierdas el tiempo llorando por ese cabronazo –dijo Sweet a la vez que señalaba con la cabeza el cuerpo bañado en sangre, tendido en el suelo.

El cuerpo. El cuerpo. No era un maldito «cuerpo». Era Walter M. Moore. Con quien había hecho el amor cientos de veces. Con quien solía salir de la ciudad para ir a bañarnos. Quien volvía conmigo a casa caminando después del cine. Con quien discutía por cualquier tontería.

Estaba sentada junto a la mesa de la cocina y el detective encaramado en el brazo de una butaca cercana. Alguien me había puesto un vaso de agua en las manos.

Sin pensármelo dos veces, me abalancé sobre Sweet como una exhalación, enseñando los dientes, hecha una furia. Traté de sacarle los ojos con las uñas a la vez que lo cubría de incoherentes maldiciones.

Fue el policía del furgón blanco quien me redujo. No sé si me tiró él o si me caí, el caso es que aterricé en el suelo, casi en brazos de Walter.

Entonces, con un solo movimiento, agarré la maltrecha funda con la que Walt había salido de casa. Me precipité a abrir los pasadores y la tapa para ver de una vez el saxo del millón de dólares, ese objeto por el que habían muerto tantas personas.

Los tres policías se levantaron al unísono.

Estallé en risotadas frenéticas.

La funda estaba llena de latas oxidadas.

Leman Sweet era la viva estampa de quien acaba de ser golpeado con un bate de béisbol. Se alejó de la funda tambaleante, como a punto de vomitar.

El poli blanco soltó una imprecación y fue a sentarse muy abatido en un rincón.

–Charlie debió de rellenar la funda para usarla de señuelo y escondió el saxo en otra parte –dijo la agente.

Brillante deducción.

A Lemán le quedaba poco por hacer. Entre los tres efectuaron un registro rutinario del piso, que ya estaba todo revuelto. Pero se veía que lo hacían por puro formulismo.

Quería despedirme de Walter antes de que llamaran a la comisaría, al forense, a la policía científica; antes de que se pusiera en marcha el mismo pandemónium surrealista de la noche en que murió Sig.

Me obligué a arrodillarme a su lado y le toqué la frente. Junto a él, en la alfombra de segunda mano, vi su cartera, la que le había regalado por Navidad hacía tres años.

La tarjeta de crédito de plástico azul del Chemical Bank asomaba por un extremo. No sé por qué, esa visión abrió de nuevo el grifo de las lágrimas. Walter solía decirme que si moría de pronto, mi única responsabilidad sería vaciar su cuenta bancaria y enviar el dinero a sus sobrinas, que vivían en Bayshore.

¿Tendría razón Leman Sweet? ¿Era Walter Moore, mi ex prometido, un asesino despiadado? ¿Me habría volado la tapa de los sesos a sangre fría si hubiera llegado antes de lo previsto?

Tal vez. Tienes tan mal gusto para los hombres, corazón, que todo es posible. Pero ¿qué más da eso ahora?, preguntó Ernestine, mi implacable conciencia, mi incesante voz interior, mi guía, mi tormento, mi castigo.

No le faltaba razón. En lo referente a las niñas de Bayshore, ¿qué más daba?

Deslicé la tarjeta dentro de una de mis botas.

Una vez que todos, incluido Walt, hubieron despejado el campo, me senté en el suelo de la cocina y empecé a mecarme, como una madre acuna a un bebé desvelado.

Recuperadas en parte las fuerzas, llamé a Aubrey, que escuchó toda la historia sin decir palabra y luego me ordenó que cerrase con llave el piso y cogiera un taxi. Me esperaría en la barra del Emporium.

Había anochecido cuando salí. No me lancé a coger un taxi, antes tenía que ir a un cajero automático.

El más próximo estaba en una esquina de la Tercera Avenida donde se reunían los colgados. No era un lugar seguro de noche, pero me había vuelto insensible al miedo.

Dos desechos humanos estaban tumbados en el suelo junto al cajero. Pasé por encima de ellos e inserté la tarjeta en la ranura.

El PIN de Walter era fácil de recordar: traducido a letras, formaba la palabra «KNICKS».

Lo teclé.

El cajero me preguntó qué deseaba. Pulsé la tecla de información para que me diera el saldo.

En la pantalla apareció: *Espere un momento, por favor.*

Saldo actual: 21.415,42 dólares.

Me quedé mirando la cifra de hito en hito durante un rato que se me hizo eterno. Sabía que el dinero de la cuenta de Walter era el de la chica ciega. No me había equivocado al decírselo a Henry: murió por mi culpa. Le di el dinero y por eso la mataron. La mató Walter. Dios mío, Walter. Sufría un nuevo ataque de llanto cada vez que pronunciaba su nombre mentalmente. No sólo lloraba porque lo hubieran matado, sino porque él había matado.

Walter debía de tenerme controlada, bajo vigilancia continua, mientras estábamos separados. De no ser así, ¿cómo podría haberse enterado de cuándo mataron a Sig?

Asuntos Internos mantenía vigilado a Lemán Sweet. Lemán Sweet y los otros agentes me vigilaban a mí. Diego espiaba a Inge. Sig espiaba a Wild Bill. Y así sucesivamente.

Me alejé haciendo eses, tan aturdida como cualquiera de los casos perdidos que dormían la mona en el suelo. Todo empezó a desmoronarse. El cielo. La acera bajo mis pies. El cuadradito de plástico duro que llevaba en el puño. A ese paso, mi mundo no tardaría en quedarse vacío.

Necesitaba un refugio, aunque fuera un palacio de la carne de estridente neón. Necesitaba a Aubrey.

‘Round Midnight [Sobre la medianoche]

¿Dónde demonios estaba? Lo único que sabía era que llevaba puesto un abrigo de piel.

Ah, claro. En el Emporium. Aubrey me había acostado en la cama plegable del camerino.

El reloj que había junto al pequeño lavabo marcaba las tres en punto. ¿De la mañana o de la tarde?

Al cabo de unos minutos entró Aubrey, desnuda de cintura para arriba y con un tanga tachonado de lentejuelas; su cuerpo prieto y ambarino, de una perfección natural, relucía. Cogió una toalla del respaldo de la silla y se enjugó delicadamente el sudor.

–¿Estás despierta, Nan?

–Estoy despierta. ¿Cuánto tiempo me he pasado durmiendo?

–Unas cinco horas. Te di una pastilla y te quedaste grogui al instante.

–Walter ha muerto, Aubrey. Lo han matado a tiros.

–Lo sé, corazón. Ya me lo has contado.

–Había hecho cosas espantosas... espantosas, Aubrey. Yo no tenía ni idea.

Retiré el abrigo y me vi vestida con una camisa limpia y almidonada. Deslumbrada por su blancura, bajé la vista, incapaz de recordar cuándo me había cambiado de ropa.

–Tómame esto, Nan, anda –Aubrey abrió el armarito de al lado del tocador. Me tendió un vaso y lo llenó de coñac hasta la mitad. Me encendió un cigarrillo mientras yo bebía.

Nos quedamos en silencio un rato.

–Me había pedido que me casara con él, Aubrey. Ni siquiera tuve oportunidad de contártelo.

–En fin –suspiró–, típico de Walter. Se veía que, por el motivo que fuera, te dejaría plantada en el altar.

Lancé una carcajada amarga. Luego me vine abajo. Aubrey me dejó desahogarme y de vez en cuando me rellenaba el vaso de Courvoisier y me encendía otro Newport.

Lloré y lloré hasta que ya no tuve más lágrimas. Tenía la cabeza extrañamente despejada, ligera. Me levanté y me lavé la cara con esmero.

–¿Sigue aquí ese camarero que se dedicaba a trapichear? –pregunté–. El que te

pasaba el Demerol.

–¿Te refieres a Larry? Sí. Sale a las cuatro. ¿Por qué lo preguntas?

–¿Sigue comprando y vendiendo cosas?

–¿Qué cosas?

–Pastillas. Lo que sea. Todo lo que se te pueda ocurrir.

–Sí, supongo que sí. Pero te he preguntado por qué lo querías saber.

–Porque, como dijo Walter, he tomado algunas decisiones. ¿Podrías pedirle que venga un momento? Dile que necesito hablar con él.

–No hagas ninguna tontería, Nan.

–Dile que venga, por favor.

–No hagas tonterías –repitió Aubrey al entrar acompañada del camarero–. Larry, recuerdas a mi amiga Nanette, ¿verdad?

Asintió con un gesto.

–Hola, Larry, necesito una pistola –dije.

–¿En serio?

–En serio. ¿Me la puedes conseguir?

Larry miró a Aubrey y ella revolvió los ojos y se fue al aseo.

–¿Puedes conseguirla?

–¿Cuándo? ¿Esta misma noche?

–¿Por qué no?

–¿Qué es lo que quieres?

–Ya te lo he dicho, Larry, una pistola.

–Quería decir que *de qué tipo*, cielo.

–Me importa un carajo.

Se rascó la cabeza mientras me miraba de arriba abajo.

–Voy a ser franca contigo, Larry. Soy novata en estos asuntos. Lo único que quiero es un arma de fuego que funcione. Algo que sirva para impresionar, para amenazar y persuadir. Algo con lo que se pueda matar a una rata, por ejemplo.

–Puedo conseguirte una buena pistola de calibre 22 inmediatamente. Con el cargador lleno.

–¿Qué significa calibre 22?

–Pues que te sobraría para quitar de en medio a cualquier rata que intentara putearte.

–¿Me puedes enseñar a manejarla?

–Por supuesto.

–¿Hay por aquí cerca algún cajero automático?

–En la calle Chambers.

–Te espero a la salida a las cuatro.

La camisa blanca tenía un tacto muy agradable. Me embuté unos leotardos de

piel de serpiente de Aubrey, estirándolos bien sobre la mole de mi trasero. Volví a calzarme mis botas y, ante la insistencia de Aubrey, me puse su abrigo de piel. Me miré al espejo. ¡Santo Dios, si la del espejo parecía Tookie Smith! O una conejita elegante preparada para una jornada intensiva de compras en las tiendas buenas del centro.

–¿Por qué no esperas a que llegue Jeremy? Vente a casa con nosotros –me ofreció Aubrey cuando estaba a punto de salir–. No tardará nada.

Negué con la cabeza.

–Cuéntale lo de Walter, por favor. Cuéntaselo... y dale un saludo de mi parte. Saqué quinientos dólares del cajero y le entregué cuatrocientos a Larry.

Larry vivía en una nave industrial reconvertida de la Diecinueve. Salió de la cocina cargado con una bolsa de la compra de mediano tamaño de Dean and DeLuca. La dejó en el suelo y sacó el arma.

Las armas de fuego son algo muy especial, ¿verdad? No hay nada en el mundo que se les parezca ni remotamente.

El calibre 22 debía de ser algo serio. No esperaba que fuera tan grande y pesada. Recibí un curso acelerado de cómo manejar mi nueva adquisición. El cargador. El seguro. El cañón. La boca. La munición. Presiona esto. Tira de aquí.

–Parece el prepucio de un pene muy enfadado –comenté.

–Humm... pues sí –dijo Larry.

–Muchas gracias por todo, Larry. No te conozco de nada.

Asintió con un gesto.

–Te has quitado unos cuantos kilos de encima desde la última vez que te vi, ¿verdad?

–Supongo que sí.

–Estás muy bien así.

–Tengo que irme corriendo, Larry.

–Espera un segundo.

–¿Qué quieres?

–¿No irás a hacer ninguna tontería, verdad?

–¿Tengo aspecto de tonta?

–Para nada. Oye... ¿por qué no te quedas a tomar una copa?

–Está a punto de amanecer –dije–. Tengo que irme.

Empujé las grises puertas carcelarias del portal y salí a la calle desierta.

Había empezado a llover.

Reflections [Reflexiones]

Me preparé un desayuno divino a base de huevos escalfados, naranja en rodajas y tostadas finas como obleas sin la corteza. Junto al plato coloqué la gran pistola negra, al norte de la taza de café.

Llevaba un par de días encerrada en casa. Aubrey y Jeremy estuvieron pendientes de mí, muy afectuosos, pero no quise verlos. Ni a ellos ni a nadie.

Aquel día, sin embargo, ya me sentía mejor. Era casi mediodía. Había dormido bien. El piso dejó de aterrorizarme. Ya no me parecía tan grave que Sig y Walter hubieran sido brutalmente asesinados allí mismo, junto a mi preciosa mesita esmaltada antigua, una auténtica pieza representativa del mobiliario estadounidense de los años treinta, ésa que siempre me encantaba decorar con mis muñecas caribeñas, velas de cera de abeja y los individuales adamascados de color crudo.

Por otra parte, algo me decía que cuando al gerente del edificio le llegara la noticia de lo que había sucedido en las últimas semanas, no iba a darme la oportunidad de envejecer en aquel piso, saboreando los recuerdos de los buenos tiempos que todos habíamos vivido allí. El portero ni siquiera me había *mirado* mientras reponía el cristal de la ventana, en sepulcral silencio, con los labios apretados.

Fregué los platos y despejé los restos del desastre causado por el tiroteo y el registro.

La pregunta del día era: ¿dónde está Henry Valokus? A prudente distancia de su antiguo piso, suponía yo. Dicho de otro modo, fuera del radio de acción de donde yo vivía y de donde solía hacer mi espectáculo musical callejero. No, no había muchas probabilidades de que nos topáramos por casualidad en el barrio.

Henry había estado husmeando en un bar cutre de la Novena Avenida esquina con la calle Cuarenta y cuatro –que, lejos de ser la milla de oro, más bien era el callejón de los borrachos–, en busca de Wild Bill. En busca del saxo de oro. Rhode Island Red. Debía de valer una fortuna para compensar los merodeos por Hell’s Kitchen. Tal vez mi ex amante hubiera dedicado sus días, e incluso sus noches, a peinar el barrio a la busca de Wild Bill, quizá frecuentando bares que ningún Ángel del Infierno que se preciara habría pisado ni para echar una meada. Pero sabía que Henry no viviría en Hell’s Kitchen por nada del

mundo. Ni aun cuando se diera el caso de que en la panadería italiana de la calle Cincuenta y uno bastaran el suspensorio de Bird.

Imaginar a Henry subiendo y bajando los desgastados peldaños de un bloque de viviendas baratas de la Décima Avenida casi resultaba chistoso. Dios mío, ¿dónde iba a tomar su café con leche matinal? ¿Y dónde encontraría el jabón ruso que tanto le gustaba? ¿Dónde podría comprar rosas amarillas?

Así pues, ¿dónde vivía Henry? Eso suponiendo que viviera.

En cierta ocasión me había dicho que el Village le gustaba pero le parecía que se habían subido a la parra con los precios. El Upper West Side le sacaba de quicio, según dijo; allí sólo había adolescentes, octogenarios y chalados, y las calles siempre estaban atestadas. Le había cogido el gusto a pasearse por la calle Cincuenta y dos porque había sido escenario de conciertos memorables, maravillosos y, en su imaginación, la antigua Birdlandia había adquirido un carácter sagrado. Pero lo cierto es que no sobrevivía el menor vestigio de aquella época. Hoy día no hay en ese barrio más que rascacielos negros de cristal de grandes empresas, restaurantes de precios astronómicos y hoteles de lujo.

¿Dónde estaba Henry? ¿Dónde había establecido su base mientras proseguía la búsqueda de Rhode Island Red? ¿Cuánto tiempo me quedaba para dar con él antes de que localizara el saxo o desistiera y se fuese de la ciudad?

Saqué mi plano de Nueva York, lo desplegué sobre la mesa y puse las manos encima a unos centímetros de distancia, con las palmas hacia abajo, como si fuera un tablero de Huija y fuera a atraer mi dedo hacia el punto exacto donde vivía Henry. Claro que podría estar en Chinatown, en Morningside Heights, en Queens o en Jersey City. Pero yo me habría jugado el cuello a que seguía en el corazón de Manhattan.

—Henry, estás justo... *aquí* —centré la vista en un área del plano, cogí un lápiz y la rodeé con un círculo.

Mi elección no entrañaba grandes misterios. Sabía que Henry debía de estar entre la calle Treinta y cuatro y la Setenta y dos, donde podría gozar de las comodidades del centro y tener a mano tiendas, comida, música, vino, regalos para deslumbrar a las chicas, hoteles para huéspedes de paso a montones, anonimato.

Puse en el equipo de música a Erik Satie, un cambio de ritmo tras las canciones de Billie, adecuadas como fondo para suicidarse, las baladas rezumantes de heroína de Parker y la música posdesolación de Bill Evans. Es curioso que Satie resulte a la vez tan desgarrador y tan relajante, tan apto para concentrarse. Aunque de pronto se sale por una de sus surrealistas tangentes y suena como la rabieta de un mocoso malcriado, o como el interior del cerebro de un director de orquesta tronado. Tenía una pinta de lo más estrafalaria, Satie. Yo creo que me lo habría pasado en grande con él.

Me trasladé al cuarto de estar y fumé uno de los repugnantes Newport de Aubrey mientras bebía la segunda cafetera del día. Desde mi asiento alcanzaba a ver sobre la mesa de la cocina el amenazador cañón de la pistola. ¿*Un pene enfadado*? Pobre Larry. ¿Sería verdad que le había dicho eso? Una expresión tan estúpida y traída por los pelos me habría inspirado asco tan sólo unas semanas atrás.

Tenía que apresurarme a encontrar a Valokus antes de perder la cabeza por completo.

¿Qué truco funcionaría para que diera la cara? ¿Cómo obligarlo a salir de su escondrijo?

Un restaurante indio estupendo recién abierto no lo lograría. Ni mi persona tampoco, por desgracia.

¿El legendario saxo del millón de dólares? Sin duda. Pero eso no se lo podía ofrecer.

Toda la mañana me había estado rondando la idea de una oferta de objetos de ocasión a la que Henry no pudiera resistirse. Había que descartar el suspensorio de Bird, su cerebro conservado en alcohol y el último Camel del paquete que compró la misma mañana de su muerte.

No, ninguna de esas cosas.

Cerré los ojos.

¿Cómo pasaba el día Henry, teniendo tantísimo tiempo libre en las manos? Disfrutaba pausadamente de una taza de café. Se daba un baño. Almorzaba. Salía a comprar nuevos cedés, viejos álbumes y... chucherías. Paseaba sin rumbo fijo. Iba a los mercados de frutas y verduras para seleccionar las piezas más frescas. A las floristerías. A la carnicería que tuviera la ternera más tierna. De hecho, una de las cosas que más me gustaba de Henry era la cantidad de tiempo que estaba dispuesto a consagrar a mi comodidad, yendo cada dos por tres al supermercado para comprar los ingredientes de las deliciosas cenas que me preparaba. Supongo que cualquier hombre corriente habría tomado por mariconadas las cosas que hacía Henry. Pero a mí me encantaba esa forma de ser suya.

Y con esas cosas que le servían para entretenerse tenía que sintonizar yo, metiéndome en su piel. Quizá ése fuera el sistema.

Sonó el teléfono y me desconcentró. Lo dejé sonar largo rato mientras decidía si iba a responder a la llamada. Al final, lo cogí.

Era mi madre, para saber cómo me encontraba. Quería brindarme su apoyo pero sin hacerme pensar demasiado en la muerte de Walter.

Mi madre no sabía ni la mitad de la verdad sobre la muerte de Walter. La policía había logrado escamotear la noticia a la prensa. Y según la versión que

yo le conté, Walter tuvo la mala fortuna de estar presente durante un atraco frustrado a una tienda de licores.

Después de consolarme durante unos cinco minutos, mi madre desvió la conversación hacia temas más triviales. Como por ejemplo: ¿A que no adivinas con quién me he encontrado en la estación de Grand Union?

–Ni idea.

–A la madre de Paula Stratton, figúrate.

Como no caía, tuvo que decirme quién era Paula Stratton.

–*Paula* –repitió–. Tu antigua amiga del instituto.

–Ah sí –dije–, Paula.

A duras penas podía llamarla una «antigua amiga». La historia era que Paula, una chica blanca, como la mayoría de los alumnos de mi instituto, lo pasaba mal porque le sobraban bastantes kilos y, sin llegar a ser una marginada nata como yo, tenía, aparte de su sobrepeso, fugaces destellos de una esplendorosa extravagancia. El frente común que formamos durante los dos primeros años de instituto respondió más a una estrategia defensiva que a nuestra común afinidad. Íbamos juntas al teatro, a los conciertos y al cine, y pasamos juntas un semestre en el extranjero, todo ello porque ningún chico nos invitaba a salir. Pero en los últimos años de instituto Paula lucía un tipín fantástico y había perdido todo interés en las esotéricas actividades que antes compartíamos.

–¿Quieres que te dé su teléfono?

–¿Qué teléfono?

–El de Paula –repitió mi madre, paciente–. Su madre dice que Paula lo pasó bastante mal con el marido ese que se echó, pero ahora vuelve a estar sola, ha empezado a estudiar Derecho y...

–Venga, dame su teléfono –fingí anotarlo.

Al cabo de unos minutos volví a interrumpirla:

–Mamá, voy a pasar fuera una temporada.

–¿Dónde, Nanette?

–Creo que iré a ver a una amiga que vive... en Cape Cod. Necesito poner un poco de tierra por medio. Te llamaré cuando vuelva.

Ésa fue la millonésima primera mentira que le contaba en mi vida.

Entré en la cocina, rellené la taza de café, eché una ojeada al horrible arma que reposaba en la mesa y volví a la otra habitación.

Me hice con papel y lápiz.

Aquel iba a ser, pensé para mí, el más memorable de mis poemas.

El primer verso me salió de corrido.

ME VOY DE NUEVA YORK.

El segundo fue aún más fácil.

GANGAS A LA VENTA.

Bastó un minuto para acabar de redactarlo:

EQUIPO DE MÚSICA DE ALTA CALIDAD: COMPONENTES AIWA
COMO NUEVOS, ALTAVOCES CON CAJA DE ARCE.

La exposición de maravillas concluía así:

TAMBIÉN A LA VENTA: DISCOS DE 78 REV., ELEPÉS.
MISCELÁNEA. CURIOSAS GRABACIONES DE ESTUDIO Y
PIRATAS DE HOROWITZ, PRICE, LENYA, DIZZY, BIRD, MILES.

Y como remate:

LLAME AL 000-0000. DEJE NOMBRE Y DIRECCIÓN DE
CONTACTO. ESPECIFIQUE LO QUE LE INTERESA.
LE ENVIARÉ PRECIOS E INFORMACIÓN DETALLADA.

Me eché hacia atrás para contemplar mi obra.

¿No estaba hecha una auténtica Rimbaud de la venta de artículos de ocasión?

Quedaba por decidir qué número de teléfono iba a utilizar. El mío no. Valokus lo reconocería. Tampoco el de Aubrey. Ni el de nadie que me conociera.

No. Tendría que recurrir a uno de esos anticuados servicios de contestador telefónico. Nada más fácil. Busqué en las Páginas Amarillas y elegí uno, tomando la precaución de que ni siquiera el código de área coincidiera con el mío. Los llamé y me comunicaron la discreta tarifa del servicio. Perfecto. Dije que me pasaría por allí a pagarles en persona esa misma tarde.

Luego cogí otro papel y volví a escribir el anuncio con letras mayores y más resaltadas.

¿Y ahora qué? ¿Cuál era el siguiente paso? Fotocopiarlo. ¿Cuántas copias me harían falta? ¿Cuántas lavanderías y supermercados con un tablón de anuncios accesible habría entre la calle Treinta y cuatro y la Setenta y dos, entre la Segunda y la Novena Avenida? Difícil de calcular. Para no pillarme los dedos, sacaría ciento cincuenta copias.

Corrí escaleras abajo e hice las fotocopias. El teléfono sonó en cuanto volví a entrar en casa.

Decidí no cogerlo. Sonó once veces antes de quedar en silencio. Tal vez fuera mi madre llamando de nuevo. O quizá Aubrey o la policía. O una llamada comprometida. Desconecté el teléfono de la pared.

Aún tenía trabajo por hacer: debía publicar mi anuncio en todos los periódicos de barrio de distribución gratuita de los que tuviera noticia y en la *Village Voice*.

No iba a marcharme a Cape Cod. En todo caso, estimé conveniente irme de casa mientras durase la representación.

Guardé el cepillo de dientes, varias casetes, el Walkman, el saxo y algo de ropa en mi bolso afgano. Luego envolví cuidadosamente la pistola y la munición y los añadí al equipaje.

Sesenta minutos después estaba tumbada en la gigantesca cama de una preciosa habitación del hotel Gramercy Park. Las ventanas tenían vistas a unos jardines señoriales y desiertos, rodeados de altas verjas de hierro.

Durante muchos años, y estación tras estación, había pasado de largo junto a los impecables setos de aquellos jardines, cuyos bancos eran toda una tentación. Pero Gramercy Park no estaba abierto al público. Sólo podías disfrutar de él si eras uno de los afortunados y potentados residentes de las casas particulares, de fachadas resplandecientes, que lo circundaban. Tanto elitismo me daba cien patadas, pero ahora, mientras me alojara en el hotel, yo también me contaba entre los elegidos, entre el puñado de privilegiados con derecho a pasearse o a sentarse allí tanto tiempo como quisieran. Bastaba con que le pidiera al portero del hotel que abriera la cancela.

¿Y si me pusiera a tocar el saxo allí para deleitar a los vecinos con un concierto gratuito? Menuda ocurrencia. Quien se asomara por las cristalerías vería a una negraza de pelo corto destrozando los grandes éxitos de Ellington con su viejo saxo. Habría que ver cuánto tardaba en intervenir la policía. De momento, lo mejor sería olvidarse de los jardines.

A las tres de la tarde me lancé a los caminos, por así decirlo. Cargué con el arma, no me pareció prudente dejarla en la habitación. Iba acorazada, como quien dice. Por un instante fantaseé con la insensata y descabellada posibilidad de que, precisamente ese día, me diera de bruces con unos delincuentes con las manos en la masa, o de que incluso me atracasen a mí. Y estaba suficientemente tronada como para hacer de ángel vengador. A ver quién se atrevía a rechistarme.

Me había trazado un itinerario sencillo. Iría a pie a la Novena Avenida y la seguiría en dirección norte, hasta donde tuerce hacia la avenida Amsterdam, rodearía el Lincoln Center y seguiría adelante por la calle Setenta y dos, colocando los anuncios por el camino. Luego volvería sobre mis pasos, por la acera de enfrente de la Novena Avenida, hasta la calle Cuarenta.

Mi objetivo era colocar el aviso de «Se vende» en toda lavandería, supermercado y tiendecita de barrio amistosa que lo aceptara. Cuando acabara con la Novena Avenida, recorrería la Octava, luego Broadway y después la Séptima y las restantes avenidas en dirección este hasta la Segunda. Supuse que invertiría en ello el resto de la tarde y un par de días más. Si bien en el centro había toda una serie de calles contiguas donde prácticamente no había mercados ni tienda alguna.

De camino a la línea de salida usé la tarjeta de crédito de Walter para sacar otros quinientos dólares de un cajero; compré una caja grande de chinchetas para mapas y un par de cintas adhesivas con sus respectivos portarrollos y pagué el servicio de contestador telefónico.

La tarea era agotadora. Aproximadamente dos de cada tres lavanderías tenían un tablón de anuncios, y alrededor de uno de cada tres supermercados. Muchos estaban repletos de notas de personas que se ofrecían a cuidar niños o gatos y a transcribir trabajos con el ordenador. Tenía que reordenarlas ligeramente antes de pegar o clavar, cuando no ambas cosas, mi propio anuncio.

En un pequeño supermercado de Madison esquina con la calle Sesenta y ocho hube de hacer frente a un pequeño problema.

Justo al lado de la entrada vi un tablón de anuncios con mucho espacio libre. Como no había nadie a la vista, empecé a pegar una de las fotocopias, tal como lo había hecho antes en docenas de sitios.

–¡Un momento, un momento!

Di media vuelta. Un hombre blanco, alto y jorobado, un auténtico Silas Marner, se había plantado a metro y medio de distancia. Vestía camisa, corbata y un trasnochado guardapolvo azul de dependiente. En la tarjeta que llevaba colgada del pecho ponía: Gerente.

–¿Qué está haciendo? –graznó.

–Estoy colocando un anuncio en el tablón –le expliqué como si hablara con un niño de dos años–. ¿Lo ve? Un papel donde está escrito lo que ofrezco.

–A quién se le ocurre entrar en una tienda desconocida y, de buenas a primeras, colocar un cartel. No la he visto en mi vida. ¿Es cliente habitual?

Ni por asomo.

No respondí.

–Imagino que no vive en el barrio.

Seguí callada.

–Seguro que es algún timo lo que se trae entre manos. ¡A ver! Déjeme que le eche un vistazo a lo que tiene ahí escrito.

Me arrancó el anuncio de las manos y empezó a leerlo.

Sin pronunciar una palabra, abrí el bolso y metí la mano dentro. Empecé a jugar con la empuñadura de la pistola.

Luego solté el arma y me apresuré a sacar la mano del bolso. Estaba pasándome de la raya. Lo que había estado a punto de hacer era una grave infracción de la ley. Sólo por llevar la puñetera pistola me arriesgaba a que me cayera un año de prisión incondicional. Sólo por ocultar un arma. ¿A qué estaba jugando? Ponerlo todo en peligro por darle una lección a un cerdo racista.

Giré en redondo y me fui. El señor gerente aún tenía mi anuncio en las manos. Que hiciera con él lo que le viniera en gana.

Mi ronda terminó un par de mañanas después. Para celebrarlo, entré en una de esas selectas librerías que tienen un pequeño café incorporado y compré una biografía de Proust de reciente publicación, un libro sobre los grandes vocalistas de jazz del tipo de los que se usan para decorar las mesas de centro y una novela policiaca calificada de vanguardista por la crítica. Volví a mi habitación y me tumbé a leer.

A pocas manzanas de distancia, en la Tercera Avenida, había un club de jazz bastante potable, adonde había ido a tomar una copa mi segunda noche de estancia en el hotel. Después de una siesta, me bañé, me arreglé y me dirigí allí.

Llevaba un vestido gris de punto, ceñido, incitante. Tacones de aguja de prostituta nazi. Me entraron dos tipos negros y tres blancos. Estaba gastándome el dinero a manos llenas. A fin de cuentas, ¿a quién pertenecía? ¿A las niñas de Bayshore? No, en realidad no pertenecía a nadie. Walter se lo había robado a Inge, que lo había recibido de mí como un regalo. A mí me había llegado por mediación de Sig, quien se lo había robado a la policía de Nueva York, quienes a su vez se lo habrían confiscado a los delincuentes, o quizá a los contribuyentes. Así las cosas, llegué a la conclusión de que tenía bastante derecho a gastármelo yo.

Durante los dos días siguientes me dediqué a leer, a esperar, a ir al cine y de bares, ya fuera al club de la Tercera o a un local cutre de Houston, o al bar del hotel, donde un quiero y no puedo a lo Johnny Hartman amenizaba la noche con sus gorgoritos. No entablé relación con nadie. No puse los pies en mi casa.

El tercer día me presenté en las oficinas del servicio de contestador telefónico. Me entregaron dieciocho mensajes, las respuestas al anuncio colocado en la prensa y en las tiendas.

Tres solicitaban la descripción y el precio de todo lo que ofrecía.

Ocho pedían la descripción y el precio del equipo de música.

Cuatro interesados sólo querían comprar discos.

Dos preguntaban exclusivamente por las grabaciones de Horowitz.

Y uno sólo se interesaba por el material de Charlie Parker.

Me temblaron las manos mientras sostenía el papel rosado del mensaje. Detrás

de aquel mensaje podía estar cualquiera, uno del millón de forofos de Parker. Ay, pero algo me decía que era Valokus. Lo sabía.

¿Cómo lo podía saber? El interesado decía llamarse Rodney Dameron. Lo cual era a todas luces un seudónimo que combinaba el apellido del trompetista blanco del quinteto de Bird, Red Rodney, con el apellido del elegante pianista con quien Bird trabajó en su primera época, Tadd Dameron.

A lo mejor Henry era tan pardillo como afirmaba Justin Thom.

La dirección facilitada por el señor «Dameron» estaba en la calle Cincuenta y siete. A juzgar por el número, debía de quedar entre la Octava y la Novena Avenida. Apartamento 810.

Cogí un taxi.

La Daisy Chain Inn formaba parte de una franquicia de ámbito nacional con moteles que encajaban en una amplia gama, desde el hotelito familiar hasta el infame antro de drogadictos, dependiendo de si estaba ubicado en Orlando o en Watts. Este hostel en particular era medianamente costoso.

Me quedé unos quince minutos sentada en el taxi, observando desde el otro lado de la calle la entrada cubierta por una sucia marquesina azul con la esperanza de que se obrara un milagro y viera entrar o salir a Henry.

No hubo milagro, por supuesto.

Le dije al taxista que me llevara al hotel Gramercy Park.

Una vez en la habitación, llamé a Información y pedí el teléfono de la Daisy Chain Inn. Lo marqué. Le dije al telefonista que quería hablar con uno de los huéspedes: Rodney Dameron.

–Creo que se aloja en la habitación 810.

–Permítame que lo compruebe –me dijo. Dejó mi llamada en espera unos segundos y luego volví a oír su voz.

–Sí, está en esa habitación. Ahora mismo le aviso.

–No se moleste –me apresuré a decirle–. Estoy recibiendo una llamada por la otra línea. Volveré a llamar.

Saqué la pistola del bolso y la froté contra la colcha como si quisiera sacarle brillo. Había repasado centenares de veces las instrucciones de Harry, preguntándome si algún día llegaría a comprender el atractivo de esos enigmas fríos y compactos llamados armas de fuego.

La mía estaba descargada en ese momento; había guardado el cargador en un cajón del escritorio. En los últimos días se me habían ido muchas horas frente al espejo del tocador, estudiando mi imagen mientras sacaba la pistola a cámara lenta del bolso; apuntaba a la vez que fruncía los labios como Faye Dunaway en *Bonnie and Clyde*; o me la llevaba a la cadera metiéndome en el papel de Wyatt Earp; o corría de un lado a otro rociando balas por la habitación y movía

los labios como si gritara «¡Cabronazos!», igual que los traficantes de drogas de las películas sobre morir-en-el-gueto.

Me tumbé en la cama con la biografía de Proust abierta encima de la tripa. Maldita sea, qué no habría dado yo en aquel momento por una magdalena tibia. Y un café servido en taza de porcelana como el de esa cafetería insultantemente selecta de la rue Christine.

Mis pensamientos derivaron hacia aquella tarde que había pasado con Henry haciendo el amor, bebiendo una botella de vino del Loira de precio desorbitado y hojeando un libro de fotografías del París de los cincuenta. ¿Y si nos hubiéramos conocido entonces?, le pregunté, dejando volar la imaginación. Puede que tú fueras un aventurero, especulé, y yo una *beatnik* apátrida. Habríamos pasado los días bebiendo café solo y escribiendo libros al alimón, y las noches escuchando a Juliette Gréco en el café más siniestro de la ciudad.

Por eso te quiero, Henry, le había dicho una vez agotado mi arranque de fantasía. Por tu imaginación. Me encantaría que hubieras conocido a mi abuela.

Y, sin darme cuenta, me quedé dormida.

Esa noche pasé de moralidades y salí a los jardines. Tomé asiento en un banco, encendí el Walkman y me puse a escuchar tranquilamente una cinta que había grabado hacía unos meses con temas cogidos de aquí y allá: la interpretación de Bud de «Parisian Thoroughfare», la exquisita versión de Lady de «These Foolish Things», Coltrane luciéndose con «Violets for Your Fur»; todos esos clásicos maravillosos. Dejé que el frío llegara a calarme hasta los huesos con idea de hacer aún más agradable el regreso al cálido interior del hotel.

Disfruté de una cena exquisita, aunque solitaria: pastel de hígado con cebolla y tomate, un pollo *tandoori* que estaba para morirse y una botella prácticamente entera del Châteauneuf de Pape del paladar más delicado que nunca hubiera degustado.

Regresé al hotel caminando sin prisa y me fui derecha hacia el ascensor, que estaba enfrente del bar. Pulsé el botón.

Justo cuando se abrían las puertas del ascensor, una melodía flotó hasta mí desde las profundidades del oscuro bar y se me clavó como una daga en la nuca.

Ay Señor, por qué los buenos pianistas utilizan «Funny Valentine» a modo de arma arrojadiza, como una flecha envenenada de Cupido.

En aquel momento pensé... en fin, multitud de pensamientos se agolparon en mi mente. Por favor, Dios mío, haz que todo esto sea mentira. Que Walter vuelva a la vida. Que yo esté en casa bebiendo café en ese gran tazón amarillo que tanto me gusta. Dios mío, ayúdame a dar marcha atrás en el tiempo y ver a Henry ante mí, sano, sonriente, tranquilizador, con los brazos abiertos,

preparados para sumergirme en el embriagador aroma a madera de roble de su suave abrigo azul. Por favor, Señor, ya que no me permites olvidarme de él ni perdonarle, al menos no me hagas sentirme mal cuando mañana le rompa las malditas rodillas a balazos. Dios mío, si esta noche no encuentro a alguien con quien hablar, alguien que me haga compañía, voy a morirme de soledad.

Échame una mano, Ernestine. Dime qué debo hacer.

–¿Le gusta el jazz, señor Thom? –pregunté.

–¿Tiene que ser todo o nada? –replicó– ¿Con quién hablo?

–Nos conocimos hace unos días. Ya sabe, soy la siniestro total que está enamorada del zoquete de Rhode Island.

–¡La amiga de Aubrey! ¿Cómo van las cosas, Nanny?

Antes de que pudiera contárselo, prosiguió:

–Reconocer las voces se me suele dar bien, son cosas que me han quedado del oficio de camarero. Pero el truco está en unir la voz a una cara. Y tú no sueñas a negra por teléfono. No te lo tomes a mal, ¿entiendes lo que quiero decir?

–Claro. Hoover me dijo exactamente lo mismo cuando le llamé para prevenirle sobre los Black Panthers.

–¿Y qué es lo que necesitas hoy? –preguntó después de reírme la gracia–. ¿Las respuestas al concurso de adivinanzas de la mafia de mañana?

Me quedé un momento en silencio.

–¿Nanny? –dijo Thom.

–Sí, estoy aquí, estoy aquí.

–¿Dónde es aquí, Nanny?

–En un bar. El bar del hotel Gramercy Park.

–¿No habrás encontrado a tu capullo ahí, verdad?

Guardé silencio una vez más.

–Eh, siniestro total, ¿sigues ahí?

–Sí. No, mi capullo no está aquí. Te llamaba para... darte las gracias por haberme recibido. ¿Te apetece una copa?

–¿En esa residencia de ancianos?

–¿Por qué no? Dentro de poco va a actuar un cantante negro jovencito. Tiene una pluma que se ve a la legua y está como un tren.

–No pensaba yo que reconocieras a los míos, amiga.

–Caramba, señor Thom, ¿hace falta que te recuerde que el paleta de Indiana eres tú, no yo?

Tuve tiempo para maquillarme y dar un par de vueltas a la manzana antes de que el taxi de Justin se detuviera a la puerta del hotel.

Me incliné junto a la ventanilla y pagué la carrera sin darle la oportunidad de

adelantármeme.

–Hacía un siglo que nadie *me* invitaba a nada –dijo cuando entrábamos por la puerta giratoria del vestíbulo–. Joder, me has alegrado la noche.

–No tiene importancia. Estoy montada en el dólar.

–¿Has vendido una exclusiva al *Enquirer*?

–No. Me he metido en negocios sucios, para no ser menos que los demás. El bar está por aquí.

Nos acomodamos con nuestras copas delante; un Dewars con una jarrita de agua para Justin y un Grand Marnier para mí.

El impulso de llamar a Justin Thom había brotado de un curioso instinto de supervivencia. Sabía, no sé cómo, que esa noche me vendría mejor hablar con él que con Aubrey. A pesar de que se metía conmigo y me trataba con condescendencia, se había convertido en mi confidente. Con una particularidad: no se lo podía contar todo. Determinadas cosas tenía que ocultárselas o, lo que es lo mismo, tenía que mentirle. Lo milagroso del asunto era que, a sabiendas de ello, Justin se hubiera prestado a venir.

–¿Hasta qué punto estás pringado, Justin? –le pregunté tras un rato de charla banal.

–¿A qué te refieres, cielo? ¿Al sexo o a mi profesión?

–A tu profesión. Trabajas para tipos con grandes dotes de convicción. Supongo que estás obligado a hacer lo que te dicen, ¿me equivoco? O sea, me refería a que si alguna vez has tenido que...

–¿Matar? ¿Yo? ¡Pero qué dices, pequeña! Dirijo un negocio de la carne y me encargo de que los camareros no den el gran timo a los clientes. Es un trabajo como otro cualquiera, mejor que muchos otros, en realidad. Y, ya que estamos hablando de esto, creo que fue una lástima que tu novio no viera las cosas así. Os habría ahorrado muchos problemas a los dos.

–Henry, quieres decir. Sí, puede ser. Pero dudo mucho que nuestros caminos se hubieran cruzado si él hubiera sido un gángster del montón.

–Te sorprenderías, pequeña. Muchos atractivos italianos del oficio, de esos que tanto abundan en Jersey, tienen una historia paralela con una chica negra. Y que nadie se meta con ella, porque lo liquidarán.

–Me alegro por ellos. Pero yo no quiero ser la «historia paralela» de nadie.

Justin soltó una risotada desdeñosa.

–Eso sólo se le ocurriría decirlo a una siniestro total. Yo, como homosexual entrado en años, no me comería una rosca si no fuera por las historias paralelas.

Levanté mi copa en silencioso brindis, como si acatara su buen juicio, aunque sin tragármelo todo.

Cuando entró en escena el apuesto cantante quedamos en silencio.

–Caray, *sí* que es especial –me susurró Justin–. Ya sabía yo que Aubrey no

iba a tener de amiga a ninguna siniestro total pardilla.

Cuando terminó el pase, le pedí otra ronda al camarero. Tenía ganas de comentarle montones de cosas a mi nuevo amigo, pero no sabía cómo expresarlas. Así que me limité a escucharle mientras me contaba la historia de terror de su vida antes de salir del gran armario que es Indiana y la inmensa liberación que supuso apearse del autocar Greyhound y lanzarse a la sórdida noche de Times Square allá en los años de Maricastaña. Por lo visto, Justin también necesitaba alguien con quien desahogarse.

–¿Qué era lo que querías contarme esta noche, Nanny? –dijo al fin.

Meneé la cabeza.

–Yo qué sé. A lo mejor quería darte una lección magistral sobre Charlie Parker.

–Sería una pérdida de tiempo.

–¿Por qué? ¿Qué música te gusta a ti?

–Luther.

–Lo habría imaginado –dije entre risas–. A Henry le encanta el jazz, ¿sabes? Por eso nos conocimos. Si vuelvo a verlo, hay un par de... viejos álbumes que me gustaría darle.

–No lo dudo. Estoy convencido de que por eso andas persiguiéndolo.

Deslicé involuntariamente la mano hacia el bolso. Me moría por sacar la pistola y enseñársela a Justin. Pero no sabía de qué me iba a servir. ¿Pretendía demostrarle que era una chica dura o quería rogarle que me la quitara y se la llevara muy lejos? ¿Quería que diera el visto bueno a mi plan o que me convenciera de que lo abandonase?

Retiré la mano y coloqué el bolso con el cierre hacia abajo en la barra.

–Se puede considerar afortunado por haber topado contigo y no con Aubrey, es todo lo que puedo decir –comentó con una risa perversa.

Cogió una servilleta de papel del platito que había junto al cuenco de guindas confitadas y me la tendió. Se me habían humedecido un poco los ojos. Sin que yo ni me diera cuenta.

Nos quedamos a ver el siguiente pase. El cantante nos lanzó un beso por el aire al terminar la actuación. Justin lo cogió al vuelo y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Se había hecho tarde.

–Gracias por haberme llamado, Nanny –dijo mientras yo pedía la cuenta.

Saqué un billete de cien del bolso y se lo entregué al camarero.

Justin tomó nota de ello y sonrió.

–Me tienes asustado.

–Y con razón. Pocas siniestros totales desempleadas van tirando el dinero por ahí como yo –empecé–, pero es que...

–Déjalo –me interrumpió–. Ya sabes lo que dice el presidente: «No preguntes. No des explicaciones».

–Buenas noches, Justin. Dale un beso a Aubrey de mi parte.

Nos habían dado las tantas. Y yo que me había propuesto acostarme pronto. Al día siguiente iba a tener que emplear todas las fuerzas que me quedaban.

Y, sin embargo, ¿qué más daba? No iba a pegar ojo, lo sabía.

These foolish things [Esas cosas absurdas]

Fui al mercado de las flores, a un pequeño puesto a la vuelta de la esquina del edificio donde Walter había asesinado a Inge. Compré dos docenas de rosas amarillas al precio de venta al por mayor. La dama de las flores, toda de negro. Ésa era yo. Llevaba puesto el vestido de Norma Kamali con el que fui al entierro de mi abuela y la carísima chaqueta de cuero que Aubrey me había regalado cuando se forró con una de sus misteriosas inversiones. Completaba el conjunto un sombrero acampanado de fieltro que me había comprado hacía un par de días. Si parecía la viuda de un gángster que además era modelo de alta costura, mejor que mejor. Me había puesto en ambas muñecas las pulseras de cuero barato que fueran de Charlie Conlin.

Mientras me dirigía en taxi al norte de la ciudad, por la Octava Avenida, traté de decidirme por una frase inicial. ¿Qué palabras iba a pronunciar cuando Henry abriera la puerta? ¿Debía empuñar la pistola desde el principio? No era ningún plato de gusto, aquella visita. Para colmo, esa mañana no conseguía ahuyentar el recuerdo de Walter. Su piel. Su aliento. Su risa. La imagen de sus malditos mocasines de pijo, empapados en sangre, aparecía en mi mente una y otra vez.

Tanta muerte y desolación. Violencia. Traiciones. Todo eso había pasado a formar parte de mi vida. Era la herencia que me había dejado Walter. La herencia que me había dejado Henry.

Si pudiera recuperar el estado de cosas previo al inicio de tanta locura, esto es lo que sucedería: sentaría a Walter ante una hamburguesa y una cerveza y le diría que lo nuestro nunca podría funcionar y lo mejor sería que se buscara otra chica. En cuanto a Henry, nuestra aventura arrancarían en algún club cargado de humo. Saldría con él una temporada, me acostaría con él, viajaría con él, viviría con él, lo amaría toda la vida.

Pero eso no eran más que fantasías. En realidad, Walter estaba muerto. En realidad, Henry me había engañado, me había utilizado y había arruinado mi vida... mierda, a fin de cuentas estaba dispuesta a agujerearle el cuello por todo eso, ¿o no? Y, sin embargo, lo cierto era que seguía enamorada de él y quizá ése era otro motivo por el que quería perforarle el cuello de un balazo.

Mi pasado con Walter, mi pasión por Henry, mis sentimientos de culpa y de rabia... toda esa mezcla explosiva rebullía en el asiento trasero del taxi.

Me quedé plantada en la acera, ante el hotel, hasta que logré recuperar el dominio de mí misma; entonces entré.

El hombre somnoliento y de calva incipiente que ocupaba la recepción se restregó los ojos al verme caminar hacia él, como si pensara que aquella mujer de negro cargada de flores amarillas quizá fuera una visión salida de sus sueños.

–¿Ha encargado flores el señor Dameron? –preguntó una vez que le hube dicho adónde iba.

El conserje parecía aturdido, y con razón. Apenas eran las siete menos cuarto de la mañana.

–No –repuse insinuando una sonrisa de Mona Lisa–. Las flores son cosa mía.

Me miró de hito en hito y al fin captó el mensaje y me devolvió la sonrisa sin gran convicción.

–Ahora mismo le aviso –estiró el brazo hacia el teléfono del extremo del mostrador.

–No, no lo haga –dije con dulzura, y posé mi mano sobre la suya–. Es una sorpresa.

La inquietud le veló el semblante. Aproveché la oportunidad que me ofrecía ese instante de vacilación para colocar ante él un billete doblado de veinte dólares.

–¿Es el 810, verdad?

–Sí, señora, el 810.

Subí en el ascensor.

El hotel aún dormía. Casi alcanzaba a oír el colectivo de los durmientes revolverse en sus camas, tras las puertas cerradas, las respiraciones entrecortadas y pesadas, los sueños agitados, saturados de los errores de la víspera.

Me apoyé sobre el timbre del 810 y no dejé de pulsarlo hasta que oí un arrastrar de pies en el interior.

–¿Sí? ¿Quién es? –dijo Henry en el tono gruñón de quien acaba de ser despertado.

Mascullé una respuesta incomprensible rematada por la palabra «recepción».

–¿Quién es? –repitió.

Y yo repetí las mismas sílabas incoherentes, en un tono mucho más elevado y con un deje de imperiosa impaciencia.

Se tragó el anzuelo. Oí cómo retiraba la cadena de seguridad y el chasquido del cerrojo.

La puerta se abrió un segundo después. Y antes de que Henry pudiera decir ni mu, le arrojé las flores a los brazos.

Vestía un ridículo pijama de franela estampado y tenía todo el aspecto de un niño a quien se le ha extraviado su osito de peluche.

–Qué imagen tan atractiva, Henry –dije a la vez que entraba en la habitación

y cerraba la puerta de golpe con el pie.

–Ah, eres tú, Nanette. Qué guapa estás.

Le estampé la palma de la mano, que para entonces ya sostenía la pistola, en la cara. Fue un golpe maestro.

Henry reculó tambaleándose, las piernas se le doblaron y acabó sentado en la moqueta de saldo. Seguía abrazado a las amarillas beldades de tallo largo. No había levantado la mano contra mí ni había tratado de desviar el golpe.

Le apunté al estómago con la pistola. La miró parpadeando y luego apartó la vista.

Esperé. Y seguí esperando.

–¿No tienes nada que decir, Henry? –hablé al fin.

–Sí, mi amor. Quiero decir algo.

–Muy bien. ¿Qué?

–Me gustaría fumar un cigarrillo.

–Claro, cielo, cómo no. Toma, permíteme que te lo encienda.

Me acerqué a él y le pegué una patada en la entrepierna.

Las rosas salieron volando. Henry quedó planchado en el suelo, jadeaba y se le saltaban las lágrimas.

–Uh, uh, Henry. Eso no vale. Enderézate como un niño bueno.

–¿Por qué has venido, Nanette? Estoy seguro de que ya no tengo nada que te pueda interesar.

–Es la hora de los cuentos, Henry. Quiero que me cuentes un cuento. Háblame de Rhode Island Red.

–Enterarte de eso no te va a servir de nada. Sólo conseguirás...

–Henry, ¿no me crees capaz de apretar el gatillo de esta puñetera arma y salir de aquí sin siquiera mirar atrás?

–No lo sé.

A modo de respuesta, quité el seguro.

–¿Y ahora qué? –pregunté a la vez que lo encañonaba.

Suspiró.

–De acuerdo. Pero quisiera fumarme un cigarrillo, de verdad. ¿Me dejas? – señaló con la cabeza la mesa de centro donde reposaba el paquete de Dunhill.

–Adelante.

Después de dar la primera calada, se llevó cautelosamente la mano al tajo húmedo que le recorría la sien. La sangre que fluía a impulsos de los latidos formaba una especie de arroyo en miniatura cargado de detritos.

–Antes de contarte esa historia –dijo–, quiero decirte otra cosa.

–No quiero que me hables de nada más, cerdo asqueroso.

–Me da igual, te lo voy a decir –aseveró con calma–. Ya sé que estás enfurecida. Pero ¿cuántas veces puedes matarme?

Eso no admitía réplica. Guardé silencio.

–Es verdad que te he utilizado de una manera imperdonable. Es verdad que ni siquiera tengo derecho a esperar que me perdones, en esta vida ni en la venidera. Pero también es verdad que me enamoré de ti... ¡Sí! –gritó al verme esbozar una sonrisa cínica–. Me hagas lo que me hagas, y por muy horrible que haya sido mi traición, no acepto que digas que no te he querido.

–De acuerdo. Estupendo. Asunto resuelto. Ahora háblame de Rodhe Island Red.

–Enseguida. Enseguida te lo cuento.

Se levantó del suelo con dificultad, sin que yo dejara de apuntarle con la pistola, recogió las rosas y rehizo el ramo.

–¿Me permites que las ponga en agua?

–¿No se te ocurre nada mejor que hacer?

Pero ya estaba junto al pequeño fregadero de aluminio.

Las rosas despedían un melancólico resplandor desde la lata vacía de salsa de tomate.

Henry me dijo por encima del hombro, con el grifo todavía corriendo:

–¿Cuántos años tienes, Nanette? Hasta ahora no se me había ocurrido preguntártelo.

–¿Estás de guasa?

–No, mi amor. Me gustaría saberlo.

–No vuelvas a llamarme así –le amenacé.

Se encogió de hombros.

–Veintiocho. Y tú, ¿cuántos años tienes... tenías?

–¿Así que para ti ya estoy muerto?

–¿Tú que crees, Henry?

–Ya, ya lo sé. En fin, al menos comprenderás por qué no me importa demasiado la posibilidad de que me mates. Se podría decir que ya estaba previsto... mi destino era morir asesinado. ¿Qué más da quién lo ejecute? ¿Te apetece un café, mi... perdón, Nanette?

Observé cómo llenaba de agua una cafetera exprés de mala calidad y con una cuchara iba sacando café molido de una lata de colores chillones.

Con unas cuantas zancadas me planté a su lado, cogí la lata de la encimera y la lancé contra la pared más próxima.

Y con eso quedé agotada. Fue mi último estallido de cólera.

Me desplomé en una de las antiestéticas butacas de tapicería acolchada y sacudí la cabeza.

–Oye, Henry, ¿tienes una Uzi escondida en la leche o algo por el estilo? O sea, ¿piensas cogerme con la guardia baja y liquidarme antes de que yo te despache?

–¡Qué disparate! ¡Te quiero!

–Lo que tú digas. Porque si ése era tu plan, la verdad es que a mí tampoco me importa demasiado. Prepara de una vez el café, ven aquí y empieza a hablar. ¡Y haz algo con esa jodida cabeza tuya! Estás manchando toda la cocina de sangre.

Henry se puso un jersey de cuello alto marrón oscuro y unos pantalones negros. Los cubitos de hielo envueltos en un paño de cocina del hotel con los que se había detenido la hemorragia fueron derritiéndose uno a uno sobre la mesa de centro imitación madera.

Yo fumaba un Dunhill en silencio, observando los movimientos de sus labios, sin permitirme llorar, deseando sentir su boca en mi piel y detestándome por ello.

–Sabes casi tanto como yo –dijo–. Pero no estás al tanto de los antecedentes. Del cuento, como tú dices.

...Como puedes observar, no estoy en posesión del llamado Rhode Island Red. Ni nunca lo estaré. Ya no me cabe duda. No sé dónde está. Sólo sé que ha desaparecido. Una vez más.

...Es típico de ti creer que ibas a encontrar en la biblioteca lo que querías saber del crimen organizado. Las cosas no funcionan así, Nanette. Era tan absurdo como que yo esperase absorber... cómo podría expresarlo... la esencia de un gran músico negro mediante el sistema de escuchar su música y venerar su imagen.

Se le veía vencido, desmejorado. Tenía los ojos hinchados a consecuencia de la panzada de llorar a dúo que nos habíamos dado en el cuarto de baño.

–Y al ver que los libros no te llevaban a ningún lado, creíste que te bastaría con colarte en la madriguera de ese lugarteniente... Tom...

–Justin Thom –le corregí con una voz desprovista de toda vitalidad–. Y no es un lugarteniente ni mucho menos.

Henry se precipitó inopinadamente hacia mí, con los ojos otra vez húmedos. Trató de cogerme la mano y besarla.

–¡No lo hagas! –me desasí de su mano a la vez que sacudía violentamente la cabeza–. Ni se te ocurra.

Se alejó despacio de mí y volvió a tomar asiento.

–¿Encontraste algo en tu investigación sobre un hombre llamado Tonio Abbracante? –prosiguió.

–No lo sé. Quizá.

–Era un hombre duro. Un mafioso. De la peor calaña. Era quien movía todos los hilos en Providence, hace mucho tiempo. A finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta.

...A pesar de ser un criminal desalmado, tenía su corazoncito. Y un buen día

se enamoró de una mujer. Aquella era una pasión distinta de las que había sentido hasta entonces. Inspirada por una mujer de otra clase. Se trataba de una dama hermosa y acaudalada de Newport, que poseía una cuadra magnífica y antepasados de abolengo.

...Abbracante no se contentó con tenerla como amante. Quería hacerla su esposa. Supongo que, a ojos de esa mujer, él representaba la emoción, la aventura. O tal vez se dignó a dirigirle la palabra sin otro propósito que escandalizar a su familia. Para rebelarse. ¿Quién puede saber lo que pensaba realmente de Tonio? A lo mejor era poco más que un bufón para ella.

...Pero hay algo que debe reconocérsele a esa mujer: era una intrépida. Lo bastante intrépida como para jugar con Tonio Abbracante como si no fuera más que un compañero de estudios que la pretendía. Tonio no cesaba de pedirle que se casara con él. Hasta que al fin la enterneció. Ése fue su gran error. Firmó su propia sentencia de muerte al aceptar la proposición. Le dijo que se casaría con él a condición de que convenciera a Charlie Parker de que tocara en su boda.

...¿Te lo imaginas? ¡Se casaría con él *si* convencía a Bird de que tocara en la boda! Como si a Bird se le pudiera meter en el mismo saco que al encargado de servir el banquete o a la costurera que le iba a confeccionar el velo.

...Quizá estuviera como una cabra esa mujer, pero interesante era, no cabe duda. Le dejó muy claro a Tonio que la idea era conseguir que Parker acudiera, o fuera incitado a acudir, por voluntad propia. Tonio no debía recurrir a ningún tipo de amenaza. Porque si lo hacía, no sólo se cancelaría la boda, también rompería con él. Punto y final. Tenía que *persuadir* a Bird. La mujer debía de saber que se trataba de una misión imposible.

...Abbracante era un ignorante en cuestiones musicales. No sería raro que nunca hubiera oído hablar de Parker y, desde luego, su talento le traía al paio. Pero quería hacerse con aquella mujer. Y tomó las medidas oportunas.

...Escogió entre sus secuaces a un subalterno de confianza para enviarlo de emisario a Parker. Que el subalterno en cuestión fuera un gran amante de la música y hubiera sido guitarrista aficionado eran puntos a su favor.

Ese hombre era mi padre.

Ni que decir tiene que Bird se le rió en las barbas... la primera vez. Pero Abbracante no era de quienes se dejan desanimar. Compraría a Bird o moriría en el intento. Siendo un criminal, sabía que todo el mundo tiene un precio. Después de agotar casi todos sus recursos, encargó a mi padre que comprara un saxo normal y corriente en una casa de empeños. Rellenó el saxo de heroína de gran pureza e hizo soldar el pabellón y todos los orificios con oro. Se lo ofreció a Parker como tarifa por la actuación de una noche.

...Parker aceptó. Era la única tentación a la que no podía resistirse. Así que tocó en la suntuosa boda.

...Durante algún tiempo, Tonio Abbracante fue feliz en el inverosímil matrimonio contraído con la mujer que tanto le obsesionara. Había conseguido lo que quería.

...Y unos dieciocho meses más tarde ordenó que la asesinaran. Nadie parece saber por qué.

...Al poco tiempo mi padre debió de ofender a Tonio. Porque también a él lo mandó liquidar.

...Parker tenía previsto iniciar una gira por Europa pocos días después de la boda. Ya tenía el pasaje para la travesía marítima. La gira se canceló a última hora sin que mediara ninguna explicación. A Bird lo vieron en los muelles. Pero sin que nadie supiera dar razón de sus motivos, en el último momento se negó a embarcar. Se especula que la razón fue que le robaron el saxo en las inmediaciones del buque.

...Empezaron a correr versiones sobre lo ocurrido aquel día. Rumores. Nada pudo probarse. La versión más verosímil afirmaba que el robo fue orquestado por un grupo de estibadores de Nueva York.

...En aquel entonces yo no era más que un niño. Cuando mataron a mi padre, me mandaron de vuelta a Grecia a vivir con mi abuela, que era viuda. Mi pobre madre debió de creer que no había otra salida para mantenerme al margen del mundo del crimen en el que mi padre había perdido la vida. Se equivocaba. A los veinticinco años volví a Estados Unidos ansioso de disfrutar de todo aquello que, a mi entender, la mafia me ofrecería. Dinero. Mujeres. Un buen coche.

...Pero la aventura fue un desastre del principio al fin. Además de ser el peor criminal del mundo, por lo visto nadie entendía que al haberme educado en Europa tenía que ser por fuerza distinto de los demás, un extraño. Se burlaban de mis modales, de mi manera de hablar inglés, de mi interés por la música y de casi todo. Me llamaban homosexual, imbécil, cobarde.

...Como es natural, pasé bastante tiempo entre rejas. ¿Adónde si no podía conducirme ese tipo de vida?

...Y mientras cumplía una de las condenas, conocí a Wild Bill. En aquellos tiempos era un hombre difícil, sí, pero decente. Y le cobré afecto. Al menos teníamos la música en común.

...Ahora bien, resultó que no era nuestro único punto en común. Pasamos muchas horas hablando de la leyenda del valioso saxo llamado Rhode Island Red. Y él me contó que conocía los muelles de Manhattan como la palma de su mano. Tenía contactos en Hell's Kitchen. E indicios sobre algunos de los estibadores sospechosos del robo. Cuando saliera de la cárcel se marcharía a Nueva York para descubrirlo. Iríamos a medias en el negocio.

...No puedes ni imaginar cómo es la vida en la cárcel. Siempre se está

dispuesto a hablar de cualquier cosa, a hacer lo que sea, con tal de matar el tiempo. Había una probabilidad entre un millón de que Wild Bill pudiera conseguir el saxo. Lo más probable es que estuviera viviendo en un mundo de fantasías y no tuviera ni idea de cómo dar con Rhode Island Red. Pero yo le creí, porque necesitaba creerle.

...Y, aunque pareciera imposible, sucedió un milagro. Localizó el saxo. Pero se olvidó de mí. Al final no logró conservar lo que había descubierto. Se lo arrebataron. Y ahora todos los que tenían alguna conexión con el saxo, por remota que fuera, han desaparecido. Mi único consuelo es que no he matado a nadie para conseguirlo.

...Escribir tú misma el final de esta historia debería resultarte fácil, Nanette. Cuando tuve noticia del hombre con el que mantenías una relación, me vi obligado a averiguar cuánto sabías del asunto. Cómo iba yo a adivinar lo que llegaría a sentir por ti.

...Lo que debiera haber adivinado era que nunca llegaría a tener en mis manos al tal Rhode Island Red... ni nada que valiera la pena. Soy un gángster sin banda, estoy arruinado, no tengo amigos, ni trabajo, y... en fin, tampoco...

—Tampoco me tienes a mí. ¿Es eso lo que ibas a decir?

Se limitó a asentir con la cabeza, agotadas las palabras.

Nos quedamos en silencio mientras la ciudad volvía a la vida ocho plantas más abajo. El sol otoñal fue cobrando brío como un enfermo que bebe un caldo con apetito y ánimo crecientes.

Serían las once cuando Henry se durmió.

Había dejado una pregunta sin responder. Pero yo sabía por qué: no conocía la respuesta. ¿Dónde estaba Rhode Island Red? ¿Lo había birlado un agente de Asuntos Internos sin escrúpulos? ¿Estaba en una pensión de mala muerte de Hell's Kitchen? ¿O en el fondo del Hudson, todavía derramando veneno cuarenta y pico años después? Todavía acabando con la vida y los sueños de muchas personas.

Dondequiera que estuviese, lo detestaba. Porque había envenenado nuestras vidas. Porque había despertado la codicia de buenas personas como Walter y Sig. Porque de una manera extravagante había destrozado mis posibilidades de ser feliz con el hombre que tenía enfrente, emitiendo suaves ronquidos después de dejar su vida a mi merced. Confiaba en mí. Dios mío, qué absurdo era todo.

Me puse a pensar si Bird estaría en el cielo o en el infierno. Y si en aquellos momentos reiría o lloraría.

Me levanté y recogí el abrigo y el bolso. Saqué la pistola, le eché un último vistazo y me acerqué a la butaca de Henry.

Apoyé el cañón sobre su hombro, a un par de centímetros de su oreja.

Continuó dormido un rato, y luego debió de advertir mi proximidad. Abrió

los ojos con un parpadeo.

–Te la regalo –le dije–. Creo que ya va siendo hora de que aprendas algún oficio... mi amor.

El vestíbulo del hotel seguía tan vacío como a mi llegada, unas cinco horas antes.

El conserje al que había sobornado me dirigió una mirada que pretendía ser sexy y me saludó con simpatía.

–Hola, ¿qué tal? ¿Le ha dado una sorpresa?

–Qué va –dije pesarosa–. No se ha sorprendido lo más mínimo.

* Los títulos de los capítulos corresponden a temas musicales del pianista, compositor y director de orquesta estadounidense Thelonious S. Monk (1917-1982).

Título original: *Rhode Island Red*

Edición en formato digital: julio de 2012

© Charlotte Carter, 1997

© De la traducción, María Corniero, 2005

© Ediciones Siruela, S. A., 2005, 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-959-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

El dulce veneno del jazz	4
I Mean You [Te estoy hablando a ti]	7
In Walked Bud [Entró en escena el colega]	14
Nutty [Loco de remate]	19
Rhythm-a-ning [Ritmeando]	26
Little Rootie Tootie [Pequeña Rootie Tootie]	39
Misterioso	44
Trinkle tinkle	52
Criss-Cross [Enredo]	63
Blue Monk [Monk melancólico]	72
Epistrophy [Estribilleando]	80
Straight, No Chaser [Un bourbon solo]	86
Monk's Dream [El sueño de Monk]	102
Friday the 13th [Viernes trece]	108
'Round Midnight [Sobre la medianoche]	118
Reflections [Reflexiones]	121
These foolish things [Esas cosas absurdas]	135
Notas	144
Créditos	145